Juan Antonio Canel

LA MUERTE SE PERFUMA

(Novela)

Premio Certamen Permanente Centroamericano de Novela Corta-2009
Sociedad Literaria de Honduras

Primera Edición, 2009

© *Secretaría de Cultura, Artes y Deportes*
Tegucigalpa, Honduras

Autoridades Secretaría de Cultura, Artes y Deportes

Myrna Aída Castro R., Secretaria de Estado
Héctor Roberto Luna, Director General del Libro y el Documento

Consejo Editorial

Óscar Acosta
Eduardo Bähr
Mario Argueta

Diagramación y Diseño

Doris Estrella Laínez Aguilar

Corrección de Texto

Tania Waldina Fonseca E.

Revisión

Eduardo Bähr

I**SBN**

978-99926-53-05-O

Editorial Cultura

Printed in Honduras
Impreso en Honduras

PRESENTACIÓN

Es la novela ganadora del Certamen Permanente de Novela Corta, edición 2009, que promueve la Sociedad Literaria de Honduras y patrocinan la Secretaría de Cultura, Artes y Deportes, el Parlamento Centroamericano y Graficentro Editores. Juan Antonio Canel, su autor, es de nacionalidad guatemalteca y uno de los más destacados escritores y cronistas de la literatura y del periodismo literario de aquél hermano país.

El Jurado calificador, integrado por destacados miembros de la intelectualidad hondureña —Helen Umaña, Sara Rolla y Eduardo Bähr— consideraron que esta obra reúne una serie de cualidades que la hacen merecedora del premio; entre ellas, la coherencia de la trama, la pulcritud del estilo y su dominio del idioma; el acertado tono lúdico y la hábil conexión con diversas manifestaciones culturales y artísticas como la música, la pintura, la historia y la literatura.

Como es de suyo habitual, en esta novela Canel hace gala de una unidad de estilo emparentada con sus obras precedentes y basada en el fino humor de raigambre popular y el erotismo como expresión lúdica. En efecto: los amores de doña Brunilda con el joven personaje que habla en primera persona tienen mucho de lujuria, contenida y desbordada; pero embotellada con los perfumes de la condescendencia, de la afinidad mutua, de la atracción permanente y hasta del respeto que alguien de 'menor' edad debe a su mentora, plena de experiencias y enseñanzas profundas en el campo amoroso físico. La relación permaneció incólume desde el amor a primera vista *("Quedé como santo niño en éxtasis, fascinado al verla descender, porque todos sus movimientos estuvieron frutecidos de una ritualidad inédita y ajena. Nunca, pero nunca, en mi barrio se paseó una mujer propietaria de personalidad tan preñada de ese donaire hechicero. Su vestido era nube desplazándose, como vapor de su belleza, con marcialidad celestial, empujada por el vaho gracioso de los ángeles; a saber de qué madeja fantástica fueron sacados los hilos para tejer esa tela. Fue un hada que, en cada paso, esparcía prodigios; sus movimientos y gracia me dieron la impresión de estar determinados por su varita mágica desde siempre")* hasta la muerte de doña Bruni.

En el fondo, las calles, los barrios, la personalidad colectiva de una ciudad bulliciosa y amable; propicia para estos amores que, en desafío de la moral gazmoña propia de las sociedades anteriores y actuales de la Centroamérica domeñada, se presentan al desnudo y con toda naturalidad, como si de un juego (que es lo que es) se tratare.

Editorial Cultura.

«Como dize Aristótiles, cosa es verdadera:

El mundo por dos cosas trabaja: la primera,

Por aver mantenencia; la otra cosa era

Por aver juntamiento con fenbra placentera.»

Arcipreste de Hita / *Libro de Buen Amor*

—1—

> «… Pirandello nos hacía el elogio de la mentira. ¡Qué dulce es mentir! La mentira, nuestra mentira, nuestra vida, ya que según el ilustre italiano, cada uno se construye una mentira, la mentira de su vida para vivir y existir en ella.»
>
> Miguel Ángel Asturias

Doña Bruni murió ayer.

Hoy, 15 de febrero de 1991, a mis treinta y ocho años de edad, al leer el diario emergió de una de sus páginas, como patada en el estómago, la muerte de doña Brunilda. Allí está la esquela que anuncia su deceso. ¡Ayer murió doña Brunilda!, ¡qué mala pata haber muerto el mero día del amor! Al terminar de leer la esquela, de manera mecánica, cancelé en mi cabeza todos los planes de lo que sería la agenda festiva de hoy viernes por la noche. Fue como si los demás dejaran de existir de modo momentáneo y sólo nos hubiéramos quedado en este mundo, como ideas incompletas, doña Bruni y yo. ¡A la mierda el regocijo y festividad con los amigos!

Mis piernas experimentaron cierto temblor remitido por la angustia sorpresiva. Veo hacia la librera y me parece que los volúmenes adosados me dijeran con burla: «sentate, no seas pendejo». Yo no les hago caso pero mis piernas parecen instarme a lo contrario. Y esa pesadumbre, que pretendía aplastarme a mis treinta y ocho años, ni siquiera fue capaz de contener un pedo hediondo que, por fortuna, me aportó una dosis de cordura en ese pantano de tristeza que me contenía. No obstante, no fui capaz de reírme de ese contraste intruso. Vuelvo a ver la esquela y, con mis dedos, hago cuentas: doña Bruni tendría cincuenta y cinco años. Trato de racionalizar mis pensamientos; sin embargo, ese mismo intento cerebral me lleva a concluir que lo más racional, en este momento, es no serlo.

La sorpresa sentida al leer el anuncio de la muerte de doña Bruni se debe a que ella, sin haber tenido un parentesco familiar conmigo, transformó mi vida a partir de la infancia. Se convirtió en un ser indispensable. De esa cuenta todos los olores, colores, sonidos o movimientos que llegan a mí, con persistencia vienen impregnados de alguna sustancia suya. Siempre percibo qué parte de su naturaleza se descondensó para saturar mi vida de su ser. A cada etapa de mi existencia le dio un aspecto diferente al del común de los mortales. Fue algo mágico, que resulta difícil explicar con palabras llanas; sólo se me ocurre evocar a Dante cuando, a los nueve años, y en plena celebración de las calendas de mayo, se encontró con

Beatriz Portinari. Una mirada bastó para que germinara, con fertilidad asombrosa, un amor fatal que se enquistó en sus pensamientos. Ya no pudo sacarla de sus cavilaciones ni siquiera casándose años después con Madonna Gemma y poniéndole a una de sus hijas el nombre de su amada de la infancia. Hasta hizo la respectiva catarsis en *La Divina Comedia* pero fue igual de inútil su empeño en despojarse de los recuerdos beatricinos. Algo así me pasó a mí; la conocí a mis siete años de la manera más inocente y me convertí en su alumno para siempre; ni siquiera la muerte le ha impedido seguirme enseñando. Por eso hoy, al ver ese recuadro en el periódico que le servía de urna a la esquela mortuoria de doña Bruni, algo se alborotó de manera confusa en las grutas de mi ser: sorpresa, tristeza, acumulación de recuerdos... ¿Sorpresa?, sí; desconcierto. La muerte de cualquier persona no me causa asombro. La de doña Bruni me golpeó con crueldad; fue como haberme pillado en toda la parte secreta de mi vida; como si se hubiese muerto toda la humanidad y yo me hubiese quedado terriblemente solo y desamparado. Sentí como si una voz de soprano, en la entrada de una cueva profunda, cantase oraciones tristísimas, y su expresión rebotara convertida en millones de ecos encargados de que la amargura me constriñera. Triste, triste, triste, triste, triste, triste, triste, triste, triste... Experimento también la reaparición de antiguos pentagramas que, desde sus notas, insuflan vida a viejos cornos y órganos de catedral. Me siento en el sofá para tratar de calmar la agitación interna que, de repente, me hizo su presa. Reposo mi vista en la pared y siento su color blanco-hueso marchitarse; avejentarse hasta lograr la metamorfosis en el intenso sepia de la congoja. Cada muro de ese cubo de ladrillos, rodeándome, parece adquirir un movimiento de vaivén y, enseguida, comenzar a dar vueltas. Es un mareo terrible; ocurre hasta que el trompo visual cesa de moverse y llegan las estrellitas del desequilibrio, como invasión extraterrena a mis ojos.

Su esquela en el periódico parece cuadro de museo sudando años colgado de una pared que, a pesar de la íntima cercanía, nada le pudo decir; ni siquiera cobrarle por hospedarla en una esquina de modesto valor, acuchuchada por la nostalgia y la agonía. Las letras, palabras y oraciones, resucitando de la tinta litográfica, se transfiguran en píldoras de sañudas vitaminas contra el tiempo; al terminar de leerlas-ingerirlas retorné a mi adolescencia para recorrer primitivos desvanes de mi memoria.

Releo la esquela y el aroma del agua de colonia 4711, que tanto le gustó llevar en la piel cuando estaba en casa y recién terminaba de bañarse, llega, mariposa inesperada, y aletea en mi olfato. Con ese lepidóptero aromático llegan los sueños amorosos de mi juventud: cuando experimenté el nacimiento de la conciencia de los olores. Fue el bautizo de mi olfato. Y quien lo ofició fue esa señora culta y elegante que era mi vecina. Así fue entonces. Ahora, doña Brunilda es celaje de nubes descondensándose y esparciéndose en mi vida como quien arroja semillas en campo infértil o pica-pica sobre una persona de luto en día de carnaval.

La vida, pensé, es sólo un puente entre la muerte y la muerte. Es música de fantasía escrita por ambivalentes campanas: leen el edicto que le da principio a la ceremonia obituaria; luego, tras invernar el sueño de los años, regresan tristes, con sus badanas de oxidado traje, a firmar el acta de defunción. Así es.

Mi relación con doña Brunilda puede parecer rara al principio porque es la historia de un viaje sorpresivo y apasionante cuya trayectoria, sin yo quererlo, sucedió antes de mi nacimiento en el siglo XX; se definió en el año 1271 en la bulliciosa Venecia, *La Serenísima*, agitada por sus guerras prolongadas contra Génova. ¿Cómo puede ser eso? La aventura de volver a recorrer ese trayecto, ahora, es como viajar caminando para atrás. A pesar de transitar en tiempo presente y en el siglo XX, todo lo que veo parece recorrido por mí en un tiempo pasado sin que, en realidad, me hubiera sucedido. Es rareza del tiempo, reacio a dejarse medir con exactitud; caprichudo como clepsidra medieval que no aprendió a contar minutos y segundos; aún las horas las contabilizó como espacios de tiempo aproximados. Los días se visten de bruma y las noches refulgen gracias a la *stella matutina* que hoy llamamos, sin más, Venus. Es una transmigración mental asombrosa capaz de hacerme volver a la medievalidad, en el preciso ombligo del siglo XIII sin dejar de vivir en el siglo XX. Todo el ambiente de la política ducal, los pleitos y la política con el pontificado y el fervor de las guerras y disputas concurren a esta cita con la incertidumbre del tiempo. Y son, a la vez, renovación de otros tiempos cuando la amenaza no era genovesa sino sarracena o húngara. Para mí es paradójica esa ventana del tiempo con tanta bonanza y, a la vez, tanto conflicto. Casi como lo que ahora vivimos con el neoliberalismo. Sin embargo, tal naturaleza del tiempo, que no se deja percibir de manera total o certera, es como si hubiese mutado en los entornos de doña Bruni y el mío. Todo, entre ella y yo, es extraño; hasta estas letras que la evocan a partir de su esquela.

Desde que la conocí, lo que sucedía en su ámbito era una mezcolanza de lapsos. O quizá el tiempo, para ella, no coincidía con el de la realidad. Su período era medieval porque no sentía las horas y, menos, los minutos; y aún, más atrás de lo medieval, los días eran marcados por ese sueño difícil de realizar: transgredir los dogmas y la reglamentación. Por tanto, en el terreno práctico, la puntualidad no caló en ella como una idea precisa. Siendo su tiempo patentado en el Medioevo, también era infantil porque para ella todo se le manifestaba en presente. Los deseos, el amor y la alegría sólo admitían la circunstancia actual. En su dimensión temporal, el pasado y el futuro sólo cabían si podían hacerse actualidad. En ella el concepto aristotélico del antes y después era, sencillamente, una quimera. Doña Bruni era prisionera del presente; y aún lo sucedido o por suceder, los absorbía hasta convertirlos en su realidad vigente. Y me contagiaba. A pesar de ser una extraordinaria planificadora, no hubo calendario capaz de ceñirla cuando su sensibilidad trabajaba en un proyecto. El mismo futuro lo pensaba para obtener compensaciones inmediatas. De tal manera, los trescientos sesenta y cinco días del calendario egipcio podían volverse el babilónico ciclo metónico, de diecinueve años. O, aún más; o menos: dividirse en el caudal del reloj de arena cuya vida transcurre en una hora y luego de morir ese intervalo, tiene que volver a nacer. Era como si las horas se dorasen plácidamente bajo el sol hasta secarse y perder y olvidar su ADN cronometral. Sin embargo, todo lo que resultaba de ella, hasta los movimientos más cotidianos, yo los sentía como una sorpresa. Me inspiró para desafiar todo el sistema del que dependía. Y lo primero en proveerme dicha experiencia, fue la desobediencia. Ella me enseñó una indocilidad que no se notase demasiado. No fui el contestario o respondón sino el que empleaba las estrategias

adecuadas para reafirmarla y lograr mis objetivos sin provocarle ronchas al sistema familiar y escolar en el cual me encontraba inmerso.

Vuelvo a ver la esquela en el periódico; enseguida, dirijo mi vista al desorden que reina en mi cama. Mi cuarto parece zona devastada por algún ejército genocida. Y siento que así está todo dentro de mí. La noticia de su muerte no me tuvo piedad.

¿Cómo llegó doña Bruni al vecindario?, me pregunto para evocarla. ¿Cómo una mujer culta y de posición económica holgada llegó a un barrio popular? Apareció en el barrio y pobló mis pensamientos en diciembre de 1960, cuando yo transpiraba la inocencia de los siete años. Una tarde de noviembre, mientras digería el veneno amargo de la prohibición de salir a jugar con mis amigos, estaba con los brazos colgados en el cerco de maderas enmohecidas de mi casa. Evoco esta imagen como foto antigua porque, tras de mí, el fondo lucía estrellado de rosas blancas y, ahora que traigo a mi memoria ese marco, su color era de un sepia intacto. Indiferentes al mundo, mis dos brazos eran remos en reposo descansando en el vasto mar de la desocupación. Era para mí el génesis abierto a cualquier creación. Cubierto con una cálida franela fui inmune a la ofensiva del viento frío. Ni el estruendo de aviones y carros logró conmover mis disipados pensamientos. Así, en ese limbo de quietud sacramental estaba cuando tierra, viento y cielo formaron una alianza con Cabrakán y fabricaron un terremoto a la medida de mi corta edad. Un camión, desvencijado y tatuado por jornadas de infatigable rodar, se detuvo frente a mí; tres hombres descendieron y, como zompopos preparándose para el invierno, comenzaron a bajar todos los bártulos del vehículo y se afanaron en nutrir la zompopera que estaba frente a mi casa. Esos vientos decembrinos, hoy que vienen a visitarme con la carta de recomendación de los años, siento que me anestesian e inoculan de sopor con premeditada y alevosa nostalgia. Y a pesar de sentirlos familiares, sé que son los guías para la ruta de las sorpresas. Tras el camión llegó, en un carro que parecía minúsculo joyero, doña Brunilda. Según ella me contó después, en ese momento andaba en los veinticinco años. Venía tras su esposo, un elegante señor, trajeado como si fuese a una fiesta.

Quedé como santo niño en éxtasis, fascinado al verla descender, porque todos sus movimientos estuvieron frutecidos de una ritualidad inédita y ajena. Nunca, pero nunca, en mi barrio se paseó una mujer propietaria de personalidad tan preñada de ese donaire hechicero. Su vestido era nube desplazándose, como vapor de su belleza, con marcialidad celestial, empujada por el vaho gracioso de los ángeles; a saber de qué madeja fantástica fueron sacados los hilos para tejer esa tela. Fue un hada que, en cada paso, esparcía prodigios; sus movimientos y gracia me dieron la impresión de estar determinados por su varita mágica desde siempre. Eso, creo, ahora que lo recuerdo, debí pensar. Su cabeza estaba cubierta con un botánico pañuelo de seda que jardinizaba su cabello y cuya factura, sin lugar a dudas, debió tener el sello de la vieja ciudad de Laias, en Armenia Menor, donde los venecianos y genoveses, en la Edad Media, se volvían locos comprando tejidos finísimos, brocateles y las especias más aromáticas y apreciadas; el vestido, ancho abajo como tulipán maduro, y angosto

arriba, para ser tomada como cáliz de zumo embriagador, exaltaba sus frutecidas redondeces; sus zapatos blancos y la bolsa sostenida de su brazo testimoniaban la creación extraordinaria de famosos escritores de cuentos del más excelso gusto; en ella parecían ornamentos de un ritual importante; de un cuento que en ese momento comenzó a flotar como nenúfar en la quietud de mi estanque cerebral y se difundió hasta cubrirlo todo. Luego extendí a sus pies la alfombra de mi mirada. Su reinado se detuvo ante mí y, como quien siembra en tierra abonada, acarició mi desordenado cabello; en seguida lo regó con una sonrisa que hizo germinar el rubor en las mejillas de mi llana tierra infantil. Su perfume, esparcido en todo mi pequeño ser, y ese extraordinario «rich-rich-rich» provocado por sus escondidos muslos, embutidos en las medias e intimando entre sí al caminar, se quedaron como códices de ritos paganos guardados en el museo de mi inocencia. Verla fue obtener un conocimiento nuevo porque las sorpresas de esa naturaleza aún no eran de mi dominio. Y, de pronto, una enciclopedia completa sobre ese asunto me cae encima. Ese asombro primario me sacó de mi reducido mundo infantil. A saber qué ocurrió dentro de mí; verla caminar me hizo imaginar el viaje que tuvo que recorrer para llegar hasta aquí. Muchos itinerarios fantásticos se desplegaron en mi mente como mapas del más alto rigor geográfico. A partir de entonces, los juegos en los charcos, calles, y aún en la huerta de mis abuelos, comenzaron a tener un referente viajero. Inventaba lugares a los que había de llegar luego de sortear muchas dificultades. Al arribar a cada territorio, me salían al paso historias que allí mismo surgían. Fue como si el espíritu de Scherezade me poseyera urgiéndome a memorizarlas y disfrutarlas. Muchas horas consumí en imaginar rutas inéditas con sus acontecimientos asombrosos. Barquitos de papel viajaron por charcos que, en el mapa de mis ojos, eran mares tormentosos aptos para una supervivencia sólo concebida en la imaginación infantil. De ese entonces me quedó, como aguijón metido en la piel, la experiencia y la sensación de que el conocimiento siempre implica riesgo y aventura.

La esquela del periódico es truco del tiempo porque, con mis ojos actuales, me hace verla como una de esas mujeres egipcias, de tiempos tutankámicos, paseándose con donaire por las calles de Tebas. Con su cantarito de barro al cuello, lleno de perfume, la veo balancearse de manera voluptuosa para rebalsarlo en sus pechos y compartir su fragancia con todos; el céfiro, impregnando el aroma en las aguas del Nilo es el vehículo para que nadie se quede sin percibir su encanto.

—Así la veo hoy, entre mis lágrimas, doña Brunilda; que no me vengan a contar que usted está muerta.

—o—

Custodiada por los zompopos de la mudanza, ella entró a la nueva casa, siguiendo a don Lacho, su esposo, y llevando tras de sí a sus dos hijos. Por cierto, desde mi inexperiente

niñez, me pareció que don Lacho y doña Bruni eran la pareja más dispareja. Ambos muy elegantes pero como si fuesen a fiesta distinta. Entonces mis pensamientos, hamaqueándose en los ojos, volvieron a su rutina y le dijeron a la noche que recién entraba: «pasá adelante». La voz imantada de mi madre me atrajo como arena de playa al comedor. La comida entró como Juan por su casa: sin saludar a mi paladar. Sin embargo, se volteó de manera súbita una página del texto de mi vida. Si en los momentos previos a la caída de la tarde hubiese sido filósofo español, quizá habría exclamado: «Yo soy yo, más la fragancia de esa extraordinaria mujer.»

Treinta años después, luego de enterarme de la muerte de doña Brunilda, me cambié de ropa con una rapidez de tormenta tropical y con la pasmosa exactitud de una desgracia consumada. Me alisto para emprender una aventura imprevista que me temía llena de sobresaltos y sorpresas: llegar a la funeraria. Todo el sueño-recuerdo de doña Brunilda se levantó, como un remolino urgente que había permanecido muy dormido, en las rocas de la lejanía y huracanó mi ser. Se agitó dentro de mí y lo sentí como si eternamente lo hubiese esperado. Un prontuario evocatorio de mi vida acudió a insolentarse y me dejó con la incómoda sensación de estar en tierra ajena y desconocida. El nerviosismo, como si fuera víspera de pena de muerte, me imposibilitó pensar con serenidad. Y así, con el corazón pumpuneándome de manera altanera, tomé el camino hacia la funeraria.

Las calles las veo desoladas; como si fuesen la ruta hacia la Comala de Juan Rulfo. No siento el paso de las personas ni el ruido de bocinas petulantes, ni el humo cohabitando con las paredes. Es un vasto territorio desierto; aunado al calor sofocante y la sequedad mortal, me ciega su niebla reseca impidiéndome saber si voy para el norte o para el sur. Sin embargo, asumo el riesgo de caminar con prisa. Aunque me aleje, mis pensamientos van hacia doña Brunilda, quien sale a mi encuentro disfrazada de oasis; no obstante, cuando me detengo frente al recuerdo de su rostro, éste se convierte en el espejismo de una flecha afilada hiriéndome. El suelo de las calles es brasero traído de algún incendio desastroso, y todos los sonidos son bombas y estruendos de una guerra acercándose a su final. Sólo al llegar a la funeraria mis pensamientos parecieron volver a instalarse con relativa seguridad en este mundo. Me detengo frente al edificio que, por fuera, parece inmune a la muerte. Vidrios pulidos, mármoles brillantes y gente entrando con flores parecen reírse de la muerte. Y en ese recinto mortual las gentes, por su quietud, me parecieron personajes sosos de un desganado cuadro recién pintado, todavía exhalando olores a barnices y trementina; buscando epidermis dónde parasitar.

La sorpresa, al constatar el deceso de doña Brunilda, hizo que actuara como un autómata que no falla en sus premeditadas expresiones. Aún pude ver su ataúd: isla en mar olvidado. Descansaba en una sala mortecina, como naufragado en las infinitas y severas aguas de la soledad. En uno de los sillones más próximos al féretro, estaba don Lacho, a quien tenía muchos años de no ver. Sus sesenta y cinco años parecían ochenta. Los ojos los tenía con visa para el llanto. Era ya un viejito que me pareció haberse encogido con la apretazón de los años.

Al momento de observarlo sentí la presencia de un muro descomunal que me impidió ir a saludarlo. Lo que me hizo falta, creo, fue valor; o descaro.

Al ver el ataúd, sentí vértigo; una horrorosa sensación de vacío me dejó con la incómoda turbación inoculándome idiotez, imbecilidad, taradez, estulticia, insensatez... Y me pareció que, ese cajón ocultándola, yo lo observaba desde un aeroplano sin poder descender a rescatarlo. Fue como recordar con minuciosidad, pero al revés, el cuento *La isla al medio día*, de Julio Cortázar. Experimenté una sensación de impotencia; de ser limitado; de indómita inutilidad. Luego, saludé a sus hijos. Después, abrazados, lloramos. Las palabras quedaron empozadas y ahogadas en su propia inutilidad. Me percaté de la mirada de don Lacho, siguiéndome, pero postergué mi encuentro con él. Sentí terror de averiguar en su mirada muchas preguntas que nunca pude responderme. Todavía no lograba sedimentar bien las impresiones que tuve al ver la esquela y el féretro.

El intercambio verbal con Manuel y Beatriz, hijos de doña Bruni, fue el nacimiento de un río que, después de borbotar con el aparecimiento del agua, se hizo plácida corriente hasta empozarse en la fatiga de las reminiscencias. Yo, sentado en la hierba de la orilla de esa poza, lanzo piedrecillas que, de cuando en cuando, la despiertan con las caricias de las ondas; con la paciencia de un pensamiento eterno, esos círculos concéntricos, después de testimoniar su existencia, vuelven a envolverse en las sábanas de la quietud.

Media hora después de haber llegado a la funeraria, al disponernos a salir hacia el cementerio, Beatriz me contó la causa de su muerte: un cáncer inadvertido que la roía desde hacía mucho tiempo. Dentro de mí, algo se revolvió y me obligó a ponerme en actitud de incredulidad. La veo con sus ojos cansados de enrojecerse y pienso que ese llanto rodado en sus mejillas también debió ser mío. Imaginé lo mucho que doña Brunilda debió sufrir al mantener en el cofre de la intimidad el secreto de su enfermedad; eso me hizo apreciarla más en ese momento y sentir una admiración todavía más profunda por ella. Yo debí estar a su lado para administrarle pócimas reconfortantes, para exorcizar su enfermedad y devolverle la vida a su vida. Mi responsabilidad era impedir el naufragio de su corazón al pie de los acantilados de la enfermedad. No pude ser el shamán que se convertía en pararrayos de las más ocultas fuerzas y, con ese poder, sanarla. Debí estar allí pero mi brújula loca no encontró a tiempo el norte donde anclar su aguja. Sentí como que nuestro sistema planetario se desconectó de su gravedad y ella hubiera volado por el espacio como meteorito incendiándose. Acto seguido, hice un paréntesis en mis pensamientos y me maldije hasta sentir su mano fantasma recogiendo las lágrimas de mis mejillas.

El tren mortuorio arrancó de su estación funeraria y, como máquina sin mucho vapor, fue quejándose de su lento caminar. Hasta que llegó a su estación final, conduciendo el féretro hacia la tumba, comenzó a desplazarse con paso de canto gregoriano y, justo cuando doña

Brunilda hierática y sonriendo de su tiesura arrancó nuestro llanto de despedida, doña Berta, acercándose con sigilo hacia mí y con la mano asida a la madrileña, me contó, mientras yo agaché mi cabeza, otra versión de su muerte que me hizo entrar en una carretera asfaltada de cuchillas y espinas. Sentí cómo la *Toccata y Fuga en Re menor*, de Bach, se materializaba metiéndose en mi cuerpo y llenándolo de un terror frío que me empujaba a correr, correr, correr. Intenté hacerlo pero mis piernas se empecinaron en su amor por el piso y fueron indiferentes a mis deseos. Fue más doloroso que haberme enterado de su deceso. Doña Berta, aún con sus manos asiendo de manera apretada y nerviosa las extremidades de su madrileña, parecía echar en cada palabra más espinas y afilar mejor las cuchillas; y yo debía continuar caminando de manera estoica, a pesar del sufrimiento infligido. Sus pasos cortos fueron el metrónomo marcando el ritmo para que sus palabras me martillasen de manera cruel. Y cuando levanté la cabeza, esa ola humana que acompañaba a doña Bruni me lanzó a la reventazón; luego hacia la tempestad y, por último, a la tormenta que me hizo perder el sentido de orientación y naufragar en la confusión de mis pensamientos. Envuelto en millones de burbujas, asediado por temores indefinibles, e inmovilizado por la estupefacción, las palabras de doña Berta me parecieron mentira. «Doña Berta miente. Doña Berta miente.» Y miente porque, cuando vi el rostro de doña Bruni a través de la ventanilla del ataúd, estaba intacto. Parecía mujer veneciana con su frente ancha y su rostro brillante, como maquillado con polvos de plomo y gel de áloe. Esta visión, fue la reivindicación de sus pocas arrugas. No había señas de una muerte violenta ni angustia o desesperación. Sólo lucía levemente envejecida mientras su belleza reposaba bajo sus párpados cerrados, como esperando a que yo la viera por última vez. Todo en ella parecía decirme, solamente, adiós. En su cara había pocas marcas del tiempo pero, ¿había pasado el tiempo o sólo comenzaba? ¿De qué naturaleza es el tiempo para que unas veces se perciba y otras no? El viento pasó varias veces silbando su canción de desolación. Luego se callaba para reírse en silencio de nosotros. A cierta distancia oí que alguien dijo *requiescant in pace*; entonces, sentí que las grandes araucarias del cementerio revolvían el aire para llegar a mí, fresco y suave. Eso me confortó y ayudó a que mi cuerpo se esponjara y yo arrancara mi salida del camposanto como ave que emprende su migración final. Veo a doña Berta llegando a la puerta del cementerio y trato de alcanzarla. A pocos pasos de ella, me detengo. Las palabras que le iba a decir naufragaron en mis lágrimas y ni la rabia pudo servirles de salvavidas. Sentí frío y una sequedad desértica. Tuve ganas de gritar y maldecir; de ofrecer mi vida a cambio de la suya. «¡Qué tristeza, carajo!, ¡qué hijueputo desenlace el de doña Bruni!» Tuve que ir a una de las bancas de cemento que me quedó cercana; alejado de las miradas enlutecidas de los acompañantes de doña Brunilda en su entierro, me senté a llorar. La voz de Sandro, con su canción *Penas* cayó sobre mí como avalancha incontenible. Recordarla a ella cuando la cantaba fue una experiencia demasiado dolorosa: «Nadie me daría dos días de vida / por la forma en que me encuentro hoy. / Tengo la mirada de ansiedad vacía, / ya no hay alegría donde voy. / • / Penas y penas y penas / hay dentro de mí / y ya no se irán / porque a mi lado no estás. / Te recordaré como algo que fue / sólo un sueño hermoso nada más.»

¡Qué jalones los que sentí en los tendones de mi cuello! Lloré hasta que el desfallecimiento me impidió seguir. Quise hablar en voz alta, con ella, pero no lo conseguí a causa de los nudos que se me formaron en la garganta. Con mi cabeza sostenida por mis

manos y brazos tuve que resistir todo el torrente caudaloso de los secretos que compartimos. Y de pronto me vi nadando en la vastedad oceánica sin la más remota posibilidad de encontrar tierra firme o barco salvador. ¡Qué desesperación! Me sentí espectador de cine encandilado por las luces recién encendidas. La mano de Manolo, su hijo, me toca en el hombro. Lo veo y también advierto sus ojos emponzoñados de llanto. Atrás de él viene don Lacho, con su traje negro impecable y su camisa blanca de cuello enyuquillado. Me levanto para abrazarlos y, luego, Manolo me dice:

—Acompañanos; necesitamos un trago.

—¿Y dónde nos lo tomamos?

—Allí en la cantina de enfrente.

—¿En *El Últimо Adiós?*

—Sí.

—2—

«... la eterna brevedad del tiempo.»

Miguel Ángel Asturias

Mi abuela murió cuando doña Brunilda y su familia ya eran nuestros vecinos. Fue mi primer encuentro con la muerte; yo no entendí exactamente si implicaba dicha o desgracia. Creo que me gustó porque mi vieja tenía una sonrisa descansando en sus labios. La breve agonía por la que pasó, a mí me pareció la preparación del viaje de una mujer práctica. En la familia todos presentían su muerte; hablaban casi en secreto en conversaciones que se prolongaban como si se tratara de una conjura en la que todos se jugaban la vida; el fallecimiento era inminente y cada quien se afanaba en tareas diversas y urgentes para enfrentar el desenlace. Al fenecer fue como si el tren hubiera pasado con puntualidad a traerla. Todas las tareas, el ritual y los movimientos de mis primos, mis tíos y mis padres me parecieron esfuerzos para llegar a la estación ferroviaria a despedirla. Lágrimas, sofocos, suspiros y un desesperado alargar de manos y agitarlas se aglutinaron desesperadamente cuando el tren con su pito de vapor dijo: «uh, uh, uuuuuh, uh. Uuuuuh…» Y se fue. Cuando regresamos de enterrarla, en el corredor de mi casa, reinaba una paz conmovedora y estaba tan pulcro como barridos por escobas movidas por manos fantasmas. Madrileñas y perrajes negros se convirtieron en festones que orlaron las bancas y sillas. Hasta las fucsias del jardín se hicieron discretas para permitir que el viento fornicara con discreción en sus pistilos. Mi abuelo, con su vista perdida en el piso no fue capaz de encender su puro y sólo reaccionó cuando mi tía le dijo: «tómese un trago, papa.» Sin embargo, después de dos buches generosos que le dio al vaso, levantó la vista y dijo: «es hora de dormir.» Se fue a su cama como pingüino que emprende su viaje al mar y no dejó que nadie lo siguiera.

Mi curiosidad de entonces no estaba fincada en ese reino de las consideraciones terrenales y mortales. La vida era un juego en el cual se valía todo... Crucé la huerta divisora de mi casa y de la de mis abuelos, como quien pasa de la prehistoria a la historia; luego atravesé la calle para ir a jugar en la acera de la casa de doña Bruni. Yo estaba seguro que allí estaría Manolo, su hijo, y que, después, ella aparecería manejando como experta su adorable sonrisa, vestida de cielo y hecha un monumento paradisíaco. Y apareció. Para mí, todavía enfundado en ropajes catecismales, se me figuró una aparición de la Virgen de Fátima frente al ingenuo pastorcito. Su diafanidad esplendorosa se tatuó para siempre en mis registros memorísticos. Esa acera se me figuró el Lourdes portugués y monumental arropado de brisa fresca. Fue la primera vez que me abrazó y besó en las mejillas. Sentí que eran las vísperas de algo extraordinario avanzando en puntillas de pies. Fue una ocasión inaugural en mi vida porque, por primera vez, probé panqueques con miel; algo que nunca figuró en mi dieta de arroz y frijol. Mientras degustaba la panquecada, tuve la sensación de tener la aurora y el ocaso al

mismo tiempo; jugando con ellos, juntándolos y separándolos, como tapitas de chajalele. Al concluir, cuando ella me preguntó, «¿te gustaron?», repitió su beso en mis mejillas, pero su expresión no fue de alegría, sino de ternura, de consuelo. Lo sentí, recuerdo bien, un gesto con el cual ella quiso darme el pésame por la muerte de mi abuela pero, para mí, acostumbrado a otras formas de cariño, significó poner un pie en el mundo de las películas. Mis ojos catecismales, pero de niño pícaro, se colaron por su escote y barajaron las pláticas adultas que siempre escuché; luego, se perdieron atónitos en el oscuro tobogán de sus resguardadas protuberancias.

Hoy, a mis treinta y ocho años, al leer el periódico y evocar a doña Brunilda, siento una nostalgia lastimera que, como raspador de granizadas, me despelleja. ¿Qué emoción escondían unas vísperas tan prolongadas para un viaje sin retorno? ¿Qué hago yo, solterón, en este cuarto estrecho en el cual los libros, como las personas en las camionetas, se empujan para acomodarse? Le exijo a cada uno de los objetos respuestas concretas a las preguntas sobre mi situación y todos se quedan callados. ¡Ellos son cómplices del destino! ¡Traidores!; están conmigo pero no me dicen la verdad. Al observar las libreras, una nostalgia profunda e ingrata se me anuda en la garganta; siento como si Rocío Durcal me entendiera y cantase detrás de mí su lastimera canción de exigencia y reclamo mutuo entre doña Bruni y yo. Hasta los problemas que tengo en el trabajo se esfuman para darle cabida a este martilleo funerario. No sé... al enterarme de su muerte, un listón negro forró todo mi mundo como queriendo ocultármelo para persuadirme de no intentar ningún viaje solo, ni siquiera imaginario. No atino a discernir si es venganza de doña Bruni o autocastigo. ¿Qué hago en este cuarto cocinando casi todos los días lo mismo, lavando y planchando mi ropa, haciendo la limpieza y cuidando un mísero espacio sin poderlo compartir? Sólo mis libros son mudos acompañantes, reacios a decirme lo que mis oídos necesitan oír. Ellos sólo cuentan su verdad, me interese, o no.

En principio, la vida de doña Brunilda, según mis actuales consideraciones adultas, fue un viaje lento para encontrar la felicidad sin los resultados esperados. Algo así como le pasó a Colón, que salió a buscar la India y se encontró con un continente al cual después ni su nombre le quisieron poner. De la misma manera, doña Bruni, al final se topó con las arenas desiertas de la tristeza; de la impotencia de no poder hacer el mundo a su manera. Ese viaje fue un brochazo que pintó un *degradé* incapaz de encontrar otra ruta para revertir ese destino tonal. Nadie puede precisar con exactitud cómo pasó de la alegría a la depresión, de qué manera pudo descender, de los cielos carminados de sus mejillas, la tristeza, hasta convertirse en una talanquera siempre cerrada para una felicidad permanente. Su enfermedad, según su hija, que no sabía que yo estaba enterado de la verdad, fue un inmenso terreno de piedras puntiagudas, filosas y ardientes que ella transitó descalza; hasta calcinarse totalmente y desaparecer, merced a vientos traicioneros. «Todo fue muy lento —me dijo—, y ella siempre nos engañó a todos con su expresiva calma.» Esa fue su máscara —pensé al recordar la tremenda revelación que me hizo doña Berta—. Entonces, mis cavilaciones aterrizaron en pista tormentosa; desentrañar respuestas fue un ejercicio cotidiano de gimnasia mental. Partía de la premisa que ella fue una mujer con intenciones de cosechar felicidad pero nunca pudo sembrar en terreno

fértil; siempre se le arruinaba la cosecha. Recién concluía de arrullar una cavilación y, por generación espontánea, otra surgía para reclamar mis cuidados. Y, como yo, nadie supo precisar en dónde estaban situados los linderos de su felicidad y los de su real y desdichado recorrido por la vida. Para todos quedó como un misterio que no cesa de hacernos preguntas.

Unos dicen que siempre fue feliz; otros que, de manera permanente estuvo encerrada en la desgracia. Yo, durante mucho tiempo, la vi como una *fenbra fermosa* que, al traslucir una imagen de felicidad, me engañó. Sólo después, al dejar de verla, mis reiterados pensamientos pudieron traerle algunas respuestas a mis angustiadas preguntas. Nunca, creo, por más que en varias ocasiones estuvo a punto de lograrlo, pudo conciliar el amor pleno con la vida. Fue demasiado intensa y apasionada; sin embargo, esa discreción impuesta por los estatutos sociales fue la trampa que la atrapó hasta decidir congelar la vida. Ella fue un lunar de agua caliente en el extenso hielo polar. Supongo que, mientras le duró la existencia, ella fue el papelito anegado de esperanzas viajando dentro de esa botella tirada al mar. Lo más probable es que nadie, nunca, se entere de ese recipiente ni del contenido. Pero contra todo eso, la esperanza fue resguardada por la fragilidad del vidrio que, un día de tantos, pudo morir en las fauces de un acantilado misericordioso.

Después de enterrarla, y cuando regresé a la pesada quietud de mi cuarto, un pensamiento subvirtió y embalsamó, de manera inmediata, los cuerpos de mis preocupaciones bruníldicas. Un frasco vacío de agua de Colonia 4711 fue el encargado de certificar e indicar una ruta para mis pensamientos; y, claro, doña Brunilda sería el vasto territorio a conquistar. Abrí con mano temblorosa el minúsculo pomo aromático y, después de aspirar con profundidad comprendí, como una revelación, que a ella quizá nunca le interesó la felicidad terrenal. Lo suyo fue algo más profundo y espiritual; mucho del ensimismamiento que con frecuencia la retraía me daba esa certeza. La insaciable lectura de sus libros, la preocupación por indagar, los largos momentos escuchando música y el aire misterioso que la rodeaba eran, también, mojones precisando la espacialidad de su interior. Hasta sus consideraciones sobre la muerte parecían dotadas de esa inspiración china al considerarla un motivo de alegría. De esa cuenta, toda su vida fue una portentosa y minuciosa preparación para morir: víspera de viaje. Y tuve la certeza que ella sólo en la muerte podía concretar la felicidad, aunque durara fracciones de segundo y después se engusanara con la eternidad. La muerte como explicación de su felicidad, sin embargo, era algo que reñía con las convenciones sociales y suponía una larga y paciente articulación de puentes, diques y murallas para mantener a salvo esa intimidad matadora. Por eso, creo, sólo a mí me hizo tales confidencias en las largas conversaciones compartidas a partir de mi adolescencia; claro, antes tuvo la paciencia de inducirme e ideologizarme en la práctica de la discreción. Fue meticulosa en enseñarme a ponerle toda clase de cercos a mi posible ligereza de lengua.

Todo lo que ella hacía o decía era una paciente víspera para el largo viaje que debía emprender. Hizo acopio de la totalidad de su experiencia humana para que las alforjas no fueran insuficientes en el largo camino, además, desconocido; no había mapas ni experiencias ajenas accesibles en las cuales documentarse. Y como ella expresó en varias ocasiones, el viaje hacia la muerte es la experiencia más original. Cada persona imagina su propia ruta y no puede

ser copiada por nadie. La vida para doña Bruni fue la ciudad de la cual debía partir. En muchas ocasiones sentí escalofríos cuando ella hablaba sobre ese tema, del cual poseía una documentación y conocimiento impresionantes. No obstante, al advertir mi estremecimiento, me expresaba:

—No me hagas caso, son puras imaginaciones mías.

—Yo pienso que todos los seres humanos somos semejantes.

—Sí; aunque teniendo tantas semejanzas en su aspecto externo, ninguna vida de los seres humanos es, ni remotamente, parecida o repetible. ¿No te parece?

—Sí, doña Bruni.

En el fondo a mí me gustaba escucharla hablar de este tema; cuando lo hacía, todo su ser adquiría una solemnidad que le daba un donaire extraordinario. Yo la gozaba porque, siendo una mujer culta, todo lo que ocurría en ella se sentía de lo más natural. Nada me parecía artificioso aunque la experiencia de mi pobreza familiar no estuviera hecha para el trato con una dama de esa naturaleza que, a veces, era tocada por vientos aristocráticos.

—Ya me voy, doña Bruni.

—¿Te aburrí, verdad?

—No, doña Bruni, no es eso. Lo que pasa es que si no me voy, mi mamá me vendrá a buscar.

—Sólo tómate una taza de café y te vas.

—Vaya, pues.

La muerte para ella fue una especie de diosa, alrededor de la cual construyó una íntima religión que la eximía de ser como todos los seres mortales. Y como una deidad, debía ser eterna. Para ella, como para los egipcios, pronunciar su nombre debía ser volverla a la vida sin repetir la pena terrenal.

—3—

«... cada cosa es lo contrario de lo que parece ser en el mundo...»

Howard, citado por Michel Foucault

Mi abuela, en el telar de sus palabras, dijo que la felicidad no era tan importante como educar correctamente a los hijos. Y por todo lo dicho sobre ese asunto creo poder resumir su pensamiento: la felicidad, cuando a uno no le preocupa es la felicidad. La felicidad es imaginación y la imaginación es sólo para la gente sin qué hacer. Y educarlos correctamente, según ella, consistía en darles alimento, palo y trabajo. Cada factor en su exacta ración; sin ser banquete pero sin que tampoco constituya ayuno. Quizá por eso fue tan griega, romana y maya en todos sus actos. Consideraba, a tal grado, que la alegría sólo debía mostrarse en los escasos días de fiesta anuales. Sin embargo, mis tíos aseguran que murió feliz porque en lugar de tener estampado el rictus mortuorio, en su rostro quedó esculpida una sonrisa que se llevó con ella, al decir de ellos, para toda la eternidad.

Doña Brunilda, en realidad, quería ser feliz. Pero está visto: no siempre «querer es poder». Yo siempre vi ese deseo en sus ojos; sin embargo, creo, el problema de ella fue la pura mala suerte. Ella quería exudar felicidad; sin embargo, de manera inconsciente, me parece, percibía que sólo la ruptura con esta vida podía dársela. Y quizá esa situación se debía a su talento para intuir las cosas; para preconizarlas. Además, era poseedora de una vasta cultura alimentada no sólo por el esmero que su padre puso en dársela sino porque, desde pequeña, fue una lectora voraz. En la finca paterna tuvo una biblioteca extraordinaria y los lugares adecuados para leer. A eso se aunó su educación recibida en los mejores colegios y la asistencia de una tutora permanente hasta que cumplió dieciocho años. Y luego, la universidad en donde se graduó con las mejores notas y honores. A pesar de todo ese esmero que tuvo en su formación, y de una situación económica acomodada, su vida estaba ordenada por una frugalidad casi de asceta. Por eso mismo accedió a venirse a vivir a este barrio de estirpe muy popular.

Doña Bruni tenía una actitud especial, sobre todo, para prever las situaciones adversas. Yo fui, muchas veces, testigo de esa potestad suya. A pesar que intentaba por todos los medios quebrar ese determinismo que la envolvía, tal pretensión siempre resultaba fallida. Buscaba la felicidad en cada uno de sus actos y, cuando ya creía alcanzarla, se le vaporizaba. Un mal presagio la ahuyentaba. Era como si la lluvia, a medio camino, se condensara y quedara suspendida del cielo y, sin llegar a la tierra, regresase a seguir durmiendo en las nubes. Luego se quedaba mucho tiempo pensando y digiriendo los por qués. Un extraño sonambulismo la robotizaba y cada movimiento suyo parecía estar medido con exactitud infinitesimal.

Mi abuela, por contraste, fue una mujer que antes de morirse pasó por encima de esa guerra librada en el corazón de doña Bruni. Quizá fue la edad; no obstante, yo pensé siempre

que mi abuela no había nacido para esos afanes. Ella no era buscadora de tesoros; solamente fue una transeúnte divirtiéndose al ver cómo casi todo el mundo peleaba, corría, destruía y construía para encontrar esa vasija que contenía la riqueza más portentosa del mundo: la felicidad. Aunque, para ella, felicidad no era tesoro sino maleficio que se prende como garrapata hambrienta en la piel de las gentes: como demonio sonámbulo, las veinticuatro horas diarias. La felicidad es magia negra que la practican personas aderezadas con azufre; sorben pócimas endemoniadas o suscriben pactos con el Demonio; y la magia negra es pecado y la castiga Dios con el infierno. La consideraba un asunto superfluo apto sólo para gente haragana. Y ese era, digamos, su meollo filosófico; la tónica de su discurrir; en eso residía su dicha. En ello consistió su nunca disminuida energía. La vida, para ella, fue una especie de manual en el cual todo estaba prescrito. De tal manera, nunca renunció a ser la mujer hormiga que jamás cesó de trabajar. Y en eso consistió, digamos, su felicidad.

Doña Brunilda permanecía mucho tiempo sentada en su silla de nogal y con su mirada, como sonda, excursionaba en todos los terrenos imaginarios; según mi percepción, en busca de la felicidad o lamentando su pérdida porque, cuando ya la creía alcanzada, se le escurría de manera inexplicable. «Pero si ya la tenía entre mis manos», cavilaba. Muchas veces yo me pregunté ¿qué pensaba?, ¿a dónde iban sus pensamientos?, ¿de qué naturaleza era su ser que tanta curiosidad despertaba en mí? Las paredes eran espejos de su quietud; el viento, mensajero puntual, siempre traía la llave para abrir sus sonrisas con vagas satisfacciones; sus recuerdos mismos eran hierros salidos de la fragua, listos para quemarla. Y cuando por fin se dormía, su sonrisa se volteaba y se transmutaba en puente bajo el cual pasaba derrotada. Ella, entonces, en su quietud, se tornaba quejido de mujer lastimada haciéndose oír desde su prisión desolada. En ese sentido volvió a ser la Justine del Marqués de Sade a quien la virtud sólo de sufrimientos la proveía. El balanceo de la silla era el péndulo de su tiempo que, para su desgracia, nunca coincidió con el real. Hasta los perfumes discretos que usó, los empleó como faros para que la felicidad la encontrara; para que, sin hacer bulla, llegase a su corazón y todos la admirasen como volcán en actividad.

Doña Bruni estaba consciente que debía resucitar de sus catástrofes sentimentales; lo que no entendía realmente era la manera de hacerlo. Sus hijos no le daban suficientes respuestas a su necesidad de ser amada; ella necesitaba trascender su fuego y demostrarse, de manera fehaciente, la hipótesis según la cual todos los seres humanos nacen para ser felices. Llegó a pensar, contrario a lo que en teoría sostenía, que las muchas recetas encontradas en las novelas de amor serían la fuente para restablecerla e intentó ponerlas en la práctica con resultados desastrosos.

Una tarde de 1968, después que la lluvia dejó el mundo apto para las confidencias, doña Bruni llegó a mi casa. Mi madre, estaba torteando. Yo recién había cumplido quince años. La recibió con una sonrisa benefactora; yo vi cómo la confortó. Mi mamá, con todo el cariño del mundo, me envió a jugar afuera y, muy a mi pesar, tuve que salir. No sé el contenido de su plática pero ella salió transformada y muchas veces después, por las tardes, solía llegar a conversar con mi vieja. Yo creo que eso la consolaba. Según me contó años después, mi madre fue un alivio para el golpe que sufrió después de haberse divorciado de don Lacho. Sin embargo, mi madre, luego de varias reuniones, se mostró más severa en la concesión de

permisos para ir a jugar con los hijos de doña Bruni. Creo que la rehuía, en parte, porque doña Bruni era una mujer culta y mi madre era un poco campesina y no tuvo la oportunidad de estudiar. O quizá presintió el peligro que, según ella, yo corría. Nunca pude advertir qué escondidos pensamientos descifró mi madre en las confidencias bruníldicas. Mi padre también le armó problemas porque decía de doña Bruni no ser una mujer con la que debía intimarse. «Una mujer que se separa de su marido no es de fiar», decía de manera condenatoria. En el fondo, el meollo era que a mi papá le gustaba doña Bruni. Pero doña Bruni no le daba ninguna señal de atracción. Yo veía a mi viejo babear por ella. Con sus miradas intentaba atraerla pero ella fue inmune a las veladas solicitudes de mi padre. Además, creo, en el caso extremo, ella habría sido incapaz de hacerlo a su modo porque él era un poco tosco y ella muy refinada. Y esa era razón de más para descartarlo. Mi mamá se divertía viendo a mi papá en esas escaramuzas porque estaba segura que nunca conseguiría nada de doña Bruni. Había en él una rusticidad que no cazaba con su exquisitez. Además, ya no estaba en edad de ser moldeado ni, en resumidas cuentas, era el tipo de hombre para nuestra vecina.

De las calamidades contadas por ella mucho tiempo después, la separación de su esposo fue la más dura; la que le dio certeza de su incapacidad para ser feliz. Casi un año después, en un arranque de osadía, le pregunté:

—Doña Bruni, si no es indiscreción, ¿por qué se dejó con don Lacho, pues?

—Ay, Marco Polo. Mi Marco Polito. Es una historia larga y un poco complicada para contártela ahora.

Me quedé con los pensamientos metidos en la trampa de la curiosidad. Sin embargo, pienso que la confianza dispensada por ella aún no tenía asideros fuertes como para que yo me permitiese una pregunta de esa naturaleza.

—4—

«De talle muy apuesta, de gestos amorosa,

Doñegil, muy locana, plasentera, fermosa,

Cortés e mesurada, falagera, doñosa,

Graciosa e risuena, amor de toda cosa.»

Arcipreste de Hita

A partir que doña Brunilda y su gente llegaron a mi barrio, me hice casi parte de la familia. Durante el día, cuando yo jugaba con sus hijos y juntábamos insectos, estampas o coleccionábamos nubes efímeras, añoraba que ella nos llamase para tomar algún refresco o comer algo. Pasear por esos sabores civilizados fue la aventura de capturar mundos distintos y sensaciones estimulantes; eran combustibles para la ruleta de mi imaginación infantil. Ella fue seda que, desde niño, me urgió a acariciar su tersura. Y, ahora que la recuerdo, siempre buscaba sentarme en un lugar desde el cual pudiese verla de frente. Creo que fue algo inconsciente. No era atracción sexual ni maternal sino una fascinación que me cuesta explicar. Ella constituía algo sacramental para mí. Hasta para darnos consejos y amonestarnos tenía una gracia extraordinaria. Por eso, yo siempre esperaba ser el objeto de sus palabras. A veces, cuando por alguna circunstancia de los juegos me quedaba momentáneamente solo, me daba por espiarla con cierta morbosidad infantil, y en varias oportunidades la encontré sentada en la penumbra, en uno de los sofás, con la vista perdida, como jugando con sus pensamientos a ser feliz. Creo que si ella conservase la edad que tenía en ese tiempo y estuviese junto a mí, con la edad que tengo, para comunicarse conmigo emplearía un lenguaje en el cual, cada palabra sería un aroma; yo, al decodificarlo, lo sentiría como fragancia feromónica recorriendo traviesa mi sistema olfativo y, a la vez, vulcanizando mi cuerpo.

Por las tardes, como a mi casa no había llegado la televisión, ella me invitaba a que, reunido con sus hijos, pudiese ver en su casa programas infantiles. No recuerdo haber retenido por mucho tiempo lo visto en la tele. Sin embargo, mi memoria se hizo gavilana cuando, de reojo, mis ojos cosechaban su encanto. Gracia, primor y glamour eran los productos que su naturaleza me obsequiaba.

El 9 de enero de 1962, cuando cumplí nueve años, ella me regaló un libro sobre las aventuras de Marco Polo: una obra editada en España, empastada e ilustrada con brillantes colores. Allí comenzó esa larga trayectoria de lector de libros que recorrí junto a uno de sus hijos. En ese momento inició ella su tarea como mi conductora literaria. Quién sabe qué magia

utilizó para que, paulatinamente, su biblioteca se convirtiera en uno de los lugares que yo más frecuenté. De sus anaqueles salieron los más importantes relatos de viajes y aventuras que me llenaron de fascinación. Doña Bruni fue la tutora ideal. Días después de mi cumpleaños, en una tarde tranquila, ella comenzó a recorrer las letras grandes y a mostrarnos los dibujos luminosos. A sus dos hijos y a mí nos embutió en esa salchicha del tiempo y sólo pudimos salir de ella hasta que de sus carnosos labios salió la última palabra del libro. Entonces ella, patinando su mano derecha en mi mejilla izquierda, me dijo:

—Marco Polo, ¿te gustaron las aventuras de tu tocayo Marco Polo?

Yo sentí que el cielo entero, con todo y Dios padre y su no censada corte celestial, se me venían encima; que me rebautizaba e insuflaba con el espíritu aventurero del viajero veneciano y ella se convirtió, en los quiméricos años de mi infancia, en el tesoro que debía conquistar y cuyo territorio debía hacer mío. Ella sería la China del Kublai Kan, la mítica Catay, desconocida a los ojos occidentales del siglo XIII, a donde yo debía llegar y enterarme del placer que me deparaba. Fue en ese momento tal la inmensidad de lo desconocido que ni siquiera mi tenaz imaginación infantil pudo preconizar lo deparado por mi futuro. Lo del rebautizo, porque mi nombre de pila no es Marco Polo, fue de una coincidencia tal que mi cumpleaños ocurre el 9 de enero, tal como el del viajero veneciano. Nunca más volvió a decirme mi verdadero nombre. Después, hasta en la escuela me decían Marco Polo. Y pues, en ese momento tuve la certeza de, algún día de mi vida, conquistar algo tan grandioso y espectacular como la China: esa inmensidad que el Marco Polo medieval comenzó a soñar a sus quince años, enfebrecido por los relatos de su padre y su tío, traídos de su primera incursión en la asiática vastedad territorial. Aún sin saber a ciencia cierta cuál sería el destino de mi audacia, empujado por la seguridad utópica que doña Bruni me hacía intuir, estuve claro en comenzar a aprovisionarme de sueños, de expectativas y de un plan para concretar mi acto de heroísmo. Debía ser grandioso, porque a la corta edad que tenía se valía abarcarlo todo. A pesar que el libro que doña Bruni me regaló y leyó estaba resumido, fue suficiente para poblar mis pensamientos de aventuras. La fascinación por los mares y los desiertos se volvió obsesiva. Quise saber por qué esas masas de agua tenían tanta fama de violentas y por qué los desiertos, de lejos, parecían una extendida tela de pana y, de cerca, mostraban la arrogancia de las tormentas; reacios a ser poseídos, y mortales con quienes intentaban domarlo. Y de esa manera, conducido por doña Bruni, comencé la lectura voraz de libros en los cuales la audacia del hombre llegaba a extremos increíbles. Ella fue una proveedora de textos generosa que me hizo ávido lector. Y lo que no estaba en los libros, me lo mostraba en sus conversaciones vestidas de erudición sin pretensiones. Nada hizo que mi devoción por el Marco Polo legendario decreciera y que me dejara de insuflar de su destino aventurero. Ya en la escuela secundaria, todo el acontecimiento medieval fue de un asombro total para mí. Mi rendimiento escolar bajó de manera brusca; y mi creciente interés por los libros de viajes se hizo asunto primordial. Hasta doña Bruni, a instancias de mi madre, me habló para que yo pusiera empeño en mi quehacer escolar. Todo fue en vano. Llegó al extremo que ella, platicando con mi madre, se ofreció para ayudarme en mis tareas y en la explicación de las materias de estudio. Con el

acuerdo un poco forzado de mi madre, y el desacuerdo de mi padre, ella comenzó su faena. En las primeras sesiones, Manolo, su hijo, estuvo conmigo atendiendo las explicaciones; sin embargo, como él era alumno aventajado en la escuela, pronto desistió y sólo yo quedé a expensas de sus enseñanzas. Fue así como emprendí mi recuperación escolar y comenzó a formarse un espejismo recurrente y difuminado cuya verdadera naturaleza no pude conocer durante algún tiempo. A veces era desierto, a veces mar; ora llanura, ora montaña; ya nieve, ya sol. Lo tangible se volvía incorpóreo y lo intangible se corporizaba de manera fugaz. Y con esas provisiones inciertas comencé a prepararme para lo que viniera. En esas instancias, creo, mi esfuerzo fue doble porque una fuerza exterior me obligaba a estudiar las materias escolares y otra, interior, me conminaba a instruirme en los asuntos que doña Bruni me exponía. Tan experto llegué a ser en cuestiones bruníldicas que, por el mismo oficio de mi curiosidad y como después comprobé, sin que ella se percatase, a mis catorce años de edad, conseguí saber con total exactitud hasta las fechas de los inicios de sus períodos menstruales y los días de su conclusión. Cuando ella, para explicarme algún detalle de mis lecciones se acercaba, los vellos de mi cuerpo se erizaban como ejército para saludarla. Ella lo percibía y, aunque trataba de disimular su complacencia, yo la sentía. Su aliento me daba esa comunicación. Cada instrucción suya me parecía escrita con el cincel de la ternura en mi memoria para que no se me olvidara. Y cuando yo le daba muestras de haber aprendido sus enseñanzas, entonces, ella se ponía de pie y se acercaba a mí para abrazar mi cabeza y apretarla contra sus pechos que ella ostentaba desguarnecidos de sostenes, y sólo cubiertos por su blusa, que yo mentalmente besaba y sentía cuando sus pezones, dátiles de palma persa, emergían para agradecérmelo. Muchas tardes fueron de ese tono. En su casa le respondía a ella todas las preguntas concernientes a la escuela y, después, cuando llegaba a mi cama, comenzaba a preguntarme sobre todo el universo que constituía doña Bruni. Fui una especie de telescopio gigante que cada vez descubría nuevos fulgores o explosiones de estrellas en su galaxia. Era, a la vez, un Copérnico, de la mano de Claudio Ptolomeo, con todas las pruebas sobre la redondez de sus pechos; sin embargo, el temor a que otros dirigieran sus astronómicos telescopios hacia ellos me impedía mostrárselas al mundo.

Con mi vista hacia el techo de la casa, pensaba que la fuerza de gravedad que a mí me sostenía era provista por la timidez y la estupidez. Ella dotó de sensualidad mis catorce años y de esa cuenta fui globo insuflado de hidrógeno, apto para todos los vuelos posibles y para ensayar la imposibilidad. O para protagonizar un nuevo Big Bang. Sin embargo, la timidez me decía que la distancia de dieciocho años entre doña Bruni y mi persona hacía imposible cualquier tema de índole sentimental: imposible considerarla entre nosotros. Ella con 31 años y yo con 14. La estupidez hacía imposible que toda la ternura prodigada por ella yo la devolviera con reciprocidad. ¿Por qué mis actos no correspondían con mis sueños? ¿Por qué la realidad no se volvía sueño y el sueño realidad?, ¿por qué no fui capaz de encontrar las provisiones para viajar en la nave de sus palabras sobre el mar de su simpatía?, ¿por qué ella no rompía los prejuicios?

Las calificaciones en la escuela mejoraron y eso hizo a mi madre cambiar su actitud reacia ante los favores que doña Bruni nos hacía. Hasta mi padre llegó a su casa para agradecerle, de manera melosa, las enseñanzas con que me prodigó. No obstante, doña Bruni lo atendió en la puerta y no lo invitó a pasar. Yo, que observaba desde lejos, sentí una turbación que ahora traduzco como celos. En ese momento bendije a doña Bruni porque a mi papá, que tenía algunos años más de edad que ella, le tendía cercos y a mí, con los años que me aventajaba, me abría sus puertas.

Esa levedad de mis celos adolescentes, no sólo la sentí con mi padre; se tornó concreta con otra persona una tarde cuando con varios amigos del barrio fuimos a ver la película *Tarzán y su compañera*, ya vieja para ese tiempo, pues fue estrenada en 1934, al Cine Ideal, más conocido como *Chimpul*. En esa época las películas de Tarzán estaban de moda y todos nos encantaban, sobre todo las protagonizadas por Johnny Weissmuller, Lex Barker, Wolf Larson, Ron Ely, y otros artistas. Hasta nos convertíamos en émulos de sus salvajes gritos al reproducirlos en nuestras gargantas; la única dificultad que se nos topaba era encontrar a la Jane ideal. Tal película nos había convocado a los amigos porque el cartel que la anunciaba era muy sugestivo y mostraba las nalguitas poco cubiertas de la Mauren O'Sullivan cuando ésta se asía al cuello de Tarzán, amenazada por un león.

Rumbo al cine platicamos de nuestras pequeñas grandezas, de los problemas escolares; de la seño Liz, nuestra maestra, y sus piernas que a nosotros nos parecían espectaculares; y, sobre todo, de nuestras preferencias juveniles en materia de mujeres. Unos nos declaramos chichómanos, otros piernófilos, quienes labiófagos y muchos nalgópatas o ginecófagos. En resumidas cuentas entramos al cine eufóricos de juventud. Pagamos boleto de galería y, cuando apagaron las luces y empezó la función, con todo sigilo nos pasamos a luneta. Cada vez que Jane, o sea la Mauren O'Sullivan, aparecía en la pantalla, nuestro limitado vocabulario emergía y gritábamos: «¡mucha ropa!» Eso a pesar de las prendas mínimas que la cubrían y, en ocasiones, dejaban ver sus sugestivas nalgosidades. Esa limitación nuestra, quizá se debía a que Tarzán ya nos tenía aburridos con su reiterativo: «yo Tarzán, tú Jane.» Lo peor era cuando la cinta de acetato, en alguna escena emocionante, se quemaba y en la pantalla sólo se veían reflejadas las llamas, los dedos del operador que intentaba apagarlas y los putazos endiablados huyendo de su boca. Nosotros ya sabíamos que cuando eso sucedía, inmediatamente encenderían la luz y pasaría un buen rato hasta concluida la reparación de la película y continuara su proyección. Entonces, antes que eso sucediera, nos saltábamos hacia galería para no pasar la vergüenza que el acomodador nos cobrase la diferencia o nos sacara del cine. Pues, justo cuando ya estábamos en galería, Gerardo, cuatro años mayor que yo, me dijo.

—La mamá de Manolo está bonita.

Sentí que me cayó una costalada de hielo en la espalda pero saqué fuerzas de flaquezas y no me inmuté. Remordiéndome por dentro y pensando un rabioso «¡gulp!», le respondí:

—Sí, pero está muy vieja para nosotros.

—Pues para mí no tanto, yo tengo dieciocho años.

—Pero ella no le va a hacer caso a un muchacho como vos.

Y con eso corté el tema. Luego reapareció Tarzán Weissmuller; pero la película que a mí me surgió en los ojos fue la escenificación de mis conjeturas. Me adulticé y me veía en reclamos ante doña Bruni. Imaginé al Gerardo cortejándola, insinuándosele, abrazándola, besándola. «¡Maldito!» Sin embargo, ni en ese trance violé el marchamo que guardaba la secretividad del cielo-infierno acomodado en mi febril corazón. Al intermedio de la película, cuando salimos a comprar tostadas y refrescos, Gerardo me emponzoñó más cuando me dijo que hacía unos días él, estando con Manolo en su casa, había entrado al baño y se encontró con doña Bruni que, en brasier, iba a ponerse la blusa.

—¿Y vos qué hiciste? —le pregunté intrigado.

—Pues yo cerré la puerta. Luego, al salir, ella me dijo que siempre, antes de entrar a cualquier lugar, era conveniente tocar la puerta.

—Además, con ella no se puede hacer nada —dije hipócritamente—, porque es la mamá de Manolo. Y Dios guarde que él se llegara a enterar porque se armaría un problemón del diablo.

—No porque él no tendría por qué enterarse.

—Vos deberías saber que aquí todo se llega a saber —argumenté ya con la sangre instalada en mis mejillas.

—Bueno, yo sólo decía... supongo que vos no vas a ser lengüilarga de contar lo que yo te dije. Y, ultimadamente, ¿qué tiene de malo que a uno le guste una doña?; ellas tienen la experiencia que a nosotros nos falta, ¿no creés?

—Pues sí; tenés razón. De repente, no hay como las viejas para que le enseñen a uno como comportarse con las chamacas. Pero lo que es a mí, no me atrae doña Bruni. Tiene casi la edad de mi mamá.

Esa respuesta, cargada de una tonelada de hipocresía, me bajó un poco las revoluciones de los celos y Gerardo entendió no era un tema del cual debía seguir hablando.

—Vos, a quien deberías caerle es a la Zonia. Esa está de tu edad y, la verdad, no está tan mal. Sobre todo a vos que sos piernófilo te vendría bien.

Yo, con tal de desanimar a Gerardo en sus intenciones donjuanescas con doña Bruni, saqué a relucir mi zafia erudición y le dije:

—Como dice César, «a todas las mujeres hay que pedirles el culito; si no te lo dan, por lo menos te lo agradecen.»

—Tenés razón. ¡Y vos por qué no me echás una mano con Zonia?

—Está jodido, vos, se puede enamorar de mi. Y a mi no me gustan más viejas que yo.

Ese hipocritazo me quedó magnífico y calmó a Gerardo. Sin embargo, en adelante, no hubo día sin sentir ese aguijón lastimándome. Y quizá el escollo más grande que yo consideré, sobre todo cuando doña Bruni ponía en ebullición mis hormonas, fue la incomodidad de pensar en mi madre. ¡Ufff!

—5—

«Las mujeres bellas son de todos los que las miran, les hablan, les dan la mano. Solamente las mujeres feas no pertenecen a nadie...»

Miguel Ángel Asturias

Poco después, siempre en mis catorce años y ella por los treinta y uno, la tristeza de su divorcio la empantanó en la soledad. Yo, por el ambiente que en su casa se respiraba, me convertí en el Marco Polo legendario deseoso de subvertir esa quietud y transformarla en aventura. Doña Bruni sentía alivio para su aislamiento cuando yo permanecía escuchándola. Le costó entender que ella y don Lacho no eran dos mitades de naranja sino una de manzana y otra de limón. Habiendo vivido en un lugar donde no le faltó nada, por despecho aceptó vivir con un hombre que, fuera de los hijos que le dio, no abrigaba para ella ninguna expectativa de un futuro halagüeño. Muy trabajador pero no coincidía con ningún interés bruníldico. Ni siquiera sexualmente, según intuí y después confirmé, pudieron empatar. Además, a él sólo de su trabajo y del fútbol le gustaba hablar.

A mí me gustaba ser puerto donde sus palabras atracaban y muchas veces, platicando con ella, revivimos la emoción de los viajes del aventurero veneciano. Ella conocía muchos pasajes del libro de memoria y casi todos mis actos y conversaciones los emparentaba con otros del histórico *micer* Polo. Pensaba: cada ser humano debía cargar dentro de sí algo de ese espíritu marcopolar para poder explorar los infinitos aspectos de la vida. Me confesó que, cuando chico, al obsequiarme el libro condensado, lo hizo pensando en que, de alguna manera, yo encarnaría a ese trotamundos medieval. En ese sentido, fui una especie de predestinado por doña Bruni. Quizá me concibió así de manera inconsciente, pero muchos actos y pensamientos suyos, según puedo entender ahora, estuvieron apuntados hacia ese fin. Me incitaba para ejercitarme en la emulación de ese personaje. Encendió mi imaginación con muchos relatos que la tradición literaria había consagrado. Tenía gracia para contarlos y cuando sus hijos y yo la escuchábamos nos emocionábamos y nunca nos cansó o aburrió, a pesar de ya ser adolescentes. Luego, en mi experiencia propia; si iba en la camioneta, sentía la sensación espacial del movimiento, del trayecto; mis ojos imaginaban el tránsito a través del desierto sentado delante de ella, en camello y sintiendo sus brazos envolventes; en galera si era sobre el mar, llenándonos de la brisa saludable del Adriático o del Mar Negro; en góndola si bogábamos en los canales venecianos escuchando barcarolas acompañadas de sublimes mandolinas; en yurta si, mientras me acariciaba con el aliento de sus palabras, atravesábamos las estepas mongólicas, ebrios de nuestra compañía; y en elefante si bordeábamos el río Yang Tse para encontrar meandros con pozas edénicas donde poder mojar nuestros pies. Y, en fin, en junco chino rumbo a la lejana India, para conocer las revelaciones del Tantra y consagrarme como un gurú que no la defraudaría.

Las mismas personas se convertían en fuente de ligazón con el aventurero veneciano. De esa cuenta, fantaseando en torno a esa premonición bruníldica, nos formulábamos las maneras modernas de repetir la hazaña de *micer* Polo. Muchas noches de insomnio consumimos, cada cual en su casa, concibiendo planes; esa pócima de alegría, encontrada al construir maquetas mentales de los territorios a visitar, me urgió a encontrar imágenes, experiencias y sensaciones que terminarían de embriagarme. Y como los nuncas se llegan, mi añorado viaje comenzó a volverse real. La ocasión que representaría para mí, imaginario Marco Polo medieval, el regreso de mi padre y mi tío de China, según cuenta la historia, se presentó. Lo que me hizo entrar en la ruta del infatigable aventurero ocurrió una tarde de la primera semana de junio de 1968 cuando, con mis quince años de edad, regresé de la escuela. Ella tenía treinta y dos. Por la confianza que sus hijos y yo llegamos a tener, ella me dijo: «fíjate que, con mis hijos, vamos tomar unas vacaciones y ya le hablé a tu mamá para ver si es posible que, en nuestra ausencia, vengás a darle un vistazo a la casa y encender las luces, por la tarde, mientras no estamos. Aquí te dejo las llaves; si quieres y te dan permiso, por las noches puedes quedarte en mi cama para que mires tele.»

«¡Brrrrummm, cataplum, crash, plungún, cáspita, repámpanos, gulp!…»

Fue como abrir una puerta de manera violenta y, de repente, ver cómo miles de paisajes encontraban su génesis de manera simultánea. El mar se abrió ante mí y me dijo: «atrevete a navegar, pues.» La aventura preñó mis pensamientos; sin embargo, mi taradez para la improvisación me dejó durante varios instantes atónito, mudo y hasta sin sentido de la orientación. Para ese entonces el libro de mi juventud ya estaba abierto y su lectura avanzaba emocionada.

Ella, que advirtió mi turbación, me dijo: «... pero si no quieres, no tengas pena, con sólo que vengas a encender las luces será suficiente.» Por supuesto que, después de recobrar el aliento, le dije que no se preocupara, que les pediría permiso a mis padres para quedarme por las noches en su casa. Algo interior me dijo que estaba ante el puerto del cual debía zarpar.

Nunca antes había entrado a su cuarto. Ella lo cuidaba mucho de ojos extraños. Y, pues, los siete días que duró el viaje vacacional, me quedé por las noches en su habitación. Fueron asombrosos y me hicieron investirme de la personalidad del Marco Polo medieval; mi imaginación me hizo escuchar una cinta con los extraordinarios relatos contados por mis medievales tío Mateo y mi padre Nicolás a su regreso de China. Cada cosa era una aventura inédita que me decía de viva voz cómo era el mundo mongol y me hacía cabalgar de manera placentera aspirando los olores, comidas y tesoros del territorio oriental. Su habitación debió

ser la fascinante Constantinopla de la que ellos hablaban entusiasmados por las finísimas telas de seda que, como la cosa más natural, usaban hasta los ciudadanos de los estratos medios. Allí estaba la herencia bizantina con sus mercados de aromas, alfombras, cortinajes de orillas brocadas con flores que reencarnaban el oro y la plata; en fin, todo el buen gusto bruníldico de su cuarto hizo que mis adolescentes percepciones vieran en ella una reconstrucción de la antigua Bizancio, tan bien descrita por mi tío, ávida de ser recorrida por mis ojos, manos y olfato. Y después de pasear por Constantinopla, hubo algo misterioso en mí: la incitación a extender mi viaje por todas las habitaciones que me parecieron el Levante misterioso. Los objetos y los mil detalles espléndidos que las aderezaban fueron una especie de versión condensada del reino mongol del gran Kan. Todo rezumaba encanto, pero también misterio. En seguida, sentado en medio de su rica biblioteca, sentí la brisa de sus palabras traída por el viento de sus conversaciones tan llenas de conocimientos. El primer día, cuando me recosté en su cama no pude sustraerme al grato olor que emanaba de sus sábanas; choqué no sé cuántas veces mi nariz contra las almohadas que me parecieron el máximo trono del perfume. Mi olfato, acostumbrado al olor del piso de tierra de mi casa, fue invadido por la novedad, el primor y la delicadeza. Fue un diálogo apasionado y recóndito, pero sin palabras, con doña Brunilda; nos entendimos de manera tácita; tal si cada objeto fuese un mapa de una región inexplorada de su ser. Sin embargo, la precariedad de mis conocimientos de esa topografía me impidió leerlos con cartográfica corrección. Estoy libre, pero prisionero de mis limitaciones; a pesar de eso, pude gozar estéticamente y con intensidad las reproducciones de muchos cuadros del pintor veneciano El Canaletto que ella tenía colgados en las paredes. Aunque los lienzos originales fueron pintados mucho después de la época marcopoliana, ese artista extraordinario, con todo el barroco que sus pinceles fueron capaces de esparcir, me hizo visualizar el rostro intenso de la Venecia del Medioevo. El ímpetu cromático me hizo sentir como si estuviera en un baño de vapor; entonces, comencé a entender la pasión de doña Bruni por esa Venecia descollante en el siglo XIII. Sentí el vibrante cielo portentoso que caía como manto gracioso sobre la plaza de San Marcos mientras la gente se disponía a repetir las grandezas venecianas. Pude percibir toda la alegría de la fiesta de la Ascensión, viendo a miles de gondoleros, vestidos con pulcritud salerosa, rodeando eufóricos esa galera monumental llamada Bucentauro construida para celebrar el casamiento de Venecia con el Mar Adriático. Y, por supuesto, al observar el bellísimo cuadro donde El Canaletto inmortalizó el puente de Rialto, me vi subiendo sus gradas y caminando entre mercaderes, tomado de la tersa mano de doña Bruni. Imaginé el rumor de los vendedores que, bajo carpas de tela gruesa, murmuraban sobre la belleza de la mujer que me acompañaba y sobre la portentosa discreción de sus perfumes que flotaban como gendarmes que la cuidaban. Asido a ella sentí cómo la magia de Vivaldi, con el primer movimiento de su concierto para mandolina, me transportaba hacia regiones de inusitada sensualidad. Y disfruté esas tonadas porque me recordaron lo entusiasta que ella era de ese compositor barroco que, en la década de los años 60, todavía no había sido revalorizado por la crítica musical mundial; sin embargo, ella poseía una amplia colección de discos de él.

En ese ambiente de su casa, donde todo emanaba buen gusto y delicadeza, también me sentí muchas veces el ciego que acaba de perder la vista y aún no atina a conducirse con soltura a través de las calles. Estoy en un mundo vasto pero con movilidad limitada. «¡Qué

desgracia!» Intentaba, con la fuerza de mis pensamientos, quitar capa por capa de las paredes para salir en su búsqueda y traerla a la par mía; que fuese ella la guía que me condujera por esos territorios vírgenes para mí.

A pesar del desganado permiso de mi madre, me quedé a dormir en la casa de doña Brunilda toda la semana. En su cama fui el orgulloso visir que regresa de sosegar multitudes, dispuesto a reposar en mullidos pensamientos y alegres presagios. Allí estaba todo su cielo, su mar y su tierra. Acostado volví a repasar, de manera visual, todas esas cosas y detalles que eran extensión suya. Me sentí feliz y, aunque creí descabelladísima la idea, deseé que allí estuviese ella haciéndome piojito en la cabeza, como lo hacía cuando fui niño. En el primer día, al ver desde su cama el techo de cemento, tuve la impresión, primero, de la caída de una gota de pensamientos descondensados de sus labios; luego, otras de su cuello, pelo, frente, pechos y demás partes de su cuerpo. La primera gota hizo «plic.» «Plic, plic» las siguientes. Después «chipi-chipi» hasta que el «brrrrrrum» de la tempestad puso todas las gotas a tono de concierto; miles de partículas humedeciendo y después mojando y en seguida haciendo una poza para jugar enfebrecido de entusiasmo. Salto, levanto los brazos, aplaudo, grito, gozo y me baño. Parezco muchachito en invierno: conquistando charcos y dominando las calles con mi inocencia apunto de fenecer. El agua me llega a medio cuerpo y nado; disfruto la lluvia con la cual se llena el cuarto para ensayar mi libertad y desplazarme, por ese canal en formación, a todas las regiones bruníldicas. Al principio, cuando el agua es poco profunda, me desplazo de manera superficial. ¡Qué frescura, qué deleite! Y en la medida del crecimiento hídrico, me sumerjo para bucear y ver el inmenso catálogo subacuático existente para mi admiración. Abajo, el agua parece muda, pero no. Cada color tiene su música que no entra por los oídos sino por la imaginación. Sólo las burbujas arrogantes tienen sus bocinas en la superficie. Al emerger, allí está doña Bruni, a bordo de un pequeño bote. Sacudo mi cabeza y al instante el H2O se nubifica y deja pintado un arco iris que corona mi ardor.

—¡Sube, Marco Polo, sube!

—Sí, doña Bruni.

Es imposible, ya no quepo de gozo. Veo para todos lados y siento los ojos de miles de personas sobre nosotros. En esos momentos no estoy para sentirme Marco Polo sino Händel, a bordo de la embarcación de la *City Company*, dirigiendo a los cincuenta músicos que interpretan, para Jorge I, la impetuosa, febril, festiva y solemne *Música Acuática*. Ya no cabe una embarcación más sobre el Támesis. Los cornos y los demás instrumentos de viento producen esa emoción desbordada. Ebrio de sublimidad, no soporto y grito: «¡Que viva doña Bruni!» En ese momento, cuando la emoción me rebasa y voy a lanzarme al agua de nuevo, siento la mano cariñosa de doña Bruni que me dice: «No lo hagas, te vas a resfriar. Ven, te secaré la cabeza para que generes miles de pensamientos intensos. Ven Marco Polo, dame el honor de ser quien te despierte para la aventura más grande de tu vida. Ven.»

Al segundo día, no pude resistir la tentación y comencé a hurgar en su ropero. Aunque después de su divorcio, ocurrido hacía más o menos un año, usó con poca frecuencia los elegantes vestidos con los cuales la conocí, su ropa siempre mantuvo los discretos aromas que hicieron tan deseable su cercanía. En realidad, ella fue como la histórica Cleopatra: en cada parte de su cuerpo, usaba un perfume distinto; de esa manera, la conquista de sus diversas zonas corporales debía hacerse con tácticas, estrategias y olfato diferentes a cada una de las demás. Quizá por eso la Cleo, siendo macedonia, logró embrujar a los egipcios. Y luego al emperador Marco Antonio, idiotizado por la idea que los perfumes eran el sudor de los dioses. Y así como Marco Antonio sucumbió ante ella y no la castigó por rehusarse a ser su aliada en la guerra civil, de la misma manera yo, sin el mando de ningún ejército, no tuve más que doblegarme al sueño de sus encantos y, en el *summun* de mi pendejidad, a la concepción de tácticas que me convirtieran en artista de esa guerra de la seducción. Ni modo, soñar no cuesta nada y se gana un rato de alegría. Pensé: «yo tengo quince años y ella treinta y dos.» Y orbitando en torno de ese pensamiento volteé a ver hacia su mesita de noche y, entre las cosas que había sobre ella estaba el libro *Filosofía en el tocador*, del Marqués de Sade; permanecía junto a los libros *El Arte de Amar*, de Ovidio y el *Libro de Buen Amor*, del Arcipreste de Hita. Buen lector que ya era, me hice partidario de *Filosofía en el Tocador*. Lo abro al azar; las páginas que se me muestran son veladas por una hoja de geranio. Llevo mi nariz hasta la superficie tersa de su haz y aspiro de manera profunda. El aire lo llevo a mis pulmones que se llenan de esa fragancia que resuma placidez. Ese efluvio me pareció, en ese momento, un retrato olfativo de doña Bruni. Recorrí otras páginas y encontré pétalos de rosas todavía preñados de su perfume elemental. Casi al final del libro hallé una fotografía de doña Bruni de la cual también emergía un aroma cautivador. Estaba con una sonrisa a tono de seducción; además, vestía una blusa escotadísima que la hacían digna de una escultura inmortal. No me resistí y besé su foto mientras mis mejillas se llenaban de un rubor incandescente. Levanto la vista y observo con detenimiento todo el ámbito y me detengo en los libros. En ese momento creí que todo el ordenamiento de los objetos y los olores fue producto del azar; sin embargo, pasados los años, entendí que todo obedecía a un plan maestro que ella trazó. Ella, desde el principio intuyó que el libro que escogería para leer en primer lugar habría de ser *Filosofía en el tocador*.

Solo, pues, encerrado en el cubo de las paredes de su cuarto, fui astronauta que se desplazaba, sin gravedad, del modo más suave y nubescente. Cada encaje, cada elástico, cada botón se convirtieron en estrellas que me encandilaban de universo y cuya energía percibí como un escalofrío eyaculador. Nunca, hasta entonces, había visto y tocado con tanto detenimiento y primor la ropa interior de una mujer. Olí de la manera más profunda sus prendas íntimas que, además de limpieza irradiaban aromas que nunca se habían posado en mi olfato; en esa jornada me volví fetichista insurrecto. Cada aspiración me hacía volar con placidez sobre su terrenal y frutescente belleza. Fui estación espacial observándola, desde la lejanía, con los ojos más cercanos.

Cada día hurgué en su ropero para descubrir nuevas sensaciones dentro de mi cuerpo y pensamientos. Fue así como en la gaveta de su ropa interior descubrí, en uno de sus calzoncitos de seda, un vello púbico; naufragó del lavado y encontró la salvación en la isla de su aromático *blúmer*; fue tesoro muy apreciado que recogí y guardé para siempre, envuelto en papel celofán: urna perfecta.

Esas fueron las primeras veces que sentí, creo, por nuestras edades distantes, una edípica turbación. Hasta sus zapatos olían a celestialidad. Durante esos días de intenso nerviosismo y atolondramiento, pero de enconada curiosidad, viví, ahora que lo recuerdo, en lo que podría considerarse el más absoluto edén.

Siete días después de su partida, como estábamos en tiempo de vacaciones, ella regresó sola porque sus hijos decidieron prolongar su estancia donde sus abuelos; llegó una semana antes que ellos, a las seis de la mañana.

Desperté cuando escuché el ruido metálico emitido por los goznes de la puerta, pero me hice el dormido. Contabilicé el ploc-ploc-ploc de sus pasos y fueron tantos y tan encontrados pensamientos amotinados dentro de mí que me sentí incapaz de mostrarme despierto ante ella.

Advertí cuando entró y la vi, después de su sigiloso desplazamiento por su cuarto para no despertarme, sentada en la cama; agucé los ojos para ver cómo se quitaba los zapatos. Enseguida, sacudido internamente por corrientes de lava hirviente observé cómo, sus medias, al desnudar las piernas fueron el relámpago que iluminó de manera violenta mi eroticidad. Yo estaba acostado con el pecho hacia arriba y la cabeza echada hacia un lado; ella, estoy seguro, debió percatarse del movimiento operado por mis hormonas en la parte central de mi cuerpo, pero siguió el juego de mi aparente sueño. Por el nerviosismo no pude percibir su expresión facial. Nunca antes sentí que un bajar de medias haría una explosión tan violenta dentro de una persona. Eso bastó para concebir su desnudez fantástica abarcando mi cuerpo de quince años.

Cuando ella posó frente al espejo que me pareció de acero, como los fabricados en la ciudad de Cobinan, no pude contener la osadía de abrir totalmente mis ojos; la vi más grande de lo que en realidad era y me pareció que esa superficie estaba imantada. En seguida, dando una rápida vuelta sobre sí, dejé sólo una rendija en mis ojos; su falda se levantó a lo Marylin Monroe y apenas pude contener mi ahogo cuando vi ese delta de tela blanca en medio de sus piernas. Luego, con extremo sigilo, sacó ropa del armario y se fue a bañar. Mi mente se mimetizó en mi cuerpo; luego, sufrió una metamorfosis formidable. Mis huesos se esponjaron y mi carne se hizo leve. Entonces, desde lo más alto del mástil de un barco, me sentí albatros y volé tras ella. Extendí mis anchas alas y planeé plácidamente desde el alto cielo buscando el

curso de su perfumado trayecto. ¡Qué maravilloso! No obstante, cuando decidí bajar de manera rauda para colarme en la puerta del baño que ella había abierto, mi torpeza albatriana para aterrizar me hizo chocar contra la madera de manera brusca. El azoramiento sentido me caló como golpe violento. Volví a la realidad y entendí que todavía no estaba apto para esos vuelos; aún debía educar a mis alas para que su gran tamaño no fuese obstáculo para el descenso. Me revolví en la cama buscando el acomodo para que mis pensamientos se quedaran aparte de mi cuerpo. Tarea imposible.

Yo no sabía qué hacer estaba loco no discernía era como olla con agua hirviente quise salir corriendo esconderme fantasmizarme observarla sin ser observado meterme bajo la cama o dentro del ropero sólo observarla por un hoyito todo el cuerpo me temblaba como si todisísima la adrenalina del universo me hubiese anegado y de pronto me abandonara y me dejara a la más absoluta merced de todas las fieras del mundo que se disponían a comerme sin permitir siquiera una mínima poción de anestesia. «¡Me lleva la chingada; qué hago!»

Mi corazón era tambor de guerra; mis piernas, maracas penitenciales; y mi cabeza un Gólgota en el cual los deseos intentaban linchar a mis pensamientos. Mi virilidad en pie de guerra no admitió órdenes de descanso. Todo fue declaratoria de guerra en mi mente, cuerpo y espíritu. Quise ser un ermitaño de Kesimur, cuya reputación de castidad y de no pecar contra la fe los hace casi santos, pero no pude. «¡Qué impotencia!» Ni siquiera atiné a invocar el *in nomini patri et filio et spiritu sancti* que los curas me dieron como fórmula para desechar todo pensamiento amenazante de la pureza de nuestras almas. Allí, en la cama, permanecí quieto y quemándome en el perol de la turbación. Pero ella se encargó de solucionar ese aprieto en el cual me encontraba. Me pasó del fuego al hielo; del sótano más oscuro a la más insolente claridad. Desde el baño, minutos después, oí su llamado.

—¡Marco Polo, Marco Polo!

—¡¿Sí, doña Bruni?!

—¿Podrías venir un momentito?

—¡Sí, doña Bruni!

Entonces, vestido sólo con una camiseta y calzoncillo, atendí presuroso los deseos de su voz. Cuando, después de tocar la puerta, asomé mi cabeza en el baño, ella apartó un poco la cortina de la bañera y me dijo: «perdona que te haya despertado, pero olvidé traer mi bata y la toalla. Hazme el favor de alcanzármelos.»

—Sí, doña Bruni —respondí mostrándole mi cara con su atmósfera saturada de idiotez.

Y cuando regresé con el encargo, al entrar de nuevo al cuarto del agua, ¡oh sorpresa!, ya había salido de la bañera y estaba como la más fresca fruta, despojada de su corteza. Voltée mi vista y quise salir apresurado del baño; sin embargo, sólo logré golpearme contra la puerta. No tuve ojos para ver el color de los azulejos, olfato para sentir los vapores aromáticos, tacto para encontrar sostén en las paredes. Todo desapareció impelido por el asombro. Yo quedé pasmado; idiotamente pasmado, y con una sensación de tener inmovilizado mi cuerpo en un cepo. O como en una pesadilla de la que uno quiere salir y los músculos no responden. La guillotina de mis prejuicios por poco me manda a la otra vida. Al verme, se plantó de frente y sonrió con una ternura que me envolvió y todavía no logro salir de su magia.

—¿Te golpeaste?, ¿te duele?

—No, doña Bruni.

—¿No qué?

—No, nada…

Su mano derecha, pluma de ángel, acarició mi mentón y en cámara lenta me ocurrió el juicio final cuando ella acercó sus labios a los míos; sentí mi corazón hacerse rodajitas y mi respiración convertirse en una fragua que hizo, otra vez, arder todo mi cuerpo... Entonces, y entonces y entonces, de manera superficial, sus labios descansaron en los míos y allí los mantuvo un tiempo que nunca he podido registrar; todavía siento esa caricia como pincelada trazando las más voluptuosas escenas. Nunca antes lo había hecho; hasta ahora. Sus besos siempre habían descansado en mis mejillas o en mi cabeza; nunca habían estremecido mis labios. Luego, levantó sus brazos; todo el frente de su cuerpo, frutecido de rocío, quedó a mi merced.

—¿No me vas a secar? —me dijo con toda naturalidad.

—Sssssí, doña Bruni.

Y comencé a secar su cuerpo con mis manos convertidas en vibrador a causa del nerviosismo infame que me hizo su presa.

—Sécame bien Marco Polo, sécame bien, sécame, sécame, sécame bien…

—Sssssí, doña Bruni.

—¿Nunca habías visto y tocado a una mujer desnuda?

—No, doña Bruni.

—¿Y te gusta?

—Ssssí, doña Bruni.

—Pues no parece porque no me secas bien. Oprime bien la toalla contra mi piel. Sécame, sécame, sécame bien.

—Ssssí, doña Bruni.

Luego se dio vuelta y yo no pude acertar a ponerle la toalla en la espalda. Estaba, realmente, anonadado.

—¿Te vas a quedar allí parado y no me vas a secar la espalda?

—No, doña Bruni —le dije, medio atontado.

Luego que le hube secado la parte posterior, volvió a poner su cuerpo de frente y me reiteró que la secara bien porque aún le habían quedado gotitas…

Mis ojos nunca habían visto un cuerpo femenino tan violentamente a mi merced. Ni tocado. Ella se sentó sobre la taza del baño y le sequé el cabello con una rapidez increíble… volvió a besar mis labios de manera superficial y por poco salgo huyendo del baño con vergüenza, con júbilo, y con una mezcolanza de sensaciones que en ese instante no pude procesar de manera adecuada. Y lo peor, para mí, ocurrió cuando le secaba los pechos.

—Siéntate sobre mis piernas para que estés más cómodo.

—Sí, doña Bruni.

Y allí fue el acabose. Ella misma oprimió mis manos contra sus dos pechos; me hizo acariciarla y sus ojos, ebrios de voluptuosidad, los abría y cerraba. Su respiración creció en ritmo e intensidad; tuvo que ayudarse con medio abrir su boca para que ese ritmo no se le huracanara. Sin embargo, yo no pude contener toda la presión que ardía dentro de mí. No fui capaz de jalarle la rienda a los espasmos que sentí. Mis mejillas no pudieron disimular el rubor al percatarse que ella también los advirtió. Vio cómo todo el cuerpo se me estremecía y, presta con sus dos manos asidas a mis brazos me atrajo hacia sus pechos y los restregó contra mi cara; fue testiga privilegiada de mi eclosión. Y mientras el estremecimiento recorría todo mi cuerpo, emocionado sentí que un coro solemne y fantasmal se había metido a ese cuarto de

baño y me cantaba el solemne *Aleluya* de Händel. «¡Que Dios y toda su corte celestial me amparen!» —pensé. En ese momento no pude ser el Marco Polo aventurero, tan veneciano y familiarizado con mi hídrica ancestralidad, corriendo insosegado por los más desafiantes peligros; sólo atiné a ser una mínima góndola, arrastrada al mar abierto por mis propias tempestades. Cuando mis espasmos concluyeron, logré recuperar un poco de fuerza y me solté de sus brazos y fui capaz de salir apresurado del baño. Así logré llegar a su cuarto. Luego, con su bata sin atar y sólo sostenidas las aberturas con su mano, ella pasó del baño a su cuarto en el que yo me estaba poniendo el pantalón. De la gaveta de su ropero sacó una toallita y me dijo: «para que te seques.» Yo le di la espalda para obedecerla y ella sólo me miraba. Cuando me volteé, me pidió la toalla y la aspiró de manera profunda. «Ya te hiciste hombre. Y pensar que te conocí cuando eras un niño.» La piel se me puso de carbón encendido. En seguida tendió su mirada sobre mí, como si fuera una sábana poniéndome a salvo de mi vergüenza. Volvió a acercarse y, mirándome de frente, esperó a percibir mi turbación provocada por la caída violenta que mis ojos sufrieron en el paisaje portentoso de sus pechos desnudos; en seguida me besó otra vez de manera superficial en los labios, y me dijo:

—¿No te alegra que esté de nuevo en la casa?, ¿serás tan ingrato que no vas a darme un abrazo?

—No, doña Bruni.

—¿No qué; no vas a darme un abrazo?

—Sí, doña Bruni.

—¿Sí, qué?

—Sí le voy a dar un abrazo...

La abracé sobre la bata pero ella me tomó los brazos y los puso bajo lo que en ese momento fue, para mí, la toga con la cual mi maestra me graduaba… y me así a su piel. Así estuvimos un lapso de tiempo incuantificable en el cual ella me acarició primorosamente la cabeza y dejó que mis manos jugaran con su cuerpo… hasta que sintió que el centro de mi cuerpo volvió a ponerse en pie de guerra.

—¿Te sientes más tranquilo?

—No, doña Bruni; estoy muy nervioso.

—¿Por lo que sentiste en el baño?

—No, doña Bruni; por lo que estoy sintiendo en este momento.

Entonces nos sentamos en la cama. Ella tomó mi cara con sus manos y con un primor inaudito volvió a besar mis labios de manera superficial; en seguida me preguntó:

—¿Quieres que te alivie lo que estás sintiendo en este momento?

—Sí; doña Bruni…

Se levantó y puso a funcionar el tocadiscos que contenía, en la tornamesa, la melodía de Tom Jobim & Newton Mendonça: *Desafinado*. En seguida me acostó; luego, ella se reclinó sobre mí para besarme el ombligo. Se quedó recostada sobre mi estómago mientras, con su mano, acarició levemente la zona de mi virilidad. Al fondo sonaba ese *bossa nova* bellísimo que con ella habíamos memorizado la letra; lo tarereé mentalmente para atenuar el cataclismo: «Se você disser que eu desafino amor / saiba que isso em mim provoca imensa dor / só privilegiados têm ouvido igual ao seu / eu possuo apenas o que Deus me deu ….» A pesar de que su mano sólo tocaba la superficialidad de mi piel erguida, ese roce provocó ondas que llegaron hasta las calderas de mi intimidad y abrieron las compuertas del placer. «Só não poderá falar assim do meu amor / esse é o maior que você pode encontrar, /voce com a sua música esqueceu o principal / que no peito dos desafinados.»

—¡Goza, Marco Polo, goza!, ¡Qué caudaloso eres, Marco Polo!, dichosa la mujer de quien te llegues a enamorar…

—¡Qué vergüenza, doña Bruni!, estoy muy mojado.

—No te preocupes por lo que acabas de sentir. Es natural en un hombre. Y a mí me da gusto que ya seas un hombre. Mi hombrecito.

En ese momento, cuando ella pronunció las palabras «mi hombrecito» sentí como que algo descomunal sucedía. Me pareció estarme graduando de algo grandioso. Y al momento me sonó en los oídos el preludio de *Lohengrin*, de Wagner, que me pareció lo más excelso y solemne que jamás escuché en mi vida. Algo portentoso. Fue como si yo, al frente de un ejército magnífico, hubiese tomado la más asombrosa ciudad, y en ese momento, miles de seres humanos entusiasmados me saludaban eufóricos por mi hazaña.

—¿Te gusta ser mi hombrecito?

—Síii, doña Bruni.

Y acariciando mi estómago, volvió a besarme. Me imaginé que, cuando mi eroticidad y la de ella estaba en su tono más subido, se volvería más osada y se desfogaría; no obstante, mantuvo un control, sobre ella, no sobre mí, que me asustó.

Sólo acerté a advertir leves gemidos que apagaba presurosa.

—Ahora, quédate allí tranquilito, amorcito, mi amorcito. ¿Quieres que te seque?

—Sí, doña Bruni…

—Después, si quieres, te bañaré…

—Está bien, doña Bruni.

—Quítate el pantalón y acuéstate…

—Sí, doña Bruni.

—Bueno… mejor primero ayúdame a vestirme. ¿O quieres que me resfríe?

—No, doña Bruni.

Luego hizo que escogiera la ropa que yo quisiera. Al abrir su ropero, a pesar de mi turbación, pude acercarme a sus prendas y sentir en ellas una población de los más variados y discretos perfumes. No obstante, se me hizo muy difícil la escogencia; al final, ella se encargó, con sus ojos, de dirigirme para saber cuáles seleccionar. Mis manos retozaron en la finura de las telas pero a mi cuerpo le supuso un esfuerzo enorme encontrar la manera de torear mi excitación. Mis piernas flaqueaban para sostenerme. No acertaba a discernir cómo, en un solo día, tantas experiencias de la más intensa eroticidad habían encontrado alojamiento en mi cuerpo. En seguida, mientras ella esparcía loción en su piel, yo me encargué de ponerle el *blumer*, su ligera blusa y un fustán que le llegaba a la mitad del fémur. No quiso que le colocara el sostén ni la falda.

—¡Ufff!

—6—

«Porque eres escolar,

Quisquiere te debría más amar.»

Anónimo, primera mitad del siglo XIII

Mi abuela, desde que mi madre se convirtió en su nuera, y en los meses antes de morirse, le decía que eso de vestirse bien y estarse arreglando y perfumando era propio de mujeres coquetas y cuscas: aptas con pasaporte para viajar al bando de las mujeres de la mala vida; por eso a mi mamá casi nunca la vi emperifollarse; la censura cernida sobre ella fue como cepo del Santo Oficio, siempre opresor. Todos podían pasar encima de los preceptos; menos ella. Los grandes inquisidores fueron mi padre y mi abuela cuya legislación, aun cuando ya estaba presta a morirse, seguía vigente y rigurosa. Y continuó así muchos años después de ser difunta. Hasta de sus palabras debía cuidarse mi mamá; cualquier insinuación de rebeldía le hubiese valido un sambenito que la haría escarmentar en las vecindades y, sobre todo, dentro de la familia. Así pasaron muchos años. Ella parecía marchitarse y doña Brunilda, para bien de mi imaginación, semejaba, apenas, abrirse como capullo: colchón para el rocío. Aparte, a mi madre la pobreza no le permitía que su ilusión volase por esos rumbos. En cambio a doña Bruni, los recursos que recibía de la finca de su papá y de otros bienes, le permitían vivir una vida relativamente holgada. Entonces, las ya lejanas palabras de mi abuela muerta tocaron a doña Brunilda, aunque ella no anhelaba ser coqueta; sólo me parecía que buscaba ser feliz. Locamente feliz. Muchas veces al verla sentada, con su libro en las piernas y con la vista perdida, creo que hacía ese ritual en vista de las circunstancias: no estaban de acuerdo con sus planes para ser feliz; era una forma de invocar misericordia y ayuda para lograr su propósito signándola con una sonrisa inmóvil. A veces sus ojos se detenían demasiado tiempo en una vieja calavera posada sobre la mesa llena de chunches, papeles y libros abiertos; según decía, perteneció a su bisabuela que fue enterrada casi en secreto por los escándalos amorosos que se le atribuyeron. Su mirada entraba por las fosas de los ojos y recorrían todo el interior de la cúpula craneal tratando de paleografiar los murales que las ideas, los pensamientos y las pasiones dejaron pintados antes de partir de ese cráneo.

Con mis quince años encima, yo creí que llegar a la escuela a esa edad iba a ser la dicha y la gloria; aún no era un adulto, tampoco un niño. Sin embargo la realidad se encargó de mostrarme mi equivocación. Los conflictos del corazón comenzaron a hacer ebullición, merced a las primeras emociones eróticas que doña Bruni me hizo despertar y avivaba con sus miradas; además, la lucha por los territorios de influencia en la escuela me mantuvieron en constante tensión. Fue como entrar al desierto a pie, sin suficiente información, con poca agua y descalzo; encontrar sólo manantiales no potables, abastecidos de agua pútrida o ferozmente salada. Total, mi afición por los libros de aventuras y el atolondramiento provocado por doña

Bruni, me hicieron víctima propicia de varios compañeros. Uno de ellos fue Baudilio, un muchacho mucho mayor que todos los de mi grado; además, era grandulón y fortachón: como Gulliver, y nosotros los liliputienses. También tenía complejo de cacique; a muchos nos hacía víctimas de sus caprichos y estupideces. Muchas veces aguanté su prepotencia y desmanes tratando de no provocar su furia, cuyas consecuencias varios de mis compañeros habían sufrido. Hasta que un día, en clase de matemática, pudo concretarse el inicio de mi reivindicación. Haciendo a un lado todos los consejos de doña Bruni, fui capaz de enfrentarlo. Yo leía, en clase, *La Isla del Tesoro*, bajo la paleta del escritorio, ajeno a las explicaciones del maestro. Sin embargo vi de reojo cuando Baudilio lanzó un objeto que fue a dar contra la espalda del maestro quien, inmediatamente, volteó y me acusó de ser el lanzador del proyectil. Enfurecido, me puse de pie y, sin más, mirándolo a la cara, acusé a Baudilio. En ese momento sólo sentí estar a mano con él porque, hacía una semana, en clase de literatura, me acusó con la maestra, de ser el que destapó un frasco conteniendo el pedo químico más hediondo que se hubiese sentido en clase. Ese quimicazo rebasó holgadamente en fetidez a los frijolitos colorados que, al prenderles fuego, parecían una ventosidad del demonio. Le expliqué a la maestra que yo no había sido. Para mi mala suerte, otros compañeros apoyaron la acusación de Baudilio; la seño Lucky, que por cierto estaba hermosa y carnosa en sus protuberancias, me condujo hasta la oficina del director. Lo único bueno de ese trayecto fue que yo iba tras de ella viendo en la balanza de mis ojos golosos el balancín de sus preciosas nalgas. ¡Qué espectáculo! Y, para mi suerte, la música de *La Chica de Ipanema*, de Tom Jobim y Vinicius de Moraes le cayó como brisa refrescante a mi memoria. La seño Lucky caminaba y yo murmuraba: «Olha que coisa mas linda / mas cheia de graça / é ela menina / que vem e que passa / num doce balanço a / caminho do mar. / • / Moça do corpo dourado / do sol de Ipanema, / o seu balançado / é mais que um poema, / é a coisa mais linda / que eu ja vi passar.»

De pronto me imaginé salir de sus nalguitas ese pedo químico del cual me acusaban ser el autor y me dio una risa que apenas pude contener. Ella, tan delicadita y perfumada y salírsele esa asquerosidad...

Todos los de mi clase, a mi espalda, quedaron desgobernados y con las risas, carcajadas y gritos emancipados. Por eso pensé que hoy, al descargar la culpa en su propietario, Baudilio se quedaría en paz. Sin embargo, no fue así. Y hasta este momento, no sé de dónde saqué valor para hacer ese señalamiento; sólo sé que, después, a causa del adrenalinazo propinado por mi cuerpo, las piernas me temblaron de manera prolongada. Baudilio, obligado a reconocer su culpa, con los ojos emponzoñados de odio sólo atinó a decirme: «a la salida me las pagás». Y a partir de ese momento, todos los alumnos fuimos presa de un desasosiego que le impidió al maestro podernos gobernar. Me pareció estar frente a un inmenso campo verde infestado de chapulines; esparcían un rumor intenso hecho con los millones de dientes sonando a serruchos en plena faena. No sabía qué hacer y, como último recurso juvenil, disparé mentalmente un motín de avemarías para ver si me surtían resultado y recibía el amparo necesario para librarme de esa experiencia pronta a llegar. Mi petición fue

denegada y no tuve más remedio que esperar a la desgracia desmoronarse sobre mí. Afuera caía una lluvia pertinaz y las campanas de la cercana iglesia anunciaban la celebración de una Misa de difuntos. Y me pensé como el muerto puesto sobre el catafalco recibiendo la brisa fresca del agua bendita que salía del hisopo que el cura manejaba con marcialidad. Mi cuerpo fue recorrido por cargas eléctricas que parecían ratas huyendo en desbandada. Sentí a todos mis compañeros con sus fauces abiertas de manera desmesurada celebrando a carcajadas mi desgracia. Incapaz de responderles quedé como pollo comprado en medio de ese corral imaginario reverberando hostilidad y complacencia por la suerte que ellos imaginaban desdichada para mí. No pude seguir leyendo y sólo atiné a entender las amenazas de Baudilio y las señales romanas de la victoria que mis compañeros, desde las gradas del Coliseo de su alegría, me enviaban. Un terror interno, provocado por la inminencia del sonido de la campana, que anunciaría el fin de la clase, me hizo sudar frío. Me sentí preso tras hierros inmunes a la violencia de mi miedo. Y cuando al fin la campana escolar vociferó su sonido, arrancó el grito colectivo de toda la muchachada. Esa fue mi primera entrada a la ruta del desierto. Sentí el pavor de alguien que nunca fue nómada y, obligado por las circunstancias se ve compelido a enfrentar esa vastedad de arena, monstruosa para los que no la conocen. Baudilio me dirigió una mirada de tecolote, inyectada con los augurios más terribles y me dijo: «te espero abajo. Vas a lamer el suelo.» Sólo pude responder: «ta'bueno.» Un grupo numeroso de alumnos se acercó a mí para incitarme a la lucha, a sabiendas que Baudilio me derrotaría de manera aplastante. «Demostrale que sos cabrón», me decían con toda la hipocresía destilando de sus dientes. Me sentí el Marco Polo medieval cuando, junto a mi padre y mi tío, desembarcamos en Acre. Los relatos oídos en esa región nos atemorizaron. Eran noticias viejas de asaltos sucedidos con frecuencia en el desierto que pronto habríamos de enfrentar; aunado a eso, estaba la desolación provista por la arena inmensa. Ese silencio imponente, que era el cuerpo de la vastedad arenosa, sentía que me aplastaba.

Los ojos de mi madre y doña Bruni, a control remoto, se reunieron en ese momento con los míos e intentaron darme un temple que yo no era capaz de sentir. Apreté mis dientes porque, si no, se hubiese oído el concierto de matracas prestas a la audición de toda la muchachada. Muchas punzadas en el culito de mi bulbo raquídeo atacaron comandadas por el temor y me dieron una sensación de ingobernabilidad. La fatalidad ya estaba instalada. El aporte que mis piernas no daban, lo proveyeron mis compañeros al tomarme de los brazos y casi arrastrarme a través de todas las gradas que hube de recorrer; para mí fue como cruzar el desierto con mi miedo a rastras, en calidad de bulto, jalado por muchos camellos enfebrecidos. Gritos, euforia, desenfreno y agitación constituyeron el campo magnético que me llevó a las afueras de la escuela donde, Baudilio, como mi verdugo, me esperaba con los brazos cruzados y su sonrisa de efrit persa descubriendo su arrogante diente de oro. Hice un máximo esfuerzo para que mis piernas me sostuvieran. La lluvia había cesado en su fiereza y ahora era una inmensa tela de seda cayendo sobre mi disminuido cuerpo. Entonces la mirada de Baudilio y la mía se cruzaron y, al chocar, produjeron en todos nuestros compañeros una reacción inducida por una misteriosa corriente del más alto voltaje. Esa fuerza los hizo separarse de nosotros y los obligó a formar un grueso círculo en torno nuestro. La agitación de mis compañeros pareció una insurrección popular que me hizo presentir un linchamiento sin derecho a ningún recurso judicial.

—Te venís cagando del miedo —me dijo Baudilio.

Yo ni siquiera pude contestarle. Solo sentí muchas manos, como millones, empujándome para enfrentar a Baudiliogoliat. Muchos, de manera subrepticia, me golpearon en la cara y en otras partes del cuerpo, como para ablandarme para que Baudilio me destrozara. Numerosos golpe hicieron mella, sobre todo en mi cara. Y así, por más que me esforzaba en resistir, el suelo hecho una alfombra de lodo desdeñaba mi empeño. Entonces, mi contrincante, en tono de desafío dijo: «Te voy a dar dos minutos para que vengás y me tirés el primer golpe.» Y eso hizo arrancar miles de gritos de las gargantas de mis compañeros; caían como cataratas cataclísmicas. Luego, continuó: «si después de esos dos minutos no te acercás a mí, entonces yo iré por vos y te vas a arrepentir de haber nacido.» En ese momento sentí correr sobre mí el torrente del diluvio universal; se desató de manera inmisericorde. Fui arrastrado con una violencia formidable por el mar Mediterráneo; como hace más de siete mil quinientos años, sentí cómo, con su fuerza, rompió la tierra; primero abrió el estrecho de los Dardanelos y luego el mar de Mármara para, en seguida, inaugurar con violencia extrema el Bósforo y convertir un lago dulce y apacible en el Mar Muerto, que yace desoxigenado; como conservado en formol. Casi como yo me encontraba en ese momento. Fue horrible. Permanecí quieto, con las manos empuñadas y temblando por el nerviosismo, esperando que pasara la calamidad de los dos minutos concedidos por Baudilio. Mis compañeros, todos reloj en mano, se encargaron de contar el tiempo con escrupulosa exactitud. Cada segundo era un engranaje quebrándose en la rueda de mi vida. Y al concluir el plazo, un grito unánime, estentóreo y fatal eclosionó como infierno germinando. Luego, todas las voces se encadenaron para pronunciar: «Dale Baudilio, dale, dale, despedazalo, hacelo mierda.» De manera inmediata, Baudilio con toda la fuerza de la victoria anunciándosele interiormente, corrió hacia mí, listo para enseñarme que quien tiene la fuerza tiene el poder. Yo vi cómo esa mole convertida en monolito rodante se abalanzaba sobre mí. Cerré instantáneamente los ojos para no enterarme de la hecatombe. Sin embargo, hube de abrirlos inmediatamente porque escuché un rugido desencantador en todos los romanos asistentes a ese circo implacable. Mi sorpresa fue total cuando observé, como en cámara lenta, la manera como Baudilio terminaba de caer al resbalarse en el lodo traicionero. Ese león presto a devorarme, para felicidad de todos los paganos, de repente yacía en el suelo con su furia acalambrada. Mi cuerpo se llenó de una fuerza inusitada y teniéndolo tan a mi merced, lo dejé imposibilitado para moverse cuando le di dos puntapiés certeros en sus testículos. Algunos de los súbditos baudilianos me propinaron varios golpes en la cara haciéndome alguna mella; para ese entonces yo poseía el poder y no hubo fuerza capaz de quitármelo. Luego me dirigí a sus costillas que, en número de dos, perdieron su integridad; concluí mi obra de arte guerrera con dos golpes dados en la cara, encargados de descolgarle su preciado diente de oro. Y pues, todos los pronosticadores de mi derrota ahora dirigían su mirada al inesperado vencedor. Como Fouché: fueron «fieles en la victoria, e infieles en la derrota.» «¡Malditos!» Pocos se quedaron con Baudilio y a mí me subieron en hombros; así me llevaron durante un trayecto de dos cuadras. Vi entonces cómo el tiempo se aclaraba y me volvía insensible a la llovizna. El cielo, «¡eah!», descubría su azulado pubis asombrándome hasta la ferocidad. Manolo, el hijo de doña Bruni, iba a la par mía,

abrazándome y felicitándome. Y muchos hicieron lo mismo, hasta llegar a mi casa. Nadie se encontraba en ella. Al cabo de un rato, doña Bruni, avisada por Manolo, llegó a verme en medio de la agitación de la carrera. Echó a todos los que me acompañaron y a él lo envió a comprar vinagre, algodón y ungüento. Al quedarse sola conmigo, besó todos mis golpes y al final, con la ternura florecida en sus labios, tuvo la audacia de posarlos en los míos, arriesgándose a que las flechas de las miradas indiscretas cayeran sobre ella y la hiriesen.

Todos mis pensamientos, sensaciones y percepción del mundo se pusieron en una loquera indefinible e inentendible; lo único que acertó a lograr cierta coherencia fue el ritmo y movimiento que interiormente me inspiró *Light my fire*, de The Doors. La voz de Jim Morrison me decía: andá, atrévete, vos sos capaz; no decaigás. La guitarra magistral de Robbie Krieger, con el acompañamiento de la batería de John Densmore y el sonido alucinanate del teclado de Ray Manzarek me hacían el balancín para empujarme. No obstante esa ayuda mental, me pareció que las cuerdas bucales, la mente y todo mi cuerpo se me acalambraron. A medida que pasaban los segundos, esa música se engordaba de sonido y se me hacía exigencia: *light my fire*. «You know that it would be untrue / You know that I would be a liar / If I was to say to you / Girl, we couldn't get much higher / Come on baby, light my fire / Come on baby, light my fire…»

Los cuadros recientes de su desnudez en el baño, cuando sequé su cuerpo, acudieron con una brillantez que intensificó los pigmentos para impedirles perder gloria visual. Hoy me emancipé de esa timidez manifestada en ese entonces y tuve la osadía de abrazarla y apretar mis labios contra los suyos. «Come on baby, light my fire / Come on baby, light my fire / Try to set the night on fire / • / The time to hesitate is through / No time to wallow in the mire / Try now we can only lose / And our love become a funeral pyre / • Come on baby, light my fire / Come on baby, light my fire / Try to set the night on fire, yeah…»

Después de ese gozo bárbaro que me proporcionó, retiró su rostro del mío y se quedó viéndome con los ojos anegados de afecto que fueron seda que envolvió mi cuerpo para hacerlo digno de ella. ¡Qué bello me pareció el rubor que emergió en sus mejillas! Sonreí satisfecho de su cálculo porque en ese momento llegó Manolo con las cosas que doña Bruni le pidió. Luego, con unos trapos empapados en vinagre, comenzó a darme un leve masaje en la carne golpeada para que declinara la hinchazón. Así estuvo hasta la llegada de mi madre, quien se hizo cargo de la situación. Entonces iniciaron un diálogo sobre las cotidianidades y la barbaridad que cayó sobre mí. Y yo pasé del ensueño al sueño.

Mi padre al llegar y enterarse de lo sucedido, en principio, se puso como la gran diabla. Parecía toro bufando, en medio del ruedo, frente al escuálido torero. Por fortuna, después de comer se aplacó y cesó en sus letanías represivas. Yo exageré mi papel de víctima sin imaginarme que las autoridades de la escuela decidieron suspender mi asistencia una semana,

aunque mi madre ya se había anticipado a esa resolución para que yo descansara y me curase de los golpes. Mi santa madre, sin imaginar la subterránea corriente afectiva fluyendo entre doña Bruni y mi persona, le encargó que, por favor, durante las mañanas, en lo que mi hermana asistía a la escuela y ella y mi padre al trabajo, viniera a visitarme para constatar mi descanso.

Al día siguiente, después de recibir los cuidados maternos, quedé en el más perfecto limbo. Me dio una gracia enorme saber que había derrotado y humillado a Baudilio. ¡Qué placer sentí, a pesar de los golpes que me dieron mis compañeros! Un río de orgullo hizo cauce en mis venas y recorrió todo mi cuerpo hinchándolo de satisfacción. Y pensé en contarle toda la historia a doña Bruni cuando llegara. Yo quería demostrarle no ser sólo el muchacho simpático sino también el hombre capaz de heroísmos y aventuras de las cuales ufanarse. Por suerte, Manolo se anticipó a mis deseos y la había informado detalladamente de mi pelea. Un leve dolor latente en la cara le puso freno a mis pensamientos y me convirtió en el Marco Polo veneciano recordando cuando pasé por Irán y, en Cheshmeh Genn, en medio de la desolación y aridez circundante, bajé a lavarme y gozar con el agua hecha de colores por los minerales. Ese líquido milagroso disminuyó la fatiga y alivió los dolores del viaje; me reconfortó, como ayer lo hizo doña Bruni, con los lienzos de vinagre y los besos que me dio. «Amén».

Hoy, doña Bruni llegó a las nueve de la mañana; justo cuando ya mi familia había partido rumbo a sus labores. Vino bellísima. Sobre sus labios había caído un rocío de rosado elemental; discreto pero arrogante. Me extrañó verla enfundada en un grueso suéter con cuello de tortuga; sin embargo, cuando se lo quitó, entendí la razón de venir tan cubierta. Bajo esa prenda se escondía una blusa, tejida con hilos de feromonas, trasluciendo el tesoro guardado. No vi bajo esa muselina finísima de Mosul ninguna otra prenda osando sofocar el encanto de sus turgencias. Sólo hebras de oro copulaban con el tejido. Esa parte de su cuerpo, entonces, me recordó las dunas tersas del desierto que, como Marco Polo medieval, de lejos las vi hermosas y aptas para recorrerlas lamiéndolas, besándolas y orgasmizándolas. Morir en esas arenas monticulares sofocado de placer. «¡Ufff!» Ella, adivina de mis pensamientos, se sentó a la orilla de la cama y, tomándome de la mano preguntó: «¿cómo amaneciste?» Sólo pude responderle con una sonrisa que ella, presurosa, hospedó en la tienda de campaña de sus labios. Entonces me pareció entrar en Badajshan y, de inmediato, tenderme en sus llanuras sombreadas por hermosas montañas ruborizadas por el más límpido azul del cielo. Allí dejé que el viento, convertido en doña Bruni se encargara de aliviar mis dolores y restaurar mi disminuida alegría. Se me vino prístina la voz de Demis Roussos cantando la canción que a ella tanto le gustaba: *My Friend the Wind*. «My friend the wind will come from the hills / When dawn will rise he'll wake me again / My friend the wind will tell me a secret / He shares with me, he shares with me / • / My friend the wind will come from the heart / With words of love she'll whisper for me) / My friend the wind will say she loves me / And me alone, and me alone / I'll hear her voice and the words / That he brings from Helenimou / Sweet as a kiss are the songs of Aghapimou / Soft as the dew is the touch of Manoulamou / Oh oh oh / … / my friend the wind will say she loves me...»

En ese momento, cuando ella acariciaba mis mejillas escuché las palabras más inesperadas de mi vida; las proveedoras de mis alas para volar a los lugares que yo designara. Si hubiese ocurrido un terremoto no me habría conmovido tanto como lo dicho por doña Bruni en esos precisos momentos. Fue, literalmente, un gancho al hígado. Como bien escribió Gastón Bachelard: «¿Hacer imprevisible la palabra no es un aprendizaje de la libertad?» Ella me dijo: «Marco Polo, me gustas. Marco Polo, me encantas.»

—¡Plungún!

Su mirada tierna llegó a remojarse en mis ojos durante unos segundos.

—Es una locura que te lo diga, pero me gustas.

Ambos nos asustamos por el rubor sentido que, como dice el libro sagrado, convirtió nuestras mejillas en «mitades de granada». Ella, asombrada por su audacia, se levantó y fue a la cocina. Al regresar, traía una taza en su mano y me la acercó con ternura a mis labios. Sorbí la bebida preparada y, al hacerlo y aspirar su olor, el Marco Polo medieval se instaló en mí. Recordé de manera prístina el relato del viejo Aladino, el ismailita, de la región de Muleet, escogiendo a los asesinos que habían de servirle para sus propósitos y, luego de darles una pócima de haschish, los transportaba a un paraíso artificial en donde había toda clase de goces que jamás olvidarían. Luego, les volvía a dar otra poción para dormirlos y los regresaba a su cruel realidad. Entonces, los escogidos para ese supuesto milagro, le rendían obediencia al viejo con tal de regresar a ese lugar de encanto. Según narré en mi libro de viajes, Aladino «había hecho construir entre dos montañas, en un valle, el más bello jardín que jamás se vio. En él había los mejores frutos de la tierra. En medio del parque hizo edificar las más suntuosas mansiones y palacios que jamás vieron los hombres, dorados y pintados de los más maravillosos colores. Había en el centro del jardín una fuente, por cuyas cañerías pasaba el vino, por otra la leche, por otra la miel y por otra el agua. Había recogido en él a las doncellas más bellas del mundo, que sabían tañer todos los instrumentos y cantaban como los ángeles, y el Viejo hacía creer a sus súbditos que aquello era el Paraíso. Y lo había hecho creer, porque Mahoma dejó escrito a los sarracenos que quienes van al cielo tendrán cuantas mujeres hermosas apetezcan y encontrarán en él caños manando agua, miel, vino y leche. Y por esta razón había mandado construir ese jardín, semejante al Paraíso descrito por Mahoma, y los sarracenos creían realmente que aquel jardín era el Paraíso.»

Yo sentí, pues, en cada sorbo tomado, que doña Bruni, simuladora del viejo Aladino, esperaba que el líquido obrara la maravilla de drogarme para conducirme a ese paraíso en el cual me olvidaría del mundo y, por la gracia de los goces, pertenecerle, como súbdito suyo. Y

así fue. Quedé totalmente a su merced porque aprovechando la ausencia de mis viejos, me prodigó de atenciones nunca recibidas de ninguna mujer. Quise destruir toda noción del tiempo e inventar tretas mentales para impedirles a los pensamientos bruníldicos escaparse por las rendijas de la distracción. En rigor, ese fue el comienzo de mi aprendizaje sobre el arte de amar. Ella fue una maestra excelsa por cuyas enseñanzas pude conocer los oficios de la boca, la lengua y las manos: instrumentos óptimos para la fabricación de placer. Cuando ella comenzaba a recorrerme, yo, viendo hacia el techo de mi casa, sentía, de pronto, viajar dentro de una yurta como si fuese un Kan mongol. Qué gozo sentir esa tienda de campaña caminando jalada por una docena de bueyes, a través de la extensa llanura, y proveyéndonos de un bamboleo fabricante de pensamientos de la más intensa delectación. Todo era de una factura propicia: las láminas oxidadas de mi cuarto se mutaban en piel de tigre; las descascaradas paredes, en piel «de armiño y bellinas»; la puerta se forraba con brocatel de oro y, de las maderas que la cubrían, emanaban los más exquisitos y discretos olores hechos para seducir; las ventanas se ocultaban con sedas bordadas de oro en las orillas. Se apresuró a cerrar la puerta para hacerme y permitir que yo hiciera todo, excepto que nuestros cuerpos copularan. Un intento hice y, al ser rechazado con la dulzura del silencio, el escrúpulo de su mirada y la delicadeza de sus manos, entendí que aún no era el momento. O, mejor dicho, no entendí que no fuera el momento. Me sentí como Hamlet escuchando el consejo de la reina Gertrud: «Vierte la fría paciencia en ese fuego ardiente de tu excitación.» Sin embargo, doña Bruni, como para prepararme para lo que vendría, no consintió en dejarme sin experimentar ninguna sensación que, después, me serviría de vademécum. Le quedé muy agradecido porque, para consolarme, me tomó en sus brazos e hizo descansar mi cabeza en las más excelsas almohadas de leche. Con toda la emoción desbocada, no me quedó más que unirme al coro del *Cantar de los Cantares* y recitar mentalmente con él: «Tu seno es ánfora preciosa / en que no falta el vino mezclado. / Tu vientre, acervo de trigo / rodeado de azucenas. / Tus pechos, dos cervatillos / mellizos de gacela.»

Mientras mis pensamientos se alaban de poesía, ella, en sus manos, cosechaba mi placer; a mis oídos llegaban sus palabras emergiendo del mismo libro bíblico: «Bajó mi amado a su jardín, / a los macizos de balsameras, / para recrearse entre las flores y coger azucenas. / Yo soy para mi amado y mi amado para mí, / el que se recrea entre azucenas.»

Y cuando su mano estaba anegándose con el líquido de mi placer, y lo esparcía en sus mejillas y en sus pechos, sentí el cuarto inundado de toda la solemnidad y gloria manifestadas en el *O Fortuna* de *Carmina Burana* de Carl Orf. Me pareció que miles de goliardos medievales con su irreverencia y alegría desbocadas estaban en torno nuestro bailando, celebrando y vivándonos por tan álgida sesión de goce.

Ella, por su parte, durante esa semana en la cual ocurrieron esos encuentros, repetía siempre con inaudita voz aterciopelada, al verme reventar de lujuria, sofocación y plenitud, la traducción del soneto 129 de Shakespeare: «Derroche del espíritu en vergüenza / la lujuria es

en acto, y hasta el acto / perjura, sanguinaria, traidora, / salvaje, extrema, cruel y ruda: / despreciada no bien se la disfruta, / sin mesura anhelada, y ya alcanzada, / odiada sin mesura, cual un cebo / que desquicia al incauto que lo traga. / Desquicio los suspiros, los abrazos, / los gemidos del antes y el durante, / júbilo al gozar, después penuria, / promesa de alegría, luego un sueño. / Lo saben todos, pero nadie sabe / cerrar el cielo que lleva hasta ese infierno.»

Así fueron todos los días de esa semana: jornadas en las que, la fragua del deseo no le permitía al fuego de nuestro cuerpo decrecer. Ella como la más extraordinaria maestra, discurría sobre el amor y la pasión con una sabiduría y ponderación inauditas. Primero me fascinaba oralmente y yo gozaba con febrilidad al ver salir de sus labios las burbujitas que al emigrar de su calorcito estallaban como si celebrasen algún cumpleaños; luego, su discurso se fundía en el crisol de todo el cuerpo.

—Me gustas más porque aprendes rápido.

—Es que usted, qué lindo enseña.

—Ven, mi amor, descansa en tus almohadas, bebe de ellas.

Desgraciadamente, después de una semana de estar en ese paraíso a la medida de mi edad, volví a la cruda realidad escolar.

—7—

«Nuestras horas son minutos
cuando esperamos saber,
y siglos cuando sabemos
lo que se puede aprender.»

Antonio Machado

Salí del cementerio, acompañado de Manolo, como con diez nudos en la garganta, imposibilitado de deshacerlos y con toda la intención de no creerle a doña Berta. Aún no podía aceptar que doña Brunilda se hubiese lanzado al vacío desde un edificio de tres pisos y no hubiere muerto de cáncer. Miles de preguntas se alborotaron dentro de mí. Sin embargo, las respuestas como que se hubiesen cansado en el camino porque no llegaron. O no se

atrevieron a llegar. Tuve una ansiedad exagerada de saber qué había pasado con las respuestas. ¿A dónde se fueron?, ¿por qué no avisaron de su incomparecencia?, ¿por qué me hacían pasar esta angustia? Y en esa ronda de pensamientos entendí: las contestaciones son como seres queridos a los que uno aguarda sin importar que sean lo que sean.

Y esos seres queridos, convertidos en respuestas impuntuales, sólo cuando están con nosotros nos sentimos tranquilos, amándolos con sus defectos y con sus cualidades; con dolor o con alegría. Lo peor era no saber cómo salir a buscarlos, si los mismos hijos trataban de dispersarlos para ocultar la verdad, quizá porque no la quisieron como yo y, por eso, se avergonzaban de ella cuando, de quienes debían sentir deshonra era de ellos mismos.

Al contarme doña Berta su escueta versión, la escuché con una tranquilidad de morsa echada al sol. Dentro de mí, me resistía a creerle por su bien ganada reputación de chismosa. Y aunque era una mujer desbocada con las palabras, gracias a su lengua incontenible, me pareció sintomática tanta brevedad. Tal concisión no era propia de ella. Yo no la forcé a hablar y cuando concluyó me pareció entender, con ese agachón de cabeza que hizo, una súplica de discreción. Al salir del cementerio, sentí que los cipreses y las araucarias eran lectores eclesiásticos; de manera gregoriana, me recordaban las letras evangélicas de San Juan: «conoceréis la verdad...»; un escalofrío, desbocado tren fantasma, recorrió todas las estaciones de mi cuerpo. Para rematar, al cruzar los arcos de salida del cementerio recordé, como martillazo lastimero, la canción cantada por Alberto Cortés: «de qué sirve la vida, / si a un poco de alegría / le sigue un gran dolor.»

Y eso fue, para mí, su muerte: un gran dolor. Pero entiendo que profética porque, en muchas oportunidades, doña Bruni nos decía: «la vida sólo vale la pena vivirla de manera alegre. Para vivir triste, amargada y vieja —dijo fatídica—, mejor lanzarse al vacío.» Tiempo después oí el eco de sus palabras cuando Mario Monteforte dijo: «hay que pasar del amor a la muerte, sin pasar por la vejez.»

En realidad, los planes de ella correspondían a una bien definida idea sobre su utópica felicidad. Tuve esa certeza desde aquella lejana mañana cuando salió del baño y, al llegar a su cuarto yo estuve completamente a su merced. Me pareció como si ya lo tuviese establecido desde tiempo remoto. Y como estaba tan bien determinado todo lo que hacía, nadie estuvo preparado para actuar según su plan. En ese sentido, uno era engranaje que no cazaba sus dientes con los de ella. Y lo digo con seguridad porque después de abrazarla, y que yo volviera a sentir correr la lava más ardiente por mis venas y arterias, ella, cuando me despidió en la puerta de su casa, me preguntó con marcada exactitud: «¿tienes novia?»

—No, doña Bruni —respondí.

—No seas mentirosito porque en tus ojos se lee con letras mayúsculas que sí.

Yo, como doctor en inexperiencia, imploré a los bomberos sofocar ese fuego desastroso; que el agua de sus mangueras provocara un humo que me desapareciera de su presencia y fuera capaz de hacerme resistir en mi mentira; de darme el ánimo de negar a Gilda, una muchacha de catorce años, como mi noviecita. Invoqué el valor de Belerofonte, el héroe griego, cuando, montado en Pegaso, logró apagar el fuego que salía de las fauces de Quimera hundiendo su lanza que, al derretir la punta que era de plomo en su garganta, la mató. No obstante, hubo de pasar mucho tiempo para entender que todo eso era parte de su plan. Sin embargo, a pesar del embarazo de la situación, siempre al hablarme o ser sujeto de su atención, a mí me parecía que un viento plácido me sentaba en una butaca de plumas esponjosas. La gravedad se exilaba y yo, con sólo exhalar aire por mi boca me propulsaba de manera placentera en su atmósfera.

—No te avergüences.

Y acto seguido me repitió las viejas palabras quijotescas:

—«... tan propio y natural es de los caballeros ser enamorados como al cielo tener estrellas.» Eso es lo más normal del mundo. Y lo más lindo.

—De veras… todavía no le he dicho que sea mi novia.

—¿Y por qué no se lo has dicho?

—Es que no sé como hacerlo. Nunca he tenido novia.

—¡Ay, mi muchachito! —dijo ella y, luego, me atrajo hacia sí, y hundiendo mi cara entre sus pechos me abrazó de la manera más tierna, por allí hubiéramos comenzado.

Luego me tomó de la mano y me regresó a su cuarto; se sentó en la cama y, tomándome de la mano, hizo que yo hiciera lo mismo.

—¿Quieres que te enseñe a enamorar, a decir y a hacer lo adecuado para convertirte en novio de ella?

—Pues… si no es mucha molestia…

—¡Qué molestia va a ser! Lo único que te ruego es que a nadie le cuentes nada de lo que yo te diga. Ni lo que pasó hoy. Ni a tu mamá ni a mis hijos, ni a nadie. Es mejor que quede entre nosotros dos para evitar problemas. Y para poder gozar.

—Está bien, doña Bruni. Como usted diga.

—¿Lo prometes?

—Sí; lo prometo.

—¿De veras?

—Sí, doña Bruni, de veras.

Y después de ponerle punto a esa última palabra me sentí el idiota más grande del mundo por haberle hecho esa confesión; por realizar esa repartición de mi afecto. No obstante, después experimenté el alivio de no tener guardado mi secreto. Evité que ella se enterara por otra persona y, en lugar de ser benévola, se mostrase severa y cuestionadora. Me sentí el Marco Polo medieval saliendo del vasto, difícil e inhóspito desierto y llegar triunfante a la fastuosa Catay donde, con toda amabilidad, alegría y curiosidad sería recibido por el gran Khan. Algo me decía que, después de ese momento de complicada confesión, todo sería promisorio. La secretividad que me hizo jurar, se debió al miedo. Ella tenía pánico que se llegara a saber su colaboración conmigo en asuntos sentimentales. También, terror que los demás advirtieran esa corriente voluptuosa atravesándonos. O que yo contara lo ocurrido entre nosotros y la murmuración formara su propio caldo de cultivo para conflictos posteriores. Le daba pavor que los demás conocieran su doble vida recién inaugurada conmigo y la acusaran de infanticida. Ella, en parte por su delicadeza y por ser una mujer culta y apreciada en el vecindario, de ninguna manera quería ser objeto de chismes; no deseaba, ni remotamente, que la realidad de su sexualidad se ventilara públicamente. En ese sentido fue morbosamente escrupulosa. Por otra parte, su pasión domada, quería desbridarla con una persona que la acompañara a su plenitud. Y ese tipo de personaje sólo podía complacerla si ella lo construía; si tenía la paciencia de hacerlo a la imagen y semejanza de sus deseos. El mundo se abría, repleto de oportunidades para la felicidad, el goce, el aprendizaje y la aventura. Tuve la impresión que doña Bruni percibía esos pensamientos y estaba dispuesta a hacerlos realidad. Una sonrisa de asentimiento me dio esa certeza. Y yo se la devolví agradecido. Dentro de mi cuerpo sentí una voz entusiasmada, como dicen los mejicanos, pronunciando: «¡juímonos!»

—o—

En la hoy extinta cantina *El último adiós* el ambiente era fresco; a Manolo y a mí nos dio la oportunidad de desahogar nuestro llanto. Don Lacho permaneció sin decir nada de nuestras lágrimas. Sólo, cada cierto tiempo, se rascaba la cabeza. Me pareció increíble estar frente al hijo de la mujer que amé y al ex esposo; y que ambos no sospechasen nada de

nuestro amor. Verlos, y al mismo tiempo, repasar muchas imágenes construidas por mí y doña Bruni, para impedirle a nuestra imaginación descansar jamás, fue un truco de la vida muy difícil de analizar en ese momento. También, hubo momentos en los cuales me sentí molesto porque pensaba, ardido por los celos, que ese cuerpo con el cual yo había gozado tanto, también don Lacho lo había disfrutado. Y se me vinieron muchas imágenes imaginarias sobre cómo él le hacía el amor y ella retozaba desenfrenada con él. Sentí ardor, rabia y ganas de retorcerle el pescuezo al viejo. También pensé que esa reunión podría ser para, entre los dos, acorralarme y hacerme decir la verdad sobre mi relación con doña Bruni. Pero nada de eso floreció en la conversación. Ninguno de los dos tuvo el olfato de doña Bruni para presentir o adivinar los secretos de los demás. ¡Qué suerte!

—¿Querés otro trago, Marco Polo?

—No, Manolo, ya estoy mareado. Mejor vámonos.

—Vámonos, pues.

Mientras caminamos sentí que el cielo, paulatinamente, se hacía gris. Y cuando estuve en mi casa olvidó de manera definitiva su ropaje grisáceo. Estaba negro. Completamente negro. Por mi parte estaba extenuado. Fui a la cama y quedé dormido en profundidad. Sin embargo, a media noche desperté. Hice un repaso rápido, como flashazo, de todo lo sucedido hoy. Luego vino el recuento de dudas y, al final, me emponzoñé de curiosidad y me propuse, por la mañana, ir a la morgue para salir de dudas y matar las preguntas. Y fui. Al llegar, en las bancas estaban varias personas en la misma situación mía: anclados para conocer la verdad de sus muertos. El forense no llegaba y, según los ayudantes, cuatro cadáveres estaban pendientes de la autopsia respectiva. Tuve el atrevimiento de entrar a la sala donde esperaban los fallecidos y fui testigo de la manera horrenda como los trataron: como si fuesen reses. Luego, cuando el forense llamó telefónicamente para avisarles que llegaría pronto, ellos, en ese cuarto húmedo y maloliente, comenzaron a abrir los cuerpos para dejarlos expuestos al ojo médico. También tuve la osadía de preguntarles a los ayudantes si recordaban haberle practicado la autopsia a doña Bruni y sólo me dijeron: «aquí vienen muchas mujeres suicidadas, usté; es imposible recordar a cada una.» Les hice una descripción detallada pero no conseguí sacarles más palabras. Atrancaron la lengua. Me retiré un poco de ellos y, en perspectiva, me parecieron dos verdaderos carniceros. Salí al corredor donde estaban las bancas y pronto comencé a conversar con los familiares de otros muertos. Las lágrimas servían de comas a la desobediencia sintáctica de los relatos escuchados.

El doctor llegó. Todos los familiares de las víctimas se levantaron y pusieron como hormigas locas en torno del forense. Sin embargo, él no quiso responderle a nadie. Sólo se dedicó a repartir sonrisas como si fuese un discurso parlamentario que nadie escucha. Entró a la morgue de inmediato y empezó la faena. Los empleados de las funerarias, prestos, se congregaron en la entrada. Algunos ya habían consumado los tratos para los sepelios y otros

se dedicaron a convencer a los deudos de las ventajas de sus servicios. Fue un bullicio de mercado persa en el cual los ritmos de la oferta y demanda a todos conmovían. Dentro de la morgue se oyeron las carcajadas del forense y sus ayudantes. Logré escuchar que la causa de la risa fue un chiste necrofílico que uno de los carniceros contó. Afuera, llanto y dolor. En medio de mi sufrimiento, sentí ganas de, como dice mi primo el malcriadote, entrar para «reventarles el hocico» a los integrantes de ese departamento de carnicería. De repente, cuando las risas se empozaron, los empleados funerarios fueron autorizados para sacar dos cadáveres con su respectivo certificado de defunción. Los muertos salían en cajas de metal, como reses beneficiadas. Dos ambulancias llevaron otros muertos, víctimas de las balas callejeras. Yo, armado de paciencia, quise esperar al forense cuando concluyera su labor. Vi cómo salían las moscas de ese banquete forense y sentí una rabia monumental al imaginarme la manera como trataron el cuerpo desguarnecido de doña Bruni. Al comparar la desnudez que ella me ofreció, con la arrebatada por ellos, sentí que a la boca me llegó un licuado de ira. «No se vale» —pensé.

Poco después del mediodía, el forense salió tan impecable como entró. Su sonrisa empolvada de arrogancia no me impidió acercármele.

—Doctor, doctor...

—Ajá...

—Disculpe que lo moleste pero necesito hacerle una pregunta.

—A ver, dígame...

—Pues... anteayer, si no me equivoco, usted le practicó la autopsia a una señora que se cayó desde un edificio.

—A dos mujeres que se suicidaron, les certifiqué su defunción. ¿Cómo era ella?, ¿joven o adulta?

—Adulta.

—¡Ah, sí!, la recuerdo bien. Es uno de esos casos raros en los cuales alguien se lanza desde esa altura y a su cara no le pasa nada.

—Exactamente.

—¿Y ella se lanzó?

—Puess… eso supusimos…

—Supusieron.

—¿Era familiar suya?

—No, doctor, no. Sólo una vecina a la que aprecié mucho.

El forense me vio a la cara y se detuvo un rato en mis ojos y luego observó mi actitud, como para sacar sus propias conclusiones.

—Otro factor impresionante es que no tenía en su cara señales de pánico.

Luego me explicó la rutina médica practicada y que sólo había certificado un politraumatismo porque, según me dijo, en esos casos no tiene ningún objeto hacer un examen detallado, salvo extraerle las vísceras. «Muy distinto es, por ejemplo, cuando viene algún baleado.»

—Gracias, doctor.

—Por nada. Ah, antes que se me olvide, un detalle interesante es que, a pesar de la sangre de sus heridas, en varias partes de su cuerpo tenía perfumes distintos; aunque discretos, al acercársele podían sentirse y la sangre no pudo desvanecer los aromas. En mi caso, nunca me había tocado un cadáver así. Es muy raro. Realmente muy raro que alguien se perfume antes de suicidarse…

Sentí una rabia enorme cuando el forense insistió en el suicidio de doña Bruni.

—Gracias, nuevamente, doctor. Y... una última pregunta, ¿quién vino a encargarse del cadáver, luego de la autopsia?

—Un señor ya grande. Me dio la impresión que era su esposo. Se miraba muy afectado por la muerte. Horacio creo que se llama... el apellido no lo recuerdo. Él, al concluir la autopsia, ayudado por un empleado de la funeraria, entró a vestir el cadáver.

—Gracias, doctor.

—De nada; que le vaya bien.

En ese momento sentí la resaca del día anterior, agudizada por el llanto que se me vino imparable. Quise ir a buscar a Manolo, pero en ese momento tuve conciencia de no conocer dónde vivía actualmente. La dirección de don Lacho si la sabía pero, por dentro estaba demasiado furioso como para ir a buscarlo. Temí que se me saliera el enojo y los reclamos contra él. ¿Cómo fue él, y no yo, quien la vistió por última vez?, ¿por qué razón él, a quien

doña Bruni había sacado completamente de su corazón se encontraba en el centro de los cuidados del cadáver?, ¿verdad que es razón suficiente para estar como la gran diabla?

—8—

«Echa a volar... mi amor no te detiene,

¡Cómo te entiendo, Bien, cómo te entiendo!

Llore mi vida... el corazón se apene...

Date a volar, Amor, yo te comprendo.»

Alfonsina Storni

Cuando los hijos de doña Brunilda regresaron de las vacaciones que me permitieron, por primera vez, el asombro de su desnudez, olvidaba contar: sentí que la vida había pasado frente a mí de manera muy veloz. Transitó sacudiéndolo todo; como huracán cosechando muerte, desventura y firmando su paso con una nube de polvo que, al final, en medio de la destrucción, sedimentose como si nada le hubiera importado. Yo quedé sin tener conciencia exacta de que todo estaba petrificado. A la vez, dentro de mi cuerpo quedó guardada la inquietud y certeza de llegar a ser un gran explorador de ese territorio humano que sólo se anunciaba. Toda la intensidad vivida se quedó, de pronto, detenida; se hizo pieza de un vasto museo. Recorrí sus enormes salas; todo cuanto observaba era mío. Allí estaba yo expuesto, transfigurado de manera total y, de repente, me parecí increíble. Los sueños eran una especie de fantasmas guardianes cuidándome de esa población de piedras esculpidas con insolente minuciosidad. Y me recordé como el Marco Polo asombrado por los relatos maravillosos que, de las bocas de mi padre Nicolás y mi tío Mateo, salían encantados de haber sobrevivido al primer viaje realizado a través del reino de Kublai Kan. Ese conocimiento que estaba por adquirir de la vastedad deparada, me infestó de insomnio las noches juveniles. Me pasé las oscuridades como don Quijote, «de claro en claro, y los días de turbio en turbio.» Entonces partí hacia la aventura; a la exploración de otros territorios que me llenarían de conocimiento, y me enseñarían en la práctica, el arte de viajar y el uso de las herramientas indispensables.

Una mañana llegué tarde a la escuela y los curas no me dejaron entrar. Afuera estaba Estuardo, que tampoco pudo ingresar. En la sección de mujeres, Gilda y Alma después de rogar a la monja que les dispensase su tardanza, corrieron la misma suerte que nosotros. Para mi fortuna, Gilda acababa de estrenarse como mi novia y todavía era territorio inexplorado por mi fervor juvenil; Estuardo era novio de Alma y, según me constaba, sus cuerpos ya estaban inundados por el apasionado retumbar de los gemidos y las respiraciones acezantes. Después de discutir sobre si regresar a nuestras casas a recibir las reprimendas de nuestros padres, o ir a gratificarnos corporalmente a algún sitio escondido, optamos por lo segundo. Con nuestros cuadernos como cruz impidiéndonos avanzar a la medida de nuestra adolescencia, caminamos con la caldera del rubor en nuestras caras. Transitamos como seres incorpóreos, ajenos al

ruido y peligro de los carros; inmunes a las miradas de los transeúntes. Los olores y hedores de la ciudad no calaban nuestros olfatos; eran sometidos al filtro inclemente del fuego que nos quemaba. Las pocas miradas cruzadas con Gilda nos bastaron para manifestar nuestra urgencia de recorrernos. Nuestras manos juntas nos explicaron el nacimiento del agua. Y en medio de ese desasosiego tremendo, escuché el viento trayendo la voz de doña Brunilda y, muy cercana a mis oídos, me dijo: «corre, Marco Polo; ve a conquistar nuevas tierras, mares y desiertos para que después vengas a mí, repleto de tesoros.»

Estuardo y Alma, guías experimentados, nos llevaron a una especie de cerro perteneciente a la Compañía Frutera, donde en la actualidad están las instalaciones del CAMIP (Centro de Atención Médica Integral para Pensionados del Instituto Guatemalteco de Seguridad Social). Situado mentalmente en la medievalidad, allí, en medio de los árboles, como experimentado viajero, los imagino rodeando Constantinopla. En ese territorio tan bien descrito para mí, por mi padre y mi tío medievales, estaba, de manera milagrosa, una vereda que nos condujo a un claro espléndido; lo percibí como un desierto mullido de plumas de los gansos más excelsos. Al sentarnos, me sentí rodeado y a salvo por la vieja muralla mandada a construir por Constantino I y nos dispusimos para la guerra. Besé a Gilda tras sus orejas y, como caracoles, me comunicaron con urgencia el sonido húmedo del mar; abrí con levedad las puertas de su blusa y sin respetar la luz del sol, el rocío cubría de fiesta sus frescas redondeces; rocé sus labios, sentí la tensión de sus muslos, clamé fuerza y encono en la playa de su cuello y recordé la espléndida Constantinopla que visité en mi viaje de regreso a Venecia, cuando ya venía insuflado de la tántrica India y la voluptuosa China. Todo estaba gratificado con la brisa milagrosa del Bósforo: listón amoroso entre el Mar Negro y el de Mármara. La respiración intensa de Gilda fue conciso telegrama anunciando nuestras tormentas. En cada puerto de su cuerpo, al tocarlo, se me pedía con urgencia no atracar sino partir de inmediato hacia otro con más apremio de sofocar su fuego. En medio del fragor de las llamas, ni siquiera por un momento quise regresar a gondolear en los plácidos canales de mi amada Venecia. Mi novel experiencia marinera, proveída por doña Bruni, recién se fundaba y ya me sentía a gusto en ese mar de carácter intransigente: enemigo de los anclajes y las boyas salvadoras. Todas las aduanas situadas en la piel de Gilda estaban abiertas y sin restricciones para mí. Tuve franquicia total para ver, oler, oír y tocar. Y estaba usándola con frenesí y ella me instaba urgida a continuar. Y así, sacudidos por las berrinchudas olas del mar de nuestra pasión estábamos cuando, de pronto, como derrumbe del cielo sobre el infierno, todo se nos paralizó. Toda la energía concentrada en nuestro fuego, de pronto, sin *degradé* posible, se hizo un vasto glaciar. Las llamas de nuestras calderas se trasmutaron en gélidas espadas desenvainadas; sus hierros no alcanzaron la templanza y se partieron inermes. De pronto, Gilda, Alma, Estuardo y yo nos miramos. Nuestros ojos devoraron preguntas que, de manera inmediata, eran corroídas por la sal implacable del mar. Fue como encontrarnos de pronto a la par de los cañones asesinos de un barco enemigo. El cálido sudor de la pasión fue consumido por una metamorfosis soplándonos con el frío del miedo. Fuimos seres primitivos obligados a sobrevivir frente a las bestias más feroces. Todo nos fue desconocido. Hasta el aire amenazaba con convertirse en pesado plomo. Entonces tuvimos conciencia de la desolación sufrida en un mar no incluido en ningún mapa. Todo vestigio terrestre fue borrado de nuestra conciencia y memoria.

Acostados en el suelo como estábamos, miramos al cielo y encontramos a cuatro policías patrulleros; con una herradura de sonrisa en la cara, nos observaban con los brazos cruzados. Al vernos con el uniforme escolar, el jefe dijo: «¡qué ricas las clases que reciben los jóvenes!» Enseguida nos ordenaron levantarnos y, como hormigas desorientadas por venenosa fumigación, caminamos hacia el carro patrulla sacudiéndonos los residuos de hierba; cómplices de nuestro fallido desenfreno. Sólo nos faltaron las bolas de acero unidas a nuestros pies por cadenas para completar el cuadro. La mordacidad de los policías aumentaba nuestra impotencia.

—Apúrense muchá... ya van a ser las doce —dijo el jefe policial.

Entonces sentí un empujón y el apremio policial para subir pronto a la perrera: así llamaban a la patrulla policial.

Adentro, me pareció fiesta romana con los leones sueltos dispuestos a comernos. Toda la multitud en el coliseo reventaba de gritos azuzando a las fieras para que hincasen sus dientes y sus garras en nuestros recién amanecidos cuerpos. El «grrr-grrr» de los leones era música de banda marcial solemnizando el anuncio de nuestras próximas defunciones. Las palabras, por más que luchaban por salir del pozo de nuestras gargantas, se quedaron varadas en su ruta inundada; sin embargo, los pensamientos corrían desbocados por todas las paredes cerebrales, arañándolas, violentándolas, maldiciéndolas... A través de la malla del carro policial entraba toda la saña ciudadana con su caudal torrentoso empapándonos de acusaciones. Nunca imaginé que un juicio tan severo sobre nosotros debía celebrarse sin la mediación de las palabras. Con Gilda ni siquiera fuimos capaces de tomarnos de la mano. Sólo nuestras miradas tuvieron el arresto de medir todo el pánico que nos abrasaba. Por sus lágrimas brillantes entendí la tragedia arremolinándose en el mar de sus pensamientos y maldije mi impotencia. La mirada drástica de mi padre se me plantó enfrente como cuadro en exposición. Adiviné la peregrinación que mis familiares, amigos, y todos mis conocidos harían para pedir ejecutarnos frente a millones de guatemaltecos. Alma y Estuardo miraban el suelo como aves desnucadas. A pesar de las piernas rosadas y formidables de Alma, sentada frente a mí, pescueceando fuera de su falda y conduciendo mis ojos hacia su blanco y primoroso calzoncito, en ese momento no me interesaron. Sólo necesitaba una espada o una lanza para matar a los leones. «Sólo eso, ¡carajo!»

La patrulla se detuvo frente a la sección de mujeres de la escuela, justo al medio día en punto. Todavía alcanzamos a oír la sentencia del timbre pronunciándose implacable. Los policías esperaron hasta que las primeras alumnas salieron a la puerta para encender la sirena durante algunos segundos. Ese sonido tan atractivo para las miradas hizo que nuestros compañeros y compañeras nos observaran y corrieran la voz. La curiosidad se apoderó de

todos y desde las paredes más altas, a través de las celosías o empujando para romper la barra policial, todos hundieron sus ojos en la perrera. Risas, gritos, movimientos corporales y un ambiente de festín amurallaron todo ese escenario que nos juzgaba. Para nosotros fue terrible ese momento tan severo que sólo podía devenir en una condena a perpetuidad, con toda la fuerza de la ley y los prejuicios gobernadores de nuestra época juvenil. Cruzamos miradas implorándonos consuelo pero sólo logramos abonar la desgracia. De pronto se silenció el jolgorio. En medio de la multitud se abrió una brecha que creí las aguas del Mar Rojo atendiendo la orden mosaica de masacrar a los egipcios. Enseguida me pareció ver una inmensa alfombra roja extendida de manera soberbia para suavizar los pasos de nuestros ejecutores. El jefe policíaco venía a la par de la madre superiora. Parecían inflamados por la fuerza de un oráculo divino porque se desplazaban con cierto aire majestual. Y como escalofrío en medio del terror, a mí me pareció que hacían buena pareja. La monja nos revisó desde afuera como fiera enfurecida y sentí el vaho de su aliento agrio gritándonos: «¡cochinos!» Y después de olfatearnos como mastín, se acercó a la puerta trasera. En ese momento, el jefe le dio la orden al subalterno para que nos abriese la puerta. Bajamos como presos juzgados por tribunal de fuero especial. Después de quitarnos las esposas, la monja les ordenó a Gilda y Alma subir a su oficina. Todos nos miraron como apestados pero gozaban infinitamente de nuestra desgracia. Estuardo y yo volvimos a la perrera y nos condujeron con el director de la sección de hombres. Tras de nosotros corrieron todos los alumnos como si fueran un remolino a punto de convertirse en huracán. Nunca oí un griterío tan entusiasta. Ni cuando le gané la pelea a Baudilio. A Gilda, Alma, Estuardo y a mí nos expulsaron de la escuela durante una semana, con el agravante que nuestros padres deberían llegar con los directores para ser informados, con todo detalle, de nuestro comportamiento ofensivo de las buenas costumbres, las reglas de la institución y contravención de la moral tan necesaria para esos tiempos.

Los padres de Gilda optaron por retirarla de la escuela y enviarla a vivir con sus tíos, en Cobán.

Más que la sanción de mis padres, yo sufría por los pensamientos de doña Bruni cuando se enterase. En ese instante fui el Marco Polo, en medio del Gobi y su desértica inmensidad, sufriendo porque el agua estaba a punto de terminarse o por la inminencia de una tormenta inesperada de arena que me sepultase para siempre.

Y todo eso lo recuerdo, ahora, al sacar de la bolsa de mi saco el recorte con la esquela informando la muerte de doña Brunilda; siento que las lágrimas de mis ojos llegan a mis labios como aquellos besos suyos que pedían posada temporal en los míos y se quedaron a vivir para siempre.

—¡Ay, doña Bruni!

Vuelvo a releer el recorte y el escenario cambia de manera total porque me avienta hasta el bochornoso día de la perrera. Por la tarde, yo me encuentro en la sala de su casa. Ella, sin dejar de reír me pregunta: «¿qué pasó?» Su risa me arrastra y me distensa. Entonces siento sus dátiles, desde la tienda de campaña de su blusa, enviándome mensajes cifrados. Ella se levanta y me abraza. Yo intento apartarla de mí y lo consigo. La veo retirarse a su asiento y, con los codos en sus piernas y sus manos en la cara se esconde avergonzada. Fue la primera vez que la vi así. Me quedé observándola durante unos instantes hasta sentir su llanto. Entonces me levanté y fui hacia ella. Le dije que me perdonara y ella levantó su cara con sus ojos convertidos en criadero de lágrimas.

—No tengo nada que perdonarte, Marco Polo. Tú eres el que me tiene que perdonar.

Puse mis rodillas en el suelo y recosté mi cabeza en sus piernas...

—¡Ay, doña Bruni!

—9—

«Me hacía buya el corazón

Como la garganta al sapo.»

José Hernández

Semanas después de la catástrofe huracanada por el incidente de la perrera policial, las nubes negras comenzaron a pegarse como lapas en otras residencias humanas. A Gilda la sacaron de la escuela sus papás y le mostraron la espada filosa y llameante del exilio hacia la finca de sus tíos, en Cobán. Yo, Marco Polo medieval, junto a mi padre y mi tío, sentí que todos los abastos de la expedición se echaban a perder por nuestra impotencia expedicionaria para transportarlas y defenderlas. Muchos de los tesoros más preciados que conducíamos los había diezmado el filo de las espadas que el desierto y el hielo desenvainaron para amedrentarnos y obligarnos a la retirada. A pesar que emisarios del gran Khan tenían órdenes de conducirnos ante su presencia de manera segura, no contaron con los enemigos apostados por la naturaleza en cada trecho del recorrido. Gilda fue, en esos momentos, la princesa cuyo robo yo no pude defender a la manera heroica que mi edad demandaba en la vastedad del Gobi. Esa impotencia sentí, ya antes, cuando a ella sus padres le notificaron la interdicción, de manera terminante, de tender puentes entre sus palabras y las mías. Y nosotros entendimos que también entre las extensiones de nuestras manos y cuerpos. Para fortuna nuestra, toda la mensajería fue coordinada por una prima suya que, aprovechando la coyuntura, quiso heredar mis caricias. Yo, cuando vi sus dos cartas de presentación frontales a medio abrir, por poco sucumbo. Sin embargo, ya estaba inoculado por el veneno pasional de doña Brunilda y empapado de la miel que Gilda esparció, como ungüento, en mis adolescentes pecho y espalda; y, de esas resultas yo permanecía enredado en la estupidez y somnolencia; era marioneta con las cuerdas rotas. Sólo me interesaban Gilda y doña Brunilda. Gilda porque ya conocía ciertas cartas del naipe de su intimidad; y doña Brunilda, por ese ámbito misterioso con sus mojones ubicados en la frontera exacta de la realidad y del sueño... con su aduana de expectativas. Abrigaba una corrosión corporal desesperante porque, además, a esa edad, todo tenía que mantenerlo bajo la loza del secreto, encimada con su matojo de zacate. Y salvaguardar así el nombre de Gilda y doña Bruni era hacerme trapecista inexperto en la cuerda floja. Por tales razones, a pesar de la tentación con que la prima me quemaba, supe rociarle agua a ese fuego. Ella, sin más, volvió a su papel de emisaria. Ese perfil estúpido traduciéndose en todo lo que yo hacía y decía, llegó a tal grado que mi madre, en un día de enojo, me dijo: «parecés un inquilino atolondrado; un ser extraño a la familia».

Doña Brunilda, sabedora de la oscuridad gobernadora de la rienda de mis ojos, se hizo cargo de ver por mí. Y, de esa cuenta, fui adiestrado con magistralidad para hacer de la

clandestinidad una caja fuerte para esa misteriosa relación, uniéndonos de manera frágil y tensa a la vez. Me proveyó de un listado exhausto de precauciones, acciones no realizables, actitudes que no debía asumir e insistió en mi imperturbabilidad. «Si pierdes la serenidad, lo perdemos todo», puntualizó.

A mí me pareció que todas las enseñanzas suyas me hacían transitar por un terreno surcado de brumas; no obstante, a la par suya, a pesar de la intensa neblina, mis pasos siempre caían en el lugar que mis pies detectaban seguro; sin embargo, si me soltaba de manera momentánea, todo se volvía titubeo; todo perdía su gravidez, y la bruma con su mimo de fantasma, resucitaba como zarzal intransitable multiplicando sus espinas aceradas. Todo era acoso y mi sentido de orientación se tornaba brújula perdida en cielo ingrávido.

Algo me ponía al borde del desconcierto: doña Bruni parecía el ángel aleccionándome y empujándome para acercarme a su ¿contrincante?: para que toda mi retórica actuara como el sastre elegante de mi audacia y Gilda sofocara todos los exabruptos de mi inexperiente pasión.

Doña Bruni proveía el fuego y Gilda se encargaba de sofocarlo.

Cuando escuchaba las palabras bruníldicas, casi todas las letras que las custodiaban, me parecían transformarse en cuadros de una película rodando sus imágenes en un sepia conmovedor. Era una pantalla inmensa-inmensa; para mí, en ese entonces, fue como el descubrimiento del vuelo. Su entusiasmo, el vapor emergiendo de las chimeneas de sus poros y todo el guión gestual reflejado en esa pantalla eran la extraordinaria representación de una historia que ella no pudo concluir, o realizar en su juventud.

Y, pues... a tal grado llegó doña Bruni que, durante mucho tiempo, se convirtió en la asesora editorial de mis cartas. A través de esos mensajeros de papel, logré emponzoñar a Gilda con la idea de saltarnos todos los obstáculos y vernos en algún lugar no lejano de Cobán. Fuera de la finca de sus tíos. Cada palabra, inducida por doña Bruni a escribirla, estaba gratificada por el olor de las reposadas briznas de los campos, en los cuales ella pudo yacer durante su infancia y adolescencia. Pude sentir el vinagre de sensaciones truncadas; de deseos estremecidos por el grito del pecado y de charcos recogiendo la lluvia de las tempestades que doña Bruni provocaba y después exorcizaba. Yo fui, creo, el objeto tardío de sus deseos y en Gilda se transmigró ella para que la representara con total libertad. Alentado por su magia verbal yo sentía correr desenfrenado por campos uniformados de pasto recién nacido. La sensación de libertad llenando mis huesos me hacía ligero y no atinaba a discernir si eso era la

felicidad o una promesa de vida eterna sin la angustia del dolor o sufrimiento. «¡Alabada sea doña Bruni!» —pensaba pletórico de alegría.

Gilda, delicada en las fibras de su piel y corazón, abrió el pasador de las puertas y ventanas de su ser y echó a volar todo su entusiasmo. Fui el bodeguero que, después de abrir cada sobre, guardaba, bajo la inspección brunildica, las porciones del amor gildeano que ya comenzaban a exudar insensatez y arrebato. Cada letra escrita por mí, fue cemento, arena o hierro de esa fortaleza amurallada que doña Bruni, sin darme cuenta real, estaba construyendo. Pasamos más de un año dejando constancia escrita, casi diaria, de corresponsalía sentimental que nos conmovió de manera feroz.

Con doña Bruni, casi como asunto de guerra, establecimos nuestros propios códigos para comunicarnos y vernos. Su residencia, sólo ciertos días y a determinadas horas, se convirtió en casa de seguridad. Nuestra audacia la acoplamos a los engranajes de la precisión. Todo fue exacto y, por suerte, fuera de nosotros dos, nadie se enteró de lo que pasaba por los túneles de nuestra aventura. Ahora, al recordarla y verla tras el vidrio de su ataúd, tengo la certeza que fue una artista extraordinaria: no se dejó llevar por la improvisación. Todo lo planeó de manera escrupulosa y detenida. Me cuesta creer cómo, una mujer cuya presencia social fue tan reservada, tuvo tanto talento táctico y estratégico. No entiendo, ahora, cómo fue capaz de dejarme llegar a los diecisiete años resistiéndose a que hiciéramos el amor de manera completa, total. Tenerme tan a su merced y no servirse de mí para su más intimo placer sólo pudo hacerlo una mujer con un dominio de sí misma impresionante. Aunque, quizás ella gozara al ver y sentir como yo eclosionaba. Las veces que le insinué que me enseñara a ser suyo de manera total, siempre me respondió: «todo a su tiempo, Marco Polo. Ya llegará. No comas ansias.»

Como peón de sus planes, experimenté muchos momentos de susto; de manera especial cuando ella, sola dentro de su casa, renunciaba a sus pantalones de lona encanecida y dejaba a sus viejos vestidos de seda, remozados por la frescura de sus perfumes, sedimentarse en sus hermosas redondeces. Al principio, cuando se los ponía, me parecía que una gran cantidad de lodo brusco la anegaba; sin embargo, cuando se asentaban desaparecía la epidermis grosera del fango y emergía, como terso metal pavonado, el brillo esculpido transformándola en diosa. Mi diosa. Cuando me los modelaba, sin el esqueleto fustanar y aliviada por movimientos y siluetas baletistas, yo hipaba remecido por los terremotos que mi presión sanguínea rasgaba en el sismógrafo de mi rostro... y manos y piernas, y pies, y voluntad puestos a su merced. Mi sangre obligaba a mis dientes a castañetear, como animando el baile flamenco que mi maja zapateaba con sus tacones elegantes resonando en mí con su desbordado eco genital. «¡Eso! ¡Ea! ¡Ole!» Sin embargo, muchas veces, al solazarse las telas de sus vestidos en la eroticidad de su piel, pensé que fue cruel al no poner en marcha un plan de emergencias para evitar tanta catástrofe juvenil dentro de mí. Y me parece raro que

el agua de colonia 4711 me haga evocarla con recurrencia si, desde la primera vez que la aplicó en mi pecho y en mis mejillas yo presentí la génesis de su uso.

—¿Quieres que te cuente por qué uso colonia 4711?

—Sí, doña Bruni.

Y comenzó a contar: «cuando me casé mi virginidad ya era recuerdo...» Con uno de sus novios, al que quiso mucho, ella, sin más, una tarde le dijo que le llevaba un regalo. El novio, al no ver nada en sus manos, preguntó que en dónde estaba el obsequio. Entonces ella le dijo: «tienes que buscarlo.» De esa cuenta comenzó el rastreo del tesoro que, al final, resultó estar celosamente guardado en el escondido y tempestuoso delta de Venus. No obstante, ese novio, después, la desencantó al engañarla con su hermana y ella, de manera paulatina, al final lo echó de su corazón. Necesitada de afecto, emprendió la búsqueda frenética de alguien que sustituyera esa carencia y aceptó a don Horacio, que no fue santo de la devoción de su padre, por ser de una condición económica muy baja. Él era solamente el administrador de la finca y ninguno imaginó que algún día osara convertirse ni siquiera en el amigo, y menos en el novio de la hija del dueño de la finca. Según ella, ese nuevo noviazgo tardó cuatro meses. A mitad de ese lapso, él le propuso matrimonio y, entre los obsequios hechos por don Lacho, recibió un frasco de la mentada *Echt Kölnisch Wasser No. 4711*. Ella quedó un poco sorprendida de no recibir un perfume sino Agua de Colonia. Sin embargo, comenzó a usarla, sobre todo después de los baños, porque le daba una sensación de frescura que la hacía sentir muy bien. La intriga del por qué de esa colonia terminó al día siguiente, cuando ella le preguntó si la Colonia tenía algún significado. Don Lacho le dijo la causa del obsequio: «es una colonia con olor a azahares, que son las flores de la virginidad y la pureza.»

A doña Bruni, cuando oyó ese argumento, sintió que las piernas le flaquearon y por poco le da el soponcio y el cataplún. Quedó sin saber qué haría el día de la luna de miel cuando él constatara que, de la virginidad: nada. «Pero verás —me dijo—, todo en esta vida tiene su maña.» De esa cuenta, siguió contando, y me confió: «fui a buscar a doña Mercedes, una hierbera que ejerció su oficio durante muchos años en la finca de mi padre y, después, se fue a vivir a Chimaltenango.»

—¿Y para qué fue a buscar a esa señora?

—Pues para que me aconsejara.

—¿Y qué le aconsejó?

—Eso no te lo digo ahora porque me da vergüenza. Otro día te lo contaré.

Luego me abrazó y me dijo: «¿no quieres un vaso de fresco antes que sigamos con lo de Gilda?»

Hoy, frente a ella muerta, creo que cada acción, cada idea y cada factor de suspenso que me impuso fueron geniales napoleonadas. Lecciones magistrales de la estrategia guerrera del más fino tamiz.

De esa cuenta, la arremetida que doña Bruni me aconsejó emprender produjo los resultados esperados. Así, en una apergaminada mañana de marzo, ya cumplidos mis diecisiete años, recibí una carta de Gilda en la cual, aunque revestida de cierta solemnidad cursilera, me decía de manera textual todo lo que doña Bruni había esperado. Codificada en las palabras venía el mensaje triunfal. «¡Ja!», fue como si ella se la hubiese dictado. Abro el sobre y leo: «Mi amor: ya casi no puedo dormir por pensar en ti. Mis tíos están preocupados porque ando media sonámbula. Yo les digo que es porque me quedo leyendo en la noche, pero son mentiras. Es por pensar en ti mi pechochote. Te he soñado y eso me ha hecho amanecer empapada. Pero lo bueno es que mis tíos parten mañana a E. U. y dicen que se van a estar 15 días y como ya hace ratos que ellos me prestan el Jeep para que yo vaya a hacer mandados a Cobán, entonces si tú venís a Cobán, yo puedo recogerte allí y llevarte a un lugar que yo conozco donde podemos estar solos y tranquilos para platicar de lo nuestro. ¡Es nuestra oportunidad! Después te escribo con más extenditud porque parece que ai'viene mi tío. Te quiero, te quiero, te quiero.»

A mí, como dice literalmente el malcriadote de mi primo, «se me fue el alma al culo.» Y cuando se la enseñé a doña Bruni, por poco me absorbe el abismo del desmayo porque ella, después de sembrar sus ojos en los surcos que la tinta hizo en el papel, tomó con sus dos manos mi cara y, como nave conducida por la pista más bruñida, me besó en la boca a labio abierto; con sus dedos, como pinzas precedidas por la destreza quirúrgica, me hizo obedecerla en su técnica oscular. Yo, aunque ya había recibido ese adelanto en su máquina amorosa, siempre soñaba con su repetición. Sin embargo, en ese momento, oí ecos catecismales y me sentí Jonás tragado y alojado en el vientre oscuro e ignoto de la ballena digiriéndome con el ácido de la culpa; del pecado. A saber por qué me dio esa sensación; ya antes me había asomado a situaciones que podrían calificarse de más pecaminosas. Y, añadido a eso, en ese tenebroso recinto oí, lejanas y amenazantes, las palabras de mi padre y mi madre fustigando y zahiriendo la desnudez de mis temores.

A saber qué ocurrió dentro de mí a partir de ese beso con el cual ella se alegraba de mi relación con Gilda pero, en cada actividad realizada, cuando más concentrado me encontraba, tenía la sensación que ella me observaba. Estuviera donde estuviera. Yo dirigía mi vista y mis sentidos hacia el lugar de donde provenía la sensación y no veía nada. Me levantaba para inspeccionar de manera ocular y más precisa; sin embargo, sólo sentía, cada vez, un olor distinto que precisamente era uno de los muchos aromas usados por doña Bruni. En esa época, ella se metió de manera fantasmal en mi vida.

Doña Brunilda era el ser más cercano pero, a la vez, el más lejano. Ella abría brechas y trincheras en mi corazón sobre todo en el terreno de los pensamientos. Era como una campaña de guerra a control remoto manejada con exactitud asombrosa. Proveedora infatigable de las más esclarecedoras cartas náuticas, sabía explicarme cómo leerlas e interpretarlas; cómo gobernar mi nave y la hora precisa de soltar las velas o anclar mientras la brisa me nutría de mundo. Su boca, pues, se convirtió en la boya que, a pesar de la furia tempestuosa, no permitió perderme en los terrores abisales. Tuve oportunidad de comparar sus labios con los de Gilda, y preferí los suyos, a pesar de las coordenadas de los años trazadas con claridad. *¡Boccato papale!* Antes de eso, me sentía gratificado y conforme con que ella, cada cierto tiempo, casi de manera misericordiosa, acercase sus labios a los míos y, encendiera la antorcha de mi juventud. Sin embargo, después de haber probado la humedad intensa y desenfrenada de su boca, ya no podía conformarme sólo con la superficie oscular.

Hoy, sus ojos cerrados por los portones de sus párpados me obligan a ver el mensaje que, de forma póstuma y a manera de edicto logro leer colgado de ellos. Contiene la historia de cuando yo, micer Marco Polo, recostado en la proa del barco, celebro los días benévolos en los cuales el bonachón Adriático se disculpó por no proveerme de olas furiosas que, urdidas en el luto de las noches, me abastecieron de emociones.

Sus labios, alfombrados por un rosado claro, matizan de tristeza los recuerdos que, cuando estaban peleando contra los míos eran la alegría llevada a los terrenos de la pasión. Sus besos en mi boca fueron las ceremonias en las cuales ella se coronaba reina y señora de sus feudos. Me encantaba su aliento porque, al aspirarlo, me parecía como si yo hubiese pasado por un campo bizantino de minúsculas flores aromáticas que, al pisarlas, me devolvían la acción con la gracia de sus fragancias. Ella me hizo vicioso de sus labios. Por eso me encanta evocarla y sentir anegada mi boca de saliva cuando escucho la canción de Braulio: *El vicio de tu boca*. Y no me canso de cantarla: «Tengo el vicio de tu boca / que me arrastra y me provoca / sin dar tregua a la pasión. / • / Tengo el vicio de quererte / que me llevaría a la muerte / si algún día, de repente, / alguien me roba tu amor. / • / Tengo el vicio de adorarte, / como a un dios idolatrarte, / con la misma devoción, / ¡pobre de mi! / • / No hay placer más excitante, / más total ni alucinante, / que probar a cada instante / de la droga de tu amor. / • / El vicio de tu boca me domina, / me atrapa, me aniquila, me derrota, / me aturde, me desquicia, me alborota, / me lleva hasta un vacío sin final. / • / No hay nada más sensual que ver tus labios / dispuestos para el brindis de esa boca, / anda acércate, vuelve y bésame, / no me quites del vicio mujer.»

Doña Bruni, a partir de esa consagración, fue como el gran Khan autorizándome a ejercer un inmenso poder, siempre que yo estuviera dispuesto a cumplir sus misiones. Sin embargo, hasta las profundidades y excelsitudes que yo añoraba llegar y poseer, ella siempre

interponía con delicadeza extrema los más sencillos obstáculos que me recordaban no actuar con apremio sino esperar que todo llegara a su tiempo; es decir, la primavera no debía anteponerse al invierno.

—¿Y qué le vas a contestar a Gilda?

—¿Usted que me sugiere, doña Bruni?

—Pues... siéntate y te voy a dictar.

«Gilda, mi amor:

Qué emocionado me sentí cuando leí tu carta en la que me das la alegría de que te pueda ver. Veré qué excusa les invento a mis papás para llegar a verte, el viernes, dentro de cuatro días.»

—¿Y por qué no le pongo algo más poético?

—Nosotras las mujeres somos fregadas. Siempre queremos más. De esa cuenta si ahorita te pones poeta, después te va a exigir que te conviertas en súper poeta. ¿Me entiendes?

—Sí, doña Bruni.

—Continuemos, pues.

«Búscame en una de las bancas del parque, en Cobán. Yo saldré a las 7 de la mañana de la ciudad y calculo estar por allá a medio día. Me muero por verte y, para mientras, me vengaré con la almohada. Te quiero mucho, mi amor.»

Cuando terminé de escribir, no aguantaba la caldera que tenía en la cara. Doña Bruni, sentada en su vieja pero hermosa silla de nogal, me miraba con el cuello estirado y los brazos en actitud admonitoria, experta agrimensora, como pasando el lente del teodolito por mi enfebrecido rostro. Al fondo sonaba la voz de Johnny Mathis y ella seguía el ritmo y melodía con elegantes movimientos de cuello. Su apariencia, en ese momento, fue la del retrato de *La Argelina Almaisa, sentada* pintado por Modigliani. Vi la calavera sobre la mesa y me pareció reírse de mí. Doña Bruni, de manera súbita se levantó y me tomó de la mano; comenzó a enseñarme a bailar. Una melodía muy propicia para el momento, sonaba en su tocadiscos Phillips y, después de los primeros pasos, nos imantó de sensualidad. Era Johnny Mathis, uno de sus cantantes favoritos: cantaba *Moon River*. Ella, sin que yo lo advirtiera, desabrochó dos botones de su blusa y, ayudada con el ritmo de la música, llevó mi boca a sus pechos. Entonces dijo: «este es tu premio por ser tan buen alumno.» ¡Qué maravilla! Y claro, dejé que Johnny Mathis, con su voz me ayudara en esa tarea que se me presentó como eclosión celestial:

«Moon River / Wider than a mile / I'm crossing you in style / Someday / Oh, dream maker / You heartbreaker / Wherever you're going / I'm going your way. / Two drifters / Off to see the world / There's such a lot of world to see / We're after the same raimbows end / Waiting round the bend / My huckleberry friend / Moon River / And me.»

—o—

—Doña Bruni, ¿y si mis papás no me dan permiso para ir a Cobán?

—No te preocupes por eso. Ya se nos ocurrirá algo.

—Además, no conozco Cobán.

—Yo sí, pero como ya no lo recuerdo muy bien... saldré mañana muy temprano e iré a ver donde nos alojaremos y, además haré un recorrido para planear bien qué vamos a hacer. O mejor dicho, qué vas a hacer. Sólo debes recordar que nadie debe enterarse de esto. Ni le cuentes a ninguno que nos hemos besado y lo que tú, desde que te peleaste con Baudilio, has hecho en mis pechos y en mi cuerpo. ¿De acuerdo?

—Sí, doña Bruni; de acuerdo.

«¿Alojaremos?», eso fue como recibir una lluvia de esquirlas de vidrio en todo el cuerpo. A partir de ese momento, ella comenzó a adiestrarme para que mi actuación con Gilda fuera un reloj de la más alta perfección y exactitud. Me explicó cómo debía tomarla, qué tipo de caricias debía practicar y cómo administrarle dulzura y cariño para que ella cediera ante todos mis deseos.

—Ay, doña Bruni, eso mejor debería hacerlo con usted…

—No me interrumpas; de tu atención depende el éxito que tengas con Gilda.

—Pero yo no quiero con Gilda…

—Es necesario… Yo sé por qué te lo digo.

—Está bien.

Y después de la explicación verbal, como cediendo ante lo que yo le dije y bajar su tono imperativo, me conminó a hacer un ensayo con ella. Yo, ya metido en la realidad, me desmoroné y me negué, en principio; sin embargo, ante su insistencia y reciedad, no tuve más remedio que cargar con toda la timidez y vergüenza que intentaban aplastarme.

—¿No era eso lo que querías, pues?

—Puesss… estee… ¡Ay doña Bruni!

Entonces, como dice mi primo, «procedí conforme a derecho» y llegué hasta donde, otra vez, ella me dejó llegar. Más allá, no. «Y no se te olvide —me dijo—, que antes de tu primer orgasmo, ella haya experimentado, por lo menos, cuatro. Sé fuerte.» A continuación, con su mano, comenzó a hacerme muchos ejercicios para que yo, en el momento preciso, tuviera la fuerza física y mental para detenerme antes de eclosionar. Y junto a esas prácticas, iba llenando mis oídos de consejos, técnicas y argucias para que Gilda se volviera loca de placer. No logro comprender cómo ella fue capaz de resistir su excitación y no me permitiera complementar su satisfacción total; en particular, cuando su boca me enseñó todo lo que yo debía exigirle a Gilda que me hiciera. Ante sus gemidos estuve a punto de zozobrar, pero ella tuvo un cálculo asombroso para detener sus enseñanzas en el momento preciso.

Planes, tretas, y una loquera de pensamientos llenaron de tal manera mi cabeza; por tal razón cada cierto tiempo el dolor se asomaba a esta testa mía. Por más que intentaba evitarlo, no podía. Ni aspirinas ni mejorales lo lograban. Sin embargo, algo que fue importante y a veces me ayudó a aliviar la tensión fue el empeño que, desde niño, ella tuvo en compartir conmigo y con sus hijos su sensibilidad musical. En muchas ocasiones, y para las más diversas circunstancias, me sugirió lo que debía oír o recordar. Como iba a estar con Gilda en un lugar en el cual se suponía que habría bosques, me sugirió e hizo oír repetidamente el concierto para piano No. 21, *Tema para Elvira Madigan*, de Mozart. Durante una semana, previo al viaje a Cobán, lo oí repetidamente.

—Grábatelo bien; mientras estés con ella evoca la música; deja que ella te lleve. Aspira el aire del bosque y, a la vez, déjate llenar por la música. Si te es posible, trata que todos tus movimientos sean impulsados por la fuerza y la ternura que percibas del piano.

—Sí, doña Bruni.

¡ Después de cada recomendación sobre esa pieza mozartiana, me tomaba de la mano y conducía mis movimientos para que mi cuerpo fuera el receptáculo ideal de los sonidos concertantes. Al cabo de los días, sentí que Mozart me dotaba de una plasticidad increíble. Cada nota me hacía sentir los dedos de doña Bruni en la parte exacta que le reclamaría a mi cuerpo responder con voluptuosidad.

Toda esa construcción amatoria que doña Bruni había preparado hizo que mis pensamientos tuvieran el atrevimiento de imaginarlas asociadas a las dos. «¿Gilda y doña Bruni?: dos pájaros de un tiro.» Llegué a pensar e imaginarme miles de escenas en las cuales los tres estuviéramos en faenas amatorias. Ellas dos, desnudas, tratando de satisfacer todos mis deseos. Las dos, frenéticas, oficiando el amor conmigo; y yo, asperjando de paroxismo

todos mis movimientos y pensamientos. Qué hermoso que ellas hiciesen una sociedad para amarme y ser amadas. Me emocionaba un momento y después de lucubrar con audacia sobre esa posibilidad, la rechazaba; me sentía infiel. Y, lo peor: reflexionaba sobre lo que le había pasado a ese novio suyo cuando ella se enteró de la infidelidad. Pero, pensé, en este caso no habría problema porque las dos estarían totalmente de acuerdo. No obstante, las palabras infiel e infidelidad me aterrorizaban; hacían concurrir hasta escenas de las barbaridades que los cruzados medievales emprendieron contra los infieles en nombre del amor. Pero «¿no es ella quien me está empujando hacia Gilda, pues? ¿No es doña Bruni la que me incita a derramarme amorosamente dentro de otra persona y, hasta después ella recibirá mi óbolo pasional? ¿No es esa una crueldad?» Y se lo planteé en un tono de reclamo del cual, antes, no me habría creído capaz.

—¡Eso es injusto doña Bruni!

Y, en el mismo tono desafiante, me respondió:

—¿Qué sabes tú de justicia en el amor?, ¡dime!, ¿qué sabes?

Mejor opté por quedarme con la boca callada y me rendí a ese intento de insubordinación. Desgraciadamente, aunque me pareciera una brutalidad, yo añoraba todo lo que, según mis suposiciones, ella me deparaba. Creo que por ese dominio de la situación que ella sabía tener, me gustaba más. Pero me estaba enloqueciendo. Lo peor fue que, en esas circunstancias, yo no podía volverme insurrecto con ella. Lo pensé pero también calculé el enorme costo que debería pagar. Significaría perder todo el territorio que había ganado en su corazón, en su cuerpo y en sus pensamientos.

—No; mejor me quedo con el pico callado. No vaya a ser que me mande al carajo. Y como dicen por acá, mejor «machete estate en tu vaina.»

—10—

«A batallas de amor, campo de pluma.»

Góngora

El viernes, después de habernos instalado en el hotel, cercano al parque de Cobán, y luego de haberse duchado, me bañó de manera apresurada. En seguida, sentados en la cama, mientras me impregnaba de 4711, dictó las últimas indicaciones. «No le digas con quién viniste —insistió—. Explícale que llegaste solo. Aquí en tu habitación, si ella accede, pueden venir a hacer el amor. Yo saldré; si regreso, estaré en mi cuarto. Y si por casualidad nos encontráramos, yo haré como si no te conociera. Goza con ella todo lo que puedas. Recuerda todo lo que te enseñé. Debes demostrarme que eres un buen alumno.»

—¿Me lo prometes?

—Sí, doña Bruni.

Acto seguido, me dio un beso tan intenso que por poco provoca que la fuente de mi lubricidad se abriese y provocara una brote precipitado y no esperado del manantial de mi lujuria. Me deseó buena suerte y salió rumbo a su alcoba con su maleta; me dijo: «cuando todo concluya, llegas a mi habitación para contarme.»

Las piernas me temblaban cuando salí del hotel; eran como las columnas del edificio filisteo que Sansón, ya ciego y de melena recobrada, con su fuerza inaudita, echaba abajo y, con toda la construcción y miles de filisteos encopetados y príncipes y pueblo raso, caían estrepitosamente. «¡Qué nerviosismo, carajo, carajo, carajo!», por poco echo a perder todo el plan bruníldico. No obstante, las cartas de ese naipe amoroso parecían estar marcadas. Gilda, con su apretada minifalda de seda, blusa roja y botas de cuero, desde que me vio en la plaza de sus ojos, comenzó casi a rodar sus pasos y llegó con exactitud de pluma a mis brazos. Yo ignoraba, en ese momento, ser la reencarnación del hombre amado por doña Bruni en sus años juveniles. Desconocía ser utilizado para desempozar y reproducir su juventud, respetando de manera íntegra el libreto que aquellos tiempos dejaron escrito en su mente. Ella, cuya noción del pasado era confusa, deseaba hacerlo presente, quizá por un extraño apetito de torturarse. Mientras, Gilda tomada de mi mano me llevó hacia el Jeep; acariciados por el viento saludable, salimos de Cobán.

Doña Bruni, como mucho después me contó, quedó en la cama de su cuarto, boca abajo, recordando con minuciosidad y relajamiento, sólo que en tiempo presente, lo sucedido aquella tarde lejana, bajo la sombra de los cafetales de la finca de sus padres. Y cuando se puso boca arriba, el techo del cuarto se le convirtió en una pantalla enorme traduciendo todo el pasado a un lenguaje actual. Yo, en esos momentos, fui para ella un monje enclaustrado escribiendo de manera bella sus viejas historias; las revivía con hermosa letra, capitulares de intenso colorido sobre un papel preparado por ella con primor medieval.

En el momento que Gilda detuvo el vehículo y, luego de bajarse de manera atropellada para correr y llegar hacia mí con un abrazo inmenso, lejos ya de nosotros, en el hotel, mi maestra veía en la pantalla de su nostalgia cómo su novio besaba salvajemente a su hermana mayor e hincaba sus dedos, como picos de águila en los botones de su blusa. Luego observó la manera como su hermana, semejando animal cambiando de piel, quedó con la ropa vaporizada, a merced del cielo, de las hojas y frutos intensos de los cafetales; de la violencia que la respiración del hombre chocaba contra los cráteres volcánicos de sus orejas... Su novio, fungiendo como el hombre de su hermana, era un obrero del amor cumpliendo a cabalidad su faena. Doña Bruni observaba enmudecida cómo el amor de su hombre se vaciaba en su hermana. Su mirada, hecha colibrí, volaba sobre ellos y sorbía una miel ajena. Estaba pasmada de sentirse tan tranquila al ver cómo, su amado se derramaba dentro de alguien que no era ella. Vio todo el espectáculo sin inmutarse mientras el sol partía de sus ojos hasta dejarla en la más completa oscuridad. Sin llorar y sin reír, después de un tiempo dilatado en demasía por el ardor de la ira encendida cuando los amantes se extenuaron, la luz volvió a comparecer; entonces sintió la sensación del paso de una brisa necesaria que, después de soplar las pieles de los árboles y las carnes, partía a otros destinos a fecundar lo que necesitara fecundarse. Como la Antígona de Sófocles, pensó en ese momento: «No nací para compartir el odio, sino el amor.» Luego, en voz baja: «dichosa mi hermana. A ella le hizo lo que nunca me ha hecho a mí. ¡Qué delicia!»

Gilda, como si fuese asunto de la máxima urgencia, me abrazaba con frecuencia mientras yo restregaba mis ojos en la llanura hermosa, coronada de montañas y perfumada con la fragancia de las hojas del bosque.

—¿A dónde quieres ir?

—A donde dijiste que me llevarías.

El marcador de kilómetros del auto, recordé, indicó una distancia no sentida. Sólo advertí mi nerviosismo disipándose en las veredas y bosques por los cuales fui conducido. Más que el concierto de Mozart, yo necesitaba algo que me insuflara mucha energía y me hiciera conducir a mí la situación. Barajeé mentalmente mi vademécum rockero pero ninguna canción tuvo el valor de llegar a mi mente. Entonces no me quedó más remedio que seguir las indicaciones musicales de doña Bruni y, prácticamente, me puse a disposición de Gilda. El olor

de la broza, curtido por la brisa sempiterna, el aire convertido en masajista y la música metida en mi cuerpo saturándome de voluptuosidad, me pusieron a su merced. Sus palabras parecían granos cayendo en implacable reloj de arena, sin que yo pudiera detenerlos para que no se extinguiera el tiempo. Fue encantador caminar con ella sobre esas inspiradoras alfombras de hojas; a cada paso nuestro, esparcían un delicado odorante natural que nos envolvía en un vaporcillo de entrañas místicas. A lo lejos, el corrimiento de las aguas del río Matanzas engendraba una placidez edénica imantándonos hasta su orilla. Allí, sentados como si estuviésemos en el portal del mundo, incitados por el verbo de algún efrit persa aventado hasta estas aguas, y que tiritaba en el frío de la corriente, a bordo de su recipiente mágico, metimos los pies en el líquido helado para llenarnos de poesía milenaria. Desnudos de las extremidades nos asimos de las manos y entonces comenzamos a pasar por un puente construido con las sensaciones más lúbricas. Su minifalda, incitada por nuestro ajetreo, realizó el milagro de la ascensión y me mostró el paraíso cubierto por un translúcido blúmer. Mientras acariciaba su pelo comencé a silbar una versión adecuada al momento del concierto de Mozart y a Gilda le encantó. Sin más, se tendió sobre la gramilla silvestre y cerró los ojos. En ese momento, por poco echo a perder todo. No sé por qué travesura de la memoria se me vino encima el versito del *Martín Fierro* que estuve a punto de recitarlo: «Cuando es manso el ternerito / En cualquier vaca se priende.»

Estuve a punto de reírme y arruinar toda la solemnidad del momento y el paciente trabajo de doña Bruni; por suerte, logré manear mi sedicioso buen humor y, de ahí en adelante, el ángel de Cyrano de Bergerac me hizo el favor de cuidarme y recordar los parlamentos adecuados para la ofensiva seductora. Iniciamos nuestro tránsito por esa vía y, con cada paso dado hacia adelante, yo experimentaba un retroceso. Mi cuerpo iba con Gilda pero mis pensamientos regresaban precipitados hacia doña Bruni. Gilda, casi jalado, me condujo hasta donde el cielo falso de las hojas arbóreas se hace más tupido. Ella, con su monólogo de ternura y tratando de hacer ósmosis conmigo, sugirió que descansáramos... y, al jalarme, caí al suelo como algodón en mundo ingrávido. Yo tenía asidas las redondeces de la joven Gilda pero mis emociones se encargaron de convertir lo gildeano en bruníldico. Recuerdo todos los movimientos hechos, motorizados por la fuerza hormonal hirviendo en nosotros; el colchón de hojas humedecidas por nuestra juventud yo lo trasladaba a la cama del hotel donde doña Bruni había quedado sola.

—o—

Doña Bruni, según me contó después, luego de descansar un rato en la cama, fue al parque a evaporar sus pensamientos. Sólo la nostalgia, contenida en el frasco de la sonrisa externa, al estilo de la Gioconda, se quedó con ella. Su mirada casi exánime iba a descansar en las personas que veía y, con ellas, como cabalgándolas, se marchaba hasta perderse en las calles frescas de Cobán. Veía hacia arriba, de manera invocadora, pero pronto bajaba su cabeza porque sentía al cielo solidificarse y luego resquebrajarse, haciéndose pedacitos de un rompecabezas que ella no sabía armar. El tiempo se decodificó en su cuerpo y sintió entrar en un nirvana maravilloso; las palabras «odio» y «rencor» se vaciaron de contenido y entonces,

luego de recorrer las calles con su cuerpo de nube, regresó al hotel para volar al mismo ritmo de sus pensamientos.

Sentada al borde de la cama bebió un vaso de agua que la regresó a la realidad. Vio sus zapatos hechos con tela de alfombra voladora y oteó todo el camino recorrido hasta llegar a ese momento. Observó con detenimiento su cara en el espejo y comenzó a dialogar con la otra Bruni: la que estaba en el otro lado de sus sentimientos. Y el meollo de todo fue que, si ella no se sentía una mujer feliz, ¿por qué aparentar serlo? ¿Qué sentido tenía? ¿Cuál era la importancia de reencarnar sus recuerdos en una persona, como yo, muchos años menor que ella? Entonces, quitándose los zapatos y las medias, se acostó. Boca abajo se encachetó con la almohada. Su vestido, de falda ancha, quedó extendido sobre ella, como si fuese un mantel echado en la grama, listo para romantizar las miradas y el apetito. Y así comenzó la otra fase de su plan: reconstruir la realidad de su juventud y vivirla ella, ahora, con todas sus fuerzas, con todo su corazón y pasión. Hacer presente su pasado. A partir que yo llegara al hotel, me convertiría en su presa. Sería otra vez el novio de su juventud que, después de aplacar los deseos de su hermana, llegaba con ella. Y recordó cómo, cargada de tristeza al principio, caminó hacia la bodega de su padre que guardaba sacos de café y fue a descansar sobre ellos, abatida por ese desconcierto. Y allí esperó la llegada del novio arribando feliz a repetir su hazaña de amante. No importaba cuánto se tardara; ella sabía que llegaría. Sin embargo, se hizo presente pronto. Apareció cuando ella ya tenía trazado un plan. Doña Bruni lo sabía todo pero, en un esfuerzo supremo, decidió no saber nada. De tal manera, dejó que él le acariciara el oído con piropos salidos de cantera poética. No puso reparo cuando la mimó e hizo sus besos más encendidos que los de su hermana. Lo condujo hacia una pila de costales colocados en el lado más oscuro de la bodega. Y allí decidió demostrarle más capacidad que su hermana para esas faenas amatorias. Supo esperar el momento preciso para que la lluvia de su deseo cayese sobre él. Él se convirtió en caballo lúbrico y ella en la yegua urgida de sentir la colisión del miembro caballar con sus entrañas. También tuvo el tino de darle treguas para su recuperación en esa doble tarea de amante. En lugar de reclamarle el desliz con su hermana, se lo agradeció de manera íntima y silenciosa. Al fin y al cabo, en lugar de hacer feliz a una sola mujer las hacía a las dos. No le negó sus favores sexuales porque, de esa manera, cada vez que ella se entregaba, él salía un poco de su corazón. Hasta que, después de muchas sesiones de esa índole, desapareció.

—o—

Regresé cuando la piel del día aún no adquiría su tonalidad obscura. Vi el reloj y marcó: 16:30. No entiendo cómo, sin tocar la puerta entré, presintiendo su sueño, sin hacer ruido. Allí estaba ella, hermosa, durmiendo boca abajo. Con el más extremado sigilo, fui a sentarme a la orilla de la cama. Iba a tocarla pero una especie de corriente eléctrica, circundándola, me lo impidió. Entonces mis ojos fueron a retozar en su falda: brocatel de mariposas y hojas rezumando huertas y jardines persas. Era hermosísimo ese vergel tejido que adornaba su sosegada popa; como si se hubiese importado de los telares más espléndidos de la exquisita

Bagdad. Desplazada mi mirada sobre esa superficie la recorrí con espíritu de científico y aventurero romántico. Casi un Humboldt. Sus nalgas no fueron posaderas sino dunas tersas que a mi llegada transformaron, de manera milagrosa, su sequedad desértica en los oasis refrescantes de mis ojos, hasta el punto de inducirme a habitar en ellos. Estaba solo frente a ese desierto encantador que tanto me seducía. Sus piernas eran perfectas como columnas griegas y sentí que ella, cariátide adormecida, advertía mis caricias oculares porque vi en su cara volteada hacia mí, cómo se engendraba una sosegada sonrisa de placidez. Cerré los ojos y, en esa oscuridad que fabriqué, emergieron las mariposas y hojas con sus colores fosforescidos. Danzaban en la corriente de un ballet feromónico, interpretado a la medida de mis deseos. Aunque un poco desfallecido por mi actividad sexual con Gilda, me levanté de la cama y puesto de rodillas en el suelo y con mis brazos en el borde del lecho, situé mi rostro frente al de ella. Viéndola pensé en lo increíble de ese momento. Ella, casi con la edad de mi madre, era la mujer deseada. Era una distancia enorme para mí; sin embargo allí estaba constreñida. Recordé los momentos ya lejanos, cuando días después de llegar al vecindario, ella corría tras de mí. Era un juego infantil en el que la treta era alcanzarme y, luego de abrazarme y besarme en las mejillas, yo metiera mi cabeza en la frontera de sus dos pechos. Ahora, al hacer esa evocación, siento los olores de mi infancia. Las fragancias del nardo, el jazmín, las mosquetas y los azahares se licúan en mi memoria y se hacen río aromático; yo comienzo a navegar en esa tibia solución. *¡Avanti, gondoliere!* Sin embargo, cuando iba a besar sus dormidos labios, de pronto sentí entrar en el gran desierto. Los vientos que sólo rozaban las arenas comenzaron a insolentarse y me soplaron directamente a la cara. Temeroso de una tormenta que me sepultase por completo ordené a todo el ejército de mi lujuria, pleno del espíritu mongol, emprender la retirada para ir a librar la batalla en el terreno de los pensamientos y las imágenes. Una fuerza extraña, que no supe de dónde salió, sosegó y anuló mis estrategias emergentes e impidió concretar mi deseo de llenarla con mi vida, de fenecer en la playa de su cuerpo. Fue como querer beber agua fresca pero en lugar de ella, encontrar lo que en Kerman, rumbo a la China, me llenó de pánico: agua inhóspita para la lengua. Para mí, el Marco Polo moderno, todo me pareció lo que a mi tocayo medieval; en ese momento, sólo hubo total desolación, zozobra y miedo.

Me quité los zapatos y, con ellos en mi mano, salí rumbo a mi habitación. Fue como pasar del desierto a la llanura. De lo amargo a lo dulce. Cada paso que daba rumbo a mi cuarto significaba miles de kilómetros en la huída emprendida. Por eso, cuando estuve al borde de la cama, me sentí totalmente exhausto e, imitando a doña Bruni, me extendí sobre mi lecho; boca abajo, me agredí mentalmente. En ese momento pasó por mi mente todo el recorrido desde la salida de mi terruño natal en plena medievalidad. Entendí que, realmente, doña Bruni era mi Venecia. Y no sólo eso, era todo mi anhelo de conocer el mundo y referirlo a ella. Encontrar en sus piernas la Italia vista y recorrida desde el Adriático, pleno de música sirviéndome de anda procesional, flotante, lenta y majestual; en su rostro, el despejado y terso mar Mediterráneo ocultando sus oleajes de rabieta para que nada sobresaltase la navegación de mis ojos y manos y lengua y toda mi piel; el desierto de Gobi era su magnífico vientre y, al voltearla, en sus globos posteriores estaba condensada toda la Mongolia tártara, exuberante de lozanía e invitación a recorrer cada porción de su territorio como perro solitario jadeante y hambriento de gozo. Y, la mitad de su espalda era recorrida por la imponente muralla china que, al transitarla, me obligaba a convertirme en filósofo del placer. Las fragancias suyas llegan como palomas mensajeras a mis portales olfatorios trayéndome el donaire de la ufana Constantinopla. En sus brazos encontré toda la extensión del imperio romano: fuertes para abrazarme y tiernos para dotar a sus manos de la necesaria delicadeza para acariciarme. Y sus

labios fueron mosaico bizantino, que convertidos en obra de arte, servían de litoral a su boca, Mar de Mármara, ruta adecuada para llegar al Mar Negro. Su Mar Negro, conversión del griego *Ho Pontos Euxeinos*: Mar Hospitalario. Y, claro, en su cabello estaba la constancia de toda nuestra deuda con Grecia. En fin, el recorrido de su frente hasta sus pies constituía ese inmenso trecho que se llamó la *ruta de la seda*.

Mi Bruni significaba toda la geografía imaginable. En ella estaban los desiertos, pero también los frescos oasis; concurrían el cansancio y el descanso plácido. Toda ella era, precisamente, la guerra con su desencadenada furia y la posterior ternura de la paz. Sin embargo en ese entonces toda mi posesión para recorrer sus vastos territorios era un croquis impreciso y anticuado; eso era todo lo que se presentaba a la disposición de mis pensamientos para viajar a través de ella. Aún no había hecho las mediciones geográficas precisas que me permitieran diseñar el más completo mapamundi bruníldico. La etapa cartográfica vivida en ella, pues, estaba muy emparentada con la de Eratóstenes, que sólo pudo trazar líneas paralelas al Ecuador.

Con la nariz metida en la almohada reflexioné: nada ha sido tan difícil como esos instantes; tan cerca de ella con mis pensamientos, pero tan lejos en la realidad. Tocarla o acariciarla hubiese sido un enorme riesgo porque, al despertarla, así como podría encontrarme con el genio bueno que hiciera realidad todos mis deseos; también cabía la posibilidad de enfrentarme con el malo, denostándome y humillándome. No tener siquiera la capacidad de besar sus labios mientras dormía era tan duro como si la galera en que viajaba sucumbiera, de manera inusitada, en mar abierto, imposibilitado de seguir adelante y con enorme riesgo de hundirme. Nada, ni siquiera cuando partimos por el encantador *mare Adriaticum* y salimos por su boca hacia las excitadas olas del mar Jónico, me llenó de tanto nerviosismo. Fue como encontrar en Constantinopla un vasto mercado saturado de especias, telas finas, joyas y perfumes y no saber cómo transportar tan abundante riqueza. Y de esa manera, después de tanta tormenta, llegó la calma; con sus caricias cefirales, me adormeció y con su péndulo hipnotizador cerró el telón de ese teatro mundano en el cual yo cumplía un papel que, a cada rato, debía recordármelo el apuntador.

No sé cuánto tiempo me ausenté en el sueño. Sólo doy fe que, cuando mis ojos frutecieron en la penumbra de la habitación, doña Bruni estaba arrodillada en el suelo y con sus brazos sobre la orilla de la cama. En la mano derecha tenía una copa a medio cuerpo de vino; cuando me vio parpadear, extrajo pequeños sorbos y los depositó en mi boca. La canción de Braulio encajó con perfección: «No hay nada más sensual que ver tus labios / dispuestos para el brindis de esa boca…»

A mí me pareció el exquisito vino de dátiles y especias probado en el puerto de Cormos, bajo las palmeras sirviéndole de asideros a las sedas atenuantes de la inclemencia solar. Sus labios, orillas de mi copa carnosa, eran guarnecidos por un color rosado fabricado en el universo sólo para ella. Sus ojos se anticiparon con las preguntas y los míos no pudieron responderle. No entendí para qué obligarme a consumar mi naufragio en las costas gildeanas.

Sin embargo, de su boca no salió ningún interrogante ni reproche en ese momento. Y Gilda, en resumidas cuentas, no tuvo el fulgor necesario para opacar la antorcha bruníldica. Suerte tuve de no sufrir lo que cuenta el Arcipreste de Hita del perro a la orilla del río: «Alano carniçero en un río andava, / Una pieça de carne en la boca passava; / Con la sonbra del agua dos tantos l'semejava; / Cobdiçióla abarcar, cayósele la que levava.»

Las huellas de Gilda me parecieron, pues, como las dejadas por los habitantes de Ciarcian; cuando se ven amenazados por ejércitos hostiles corren a esconderse en las dunas, confiados que sus pisadas en la arena pronto serán borradas por el viento que pasa alisando lo arrugado. Ninguno, entonces, imaginará que por esa arena hubiese pasado algún ser humano. Así, en un silencio glacial, permanecimos mucho tiempo; sólo su agitado torrente sanguíneo se coló en mis sensaciones. Hasta que, de pronto, me dijo: «levántate mi Marco Polo.» Yo, con la modorra a cuestas, me senté en la cama. Ella, entonces, me tomó de las dos manos y me alzó de manera total. No tuvo fuerzas para la indiferencia. Comenzó a desabotonar mi camisa mientras me decía:

—Ven, te voy a bañar, no quiero sentirte cerca de mí con el olor de otra mujer.

—Pero... doña Bruni, ¿no fue usted la que casi me obligó a que fuera con ella?, ¿la que me instruyó para que quedara encantada, pues?

—Sí, pero tus olores no quiero que me lleguen a través de ella…

—No la entiendo, doña Bruni…

—No es necesario que me entiendas —dijo sin disimular su contrariedad.

Luego me quitó el pantalón y me empujó hacia el baño; después, se metió conmigo. Entró vestida. Mientras me duchaba, me agredió de manera verbal con una brutalidad desconocida por mí. Todas sus palabras fueron un gran ejército uniéndose a las cruzadas dirigidas a conquistar los lugares sagrados. En ese tono de guerra sentí que en algunas partes de mi cuerpo, al enjabonarme, las lastimaba. Fue como si en lugar de agua cayera de la regadera un polvo de arena abrasadora salida de los desiertos más inhóspitos. Su blusa hizo ósmosis con su cuerpo y sus pechos intentaban emerger con insolencia. La respiración, al nomás salir de ella se le convertía casi en gemido. Su falda parecía una huerta asediada por el invierno; las mariposas estaban inmóviles porque sus alas no pudieron cargar con el peso del agua. Inyectado de estoicismo, resistí su embestida con la boca callada y mi cuerpo obediente, hasta que resbaló en su intento por recoger el jabón y se cayó golpeándose la cabeza. Cerré de inmediato la llave del chorro. Me agaché para ayudarla y me conmovió verla llorar de manera inconsolable. En esas gotas saladas saliendo de sus ojos iban concentradas la tristeza, la rabia y el rencor contra ella misma. Sin embargo, me tomó del cuello y me abrazó. Poco a poco la ayudé a levantarse y, luego de quitarle su blusa la cubrí con la toalla y comencé, como la primera vez, a secarla. Enseguida, le desabotoné su falda y vi que su intimidad no estaba protegida por nada. Fue como abrir mi tienda de campaña y descubrir al sol desnudando toda

la naturaleza. Puse uno de sus brazos sobre mi hombro y, así, la conduje hacia la cama. Luego le dije que me vestiría e iría a su habitación para traerle ropa pero, haciendo pucheros y tomándome de la mano me dijo: «no vayas; sólo dame un poco más de vino.» Después que la savia de los dátiles, con su fragancia de especias, fue a yacer en el fondo de la copa, se la extendí. Sin embargo no la aceptó. Tuve que llevarlo a mi boca y hacerlo viajar hacia la suya. Me trajo hacia sí y, luego de secarme se pegó a mi cuerpo y comenzó a besarme. «Más vino, Marco Polo, más vino.» En ese encuentro oscular llevé mi mano a su cabeza y sentí el faro de un chichón señalándome hacia donde dirigir la proa.

—¡Doña Bruni!, ¡qué gran chichón el que tiene!

—No te preocupes. No me duele. Dame otro beso de vino.

Y mientras yo maniobraba la botella, ella repitió las palabras del mandadero en *El Libro de las Mil y Una Noches*: «¡Nadie bebe el vino, origen de toda alegría, sin sentir las emociones más gratas! ¡La embriaguez es lo único que puede saturarnos de voluptuosidad!»

Acomodé bien su cabeza en una almohada y la conminé a descansar. Y, sin saberlo entonces, hice lo que aconseja el *Libro de Buen Amor*: «Syrvela, non te enojes, syrviendo el amor creçe; / El serviçio en el bueno nunca muere nin peresçe; / Sy se tarda, non se pierde, el amor nunca fallese: / Que sienpre el grand trabajo todas las cosas vençe.»

La tendí bien en la cama, y a cubrirla con una sábana iba, cuando me preguntó a mansalva:

—¿Qué parte de mi cuerpo te gusta más?

Yo, como un perfecto imbécil, le contesté:

—Ay, doña Bruni; usté las preguntas que hace...

—Entonces, ¿no te gusta ninguna...?

—No, doña Bruni. Me gusta todo pero...

—Entonces, ven, siéntate aquí, sobre la cama; obsérvame con detenimiento durante varios minutos y, al cabo de ellos, bésame, en el orden de importancia, las tres partes que más te gustan. Y realmente qué deseos sentí de ella al verla completamente desnuda.

Ella notó el termómetro de mi cuerpo a punto de salírsele el mercurio pero, maestra que fue, se detuvo. Y conteniéndose, prolongó la ceremonia. Yo le obedecí. Sentado y con mis ojos de albatros, los dispuse para planear sobre ella; me sentí libre para sondearla de manera absoluta. Fui, también, un Buda en solemne contemplación. El eco de la canción de Camilo Sesto *Quieres ser mi amante* llegó lisonjero a mis oídos y canté mentalmente:

«Un amor como el mío / no se puede ahogar como una piedra en el río, / Un amor como el mío no se puede acabar. / Ni estando lejos te olvido / y no se puede quemar porque está hecho de fuego / ni perder ni ganar porque este amor no es un juego.»

Con los ojos cerrados, comenzó a acariciarme mientras, atónito la observaba en toda su desnudez. Sólo los abría para atizar o regular mi caldera «... echo mis tristes redes / a ese mar que sacude tus ojos oceánicos.»

Ella entendía perfectamente las palabras de Ovidio: «Lo oculto permanece ignorado, y nadie desea lo que no ve.» Por eso se extendió de manera total para que, como el aire, a cualquier parte que viera, la pudiera respirar. Fui como niño en campo abierto; como futbolista avanzando a una portería sin portero; albatros dormido en el aire. A pesar de haber gestado dos hijos, tenía un cuerpo tallado por orfebres en talleres celestiales. Tomó mi mano y la llevó en un *tour* por toda su superficie. Se me vino de pronto el verso de Neruda que recién había leído: «Cuerpo de mujer, blancas colinas, muslos blancos, / te pareces al mundo en tu actitud de entrega.»

—¿Has sentido alguna vez que cada una de las partes del cuerpo tiene una sintonía cósmica?

—No, doña Bruni.

—Sí; no sólo mi cuerpo sino todas las cosas.

En seguida me dio una explicación sobre el zodiaco que me asombró porque nunca la imaginé poseedora de tales conocimientos.

Luego me instó a seguir con mi escogencia de los tres puntos preferenciales de su cuerpo. Mientras, me repitió las palabras de Ovidio: recuerda que «el cazador sabe muy bien en qué sitio ha de tender las redes a los ciervos y en qué valle se esconde el jabalí feroz.» De ahí en adelante, todo se hizo en un dulcificante silencio absoluto. «... / déjame que me calle con el silencio tuyo. / Déjame que te hable también con tu silencio / claro como una lámpara, simple como un anillo.»

Sus suspiros y gemidos parecían determinar esa atmósfera espléndida. Afuera comenzó la lluvia con su tradicional chipi-chipi cobanero que musicalizó con delicadeza nuestros cuerpos e iban a *tempo* de *adagio* y de allí al *andante* hasta llegar al *allegro* y viceversa. Cuando ella sintió que a mi mano no le quedaba ningún lugar por recorrerla, abrió los ojos y me dirigió una mirada tan tierna que yo me reflejé en su sonrisa.

—Ahora, califícame. Besa los tres lugares que más te gustan. No tengas vergüenza...

Entonces, yo, con toda la hipocresía y estupidez del mundo, me acerqué a sus labios. Posé los míos en los suyos de manera suave hasta que doña Bruni los abrió y levantando la mitad de su cuerpo acomodó mi cabeza en la almohada; así quedé, abajo, para que ella pudiera impartir su cátedra. Sólo los despegaba para susurrarme: «Marco Polo... Marco Polo... Marc... Marco Polo... llegaste a la zona de Aries: carnero que debes devorar. Devórame Marc... Marco devórame.»

Yo sólo atiné a pensar: «trágame Mar Jónico, trágame...» Luego, cuando ella quedó exhausta de besos, y con mis manos sentí sus mares desbordándose, me dijo: «¿y cuál es la segunda parte que más te gustó?» Yo, el mismo albatros, quedé sostenido sólo por mis alas en un cielo ayuno de viento. «¿Quieres que cierre los ojos?» Y otra vez el silencio. Y el eco de Neruda sonando: «Ah los vasos del pecho! Ah los ojos de ausencia!» Entonces, volvió a poner el dorso de su cuerpo extendido sobre la cama y yo me lancé en picada... al tocar mi aliento la superficie, sus dátiles se insubordinaron y, en pie de guerra, me obligaron a enfrentarlos. «Llegaste a la zona de Leo, animal salvaje. Te suplico que lo destroces, que no tengas clemencia.» Las olas de nuestros mares estaban a punto de tormenta y ella, con sus brazos y manos, remos de una embarcación desesperada, los sacudía sobre mi espalda. Doña Bruni era el barco que con sus velas levantadas, de repente, partía de Constantinopla corriendo en las rápidas corrientes del Bósforo. A mí me resultó difícil gobernar la nave y no atinaba si maniobrar a babor, o a estribor, porque el viento se enfureció. Con esa tormenta, la nave, por la vehemencia de las olas, era levantada y bajada de manera violenta. En ese momento, como diría Alejo Carpentier, quise atar las bitas a las gúmenas. En esa ingobernabilidad náutica, ella me cuestionaba: «¿ya sabes cuál es la tercera parte que más te gustó de mi cuerpo? ¿ya sabes?, ¿ya sabes?» Preguntó lo mismo, enfebrecida y urgente, varias veces; sin embargo yo tardaba mi respuesta. «No dejes que mi tormenta te venza, lucha contra ella, lucha, lucha, lucha, no desfallezcas...» A continuación, mis glúteos fueron víctimas de la violencia de sus remos. No obstante, contra todos los pronósticos, ella hizo una pausa para pedirme vino. Mientras yo le alcanzaba la bebida, ella nadaba de manera violenta en las agitadas olas de las sábanas. Su respiración era intensa y mi mar se desbordaba por todos los poros. Luego, en un momento rápido, vació el pequeño cáliz con la bebida en la parte inferior de su vientre y no resistió más; me tomó de mi larga cabellera y me hizo lamer el vino derramado; a continuación, previas caricias en mis acolochadas hebras y una mirada de súplica lanzada al levantar mi cabeza, dijo: «ya se cuál es la tercera parte que más te gusta.»

—¿Lo sabe, doña Bruni? —dije utilizando mi tradicional pendejidad.

—¡Sí!, lo sé. Voy a conducir tus labios hacia esa parte y me dices si acerté.

—Está bien, doña Bruni.

Entonces fui yo quien cerró los ojos. Sentí un plácido jalón en mi cuello y, cuando me asomé a la proa de la nave, vi con júbilo que me encontraba, precisamente en la entrada del bellísimo Mar Negro. «¡Sí, señor!» Navegué apresurado en la ancha boca del Bósforo; mi nave oscular, la sentí trémula gracias al ímpetu despertado por el vino. Sentí que, de manera compulsiva, a veces el Bósforo se abría y a veces intentaba cerrarse. Ella asió los remos de mis manos y las llevó hacia arriba para que hicieran la tarea de madurar sus dátiles y los pusieran, otra vez, aptos para ser banquete. Pude cartografiar con total libertad ese paradisíaco Mar Negro, su *Ho Pontos Euxeinos*; allí aprendí a carta cabal todas sus dimensiones, toda su riqueza expuesta y la pendiente para descubrir. Cuando mi lengua, quilla de la nave, tocó sus aguas quise sumergirme de manera total, desafiando su naturaleza anóxica; sin embargo, de sus labios salió una música *a tempo* de *cantabile* que me retuvo de modo momentáneo: «¡Qué dicha; por fin llegaste a la zona influida por Escorpión, qué dicha!» Yo, por mi parte, me puse *a tempo de fuoco*. Ella, montó una enérgica operación de jadeo y respiración acezante. A mí me pareció como si Ovidio me recitara al oído: «Si das en aquel sitio más sensible de la mujer, que un necio pudor no te detenga la mano; entonces observarás cómo sus ojos despiden una luz temblorosa, semejante al rayo del sol que se refleja en las aguas cristalinas; luego vendrán las quejas, los dulcísimos murmullos, los tiernos gemidos y las palabras adecuadas a la situación; pero ni te la dejes atrás desplegando todas las velas, ni permitas que ella se te adelante. Penetrad juntos en el puerto. El colmo del placer se goza cuando dos amantes sucumben al mismo tiempo.»

—¿Sabías que mi signo es Escorpión?

—No, doña Bruni.

—¿Te gusta Escorpión?

—Sí, doña Bruni. Me encanta.

Luego, para bajar la cresta de las olas, y yo pudiera zambullirme de manera total en ellas, me atrajo hacia sí y, por momentos, me hizo sentir delfín desplazándome *a tempo maestoso*. También, después, fui viento. Ora soplé como céfiro, ora como brisa. No obstante cuando sus remos de popa los sentí en mis hombros, adiviné que era el momento preciso de enfilar la proa de mi nave hacia el centro del Mar Negro, justo entre Ucrania y Turquía, para navegar con libertad. Y cuando estuve allí, bajé las velas, por la decisión de ambos, dejando al mar mecernos y sacudirnos a su voluntad. A su voluntad. A su voluntad. A su voluntad. Hasta que a mis oídos llegaron sus palabras enconadas diciéndome:

—Vuélvete ciclón, mi amor, vuélvete ciclón...

Y más tarde:

—¡Transfórmate en huracán!

Y no satisfecha:

—¡Sé tifón y entra en mí! ¡Anda, sé tifón! ¡Vuélvete tifón!

El cielo se puso negro; negrísimo y sólo se iluminó por esos relámpagos fabricantes de truenos y eclosiones que el placer de las sacudidas marítimas nos enconaba.

—¡Uff!, ¡Uff!

—Gracias, mi lindo. Gracias. Qué bello se ve el cielo ahora que llegamos a la playa. ¡Qué bello!

Después de los tumbos, olas paniqueadas y la catástrofe y violencia huracanada, con toda la tranquilidad del mundo el chipi-chipi se puso *a tempo diminuendo*. Allí quedamos ambos, exhaustos por gobernar la nave en medio de la tormenta y del mar. Sólo nuestros labios rozábamos como si fuésemos planetas con atmósfera leve. Y, pues, cuando Morfeo comenzó a tocar las puertas de nuestros ojos, y a pesar de mis borrascosas travesías con ella y con Gilda, el día de hoy, le pregunté:

—¿Me va a contar cómo engañó a don Lacho, en la noche de bodas para que no se diera cuenta que usted no era virgen?

—Ay, mi amor, tú lo que preguntas en estas circunstancias. Ya te dije que me da vergüenza contarlo.

—No sea mala. Usted prometió decírmelo.

—Está bien, pero primero démonos un baño.

Fue un duchazo rápido; sólo para recobrar la frescura de la atmósfera y la limpidez de nuestros paisajes. Nos secamos mutuamente y, enseguida, nos sentimos todavía más frescos al masajearnos con los azahares que llegaron hechos 4711.

—¿Oíste que se calmó el chipi-chipi?

—Sí, doña Bruni.

Luego de varios chistes contados, nos distensamos de manera total y, ante los estragos del vendaval, ella me tomó de la mano y fuimos a su habitación, cubiertos solamente por dos toallas y llevando en las manos nuestras ropas. Al cerrarse la puerta, jaló mi toalla y yo me quedé haciendo el improvisado papel de Adán.

—Quédate así, desnudo, mi amor y vísteme.

Dejó caer al suelo su toalla y me atrajo hacia su cuerpo para besarme. Luego, otra vez de la mano, me puso a escoger las dos prendas para vestirla. Quedó hermosa sólo con blusa y falda ancha. Nada de ropas interiores.

—¿Te gusta cómo quedé?

—Sí, doña Bruni, está hermosa.

—Es para que, cuando regresemos, me vuelvas a desear. Ahora saldremos a comer porque no podemos vivir sólo de placeres tormentosos. ¿Te parece?

—Sí, doña Bruni.

—¡Qué rico sabor tiene tu amor!

Y dicho esto, no se resistió y con mi ropa en la mano, se arrodilló frente a mí y, como experta marinera se puso a examinar el mástil con detenimiento; después lo frotó para comprobar si era apto para resistir otro vendaval. Al comprobar que sí, de su boca salió una tempestad lingual que lo puso a prueba y lo sacudió con vehemencia. Ella y yo estábamos felices de estar atrapados en ese oleaje inusitado que sólo concluyó cuando la blanca espuma, producida por las olas al chocar contra el mástil, inundó su boca y anegó sus labios y se esparció en su rostro.

Al concluir, chupándose el dedo pulgar, dijo lacónicamente: «qué rico».

Estaba hermosísima. Antes de salir volvió a besarme con pasión. Luego se puso el suéter de lana gruesa y pasamos a mi habitación a traer mi chumpa.

—¡Qué bien me hace estar contigo! ¿Verdad que hago el amor mejor que Gilda?

—¡!

Y reanudó sus besos con feroz y jadeante lujuria. Me tomó de las manos y bailamos, mientras ella cantaba *Más*, canción cursilona, pero que me gustaba, de Enrique Guzmán: «Más, de tu amor quiero sentir en mí, / más, para así poder vivir feliz. / Más de tu aliento que se impregne en mí, / más de esas cosas que me haces sentir. / Más, de tus besos quiero más / de tus ansias muchas más / De tu amor dulce agonía, / vida mía, quiero más, / de la gloria de sentirte en mí / tiernos momentos de dulce ilusión / Más de tus besos quiero más, / de tus ansias muchas más, / quiero muchas, muchas más… / • / Más de la gloria de sentirte en mí, / tiernos momentos de dulce ilusión. /Más de tus besos quiero más, / de tus ansias muchas más / quiero muchas, muchas más…»

Al salir de la habitación me soltó la mano y caminamos un buen trecho sin decir palabra. Todos mis pensamientos quedaron como ejército derrotado. La frescura de las primeras horas de la noche fue nuestra cómplice y sirvió de cortina a los ojos extraños. Quise volver a mis siete años y correr y gritar de la alegría sin miedo a la vergüenza. Pretendí invocar a Demóstenes como surtidor y encantador de la palabra; sin embargo, me fue imposible la comunicación con él. Algo falló; quizá fueron mis mandíbulas asumiendo función de diques para frenar el torrente verbal en su lucha por salir de mi corazón. Sólo en trechos oscuros nos deteníamos para permitirles a nuestras lenguas tender un puente entre nosotros. Todo sin palabras. Yo no me atreví a volverle a preguntar sobre su truco con don Lacho. Fue como si doña Bruni hubiera cerrado mi boca y sólo ella poseyera la llave. ¡Qué bien nos hizo caminar! Pienso que fue un recurso premeditado para lograr otra manera de comunicarnos dejando las palabras, como dice la canción, «a la vera del camino.»

Llegamos al restaurante escogido por ella en su visita preliminar a Cobán y, luego de sentarnos, la palabra regresó para seguirnos acompañando. Ella estaba feliz y lucía el más hermoso rubor en sus mejillas.

—¿Qué les servimos? —nos dijo el mesero.

—Dos Kak-ik —respondió de manera lacónica—, y dos cafés muy cargados.

Cuando el mesero se fue, le dije:

—Doña Bruni, a mí no me gusta el café espeso.

—Ni a mí. Es para que no nos baje el sueño y podamos ser felices toda la noche. Y antes de regresar al hotel, nos tomaremos otras dos tazas. Además pedí Kack-ik, sobre todo

para ti, para que ese caldo te haga abundar la fuerza. Ahora que ya me conoces, te exigiré más, mi cielito. Las mujeres, como te dije, siempre pedimos más. Me urge que me hagas olvidar tantos años de abstinencia forzada. Ahora que soy tuya, ¿me volverás a la vida?, ¿Lo vas a hacer?

—Por supuesto, doña Bruni —dije presuntuoso.

Volvimos otra vez a encapucharnos de silencio y a comer con prisa. Al terminar, ella me dio el dinero para pagar y, cuando salimos del comedor, me retó:

—¿Eres capaz de alcanzarme?

A toda velocidad corrimos dos cuadras. Y cuando ya mi mano iba a tocarla, se detuvo. Volvió a besarme jadeante y puso mis manos en sus nalguitas para que yo las apretara y, así, que mi quilla encallara en su delta; a continuación, me dijo:

—No sé qué vas a pensar de mí pero me dejaste encantada con lo que me hiciste por la tarde. Ardo en deseos de repetirlo y susurró en mi oreja: «Más, de tu amor quiero sentir en mí, / más, para así poder vivir feliz. / Más de tu aliento que se impregne en mí, / más de esas cosas que me haces sentir.»

—Yo también, doña Bruni.

—Lo único que, al nomás entrar al hotel, en lugar de nombrarme doña Bruni, quiero que me llames Gilda.

—Eso si que no se va a poder, doña Bruni.

—Sí, Marco Polo, no seas malito.

Entonces vi la oportunidad para satisfacer mi curiosidad y le repliqué:

—Con una condición.

—¿Cuál?

—Que me cuente qué hizo para engañar a don Lacho.

Por supuesto, estaba seguro que esa promesa no la iba a cumplir. Sin embargo, pensé, alguna excusa se me ocurrirá para justificar mi incumplimiento.

—Está bien. Ganaste. Y, aunque me da vergüenza, te lo voy a contar.

En seguida, comenzó a reírse y me confesó que doña Meches, la hierbera, le aconsejó:

—Mirá Brunilda, lo que yo les digo a las mujeres que vienen conmigo con ese asuntito, es algo muy sencillo y barato.

—¿Qué es doña Meches?

—Simple: agua de nance.

—Ja, ja, ja, ja...

—Ay, doña Meches, ¿cómo cree que a la hora de la luna de miel voy a ponerme a preparar agua de nance?, ¿cómo cree?

—Mmmm. Pues sí, tenés razón Brunilda. No había pensado en esa problemática.

—Se imagina, yo a medio cuarto con la palanganota de agua de nance echándome en mi cosita... y mi recién casado viéndome.

—Ja, ja, ja, ja...

—¿Verdad que no se puede?

—Sí, tenés razón, no se puede.

Doña Bruni y doña Meches rieron y bromearon hasta que a la vieja se le ocurrió una solución de lo más sencilla.

—Casate en un día que tengás la seguridad que vas a estar con tu menstruación.

—Ja, ja, ja, ja...

—Antes de todo, te lavás y secás bien el asunto. Te vas a la cama sin calzón y, al estar los dos en el lecho, le pedís que apague la luz con el pretexto de que te da vergüenza. Y cuando Lachito haga de las suyas, vos hacés como que te duele. Das gritos y le decís que no te importa; lo que querés es hacerlo feliz. Luego de todo, al encender la luz, te hacés la sorprendida ante la coloración de las sábanas y asunto arreglado. Después, cuando él te pida la repetición, le decís que esperen unos días, mientras te recuperás de la molestia, y lo hacés sentir un machazaso.

Después de contarme ese asunto me dijo:

—¿Estás satisfecho?

—Sí doña Bruni. Ja, ja, ja, ja...

Y cambió de tema con radicalidad. Hizo una extensa defensa de la discreción y sus beneficios; además volvió a pedirme que nunca, a nadie, le contara lo nuestro. Justo cuando llegamos a su habitación y ella concluyó su súplica, lloró. Se puso muy triste y me dijo:

—Lo que estoy haciendo contigo está mal. Lo sé. Muy mal. Estoy arruinando tu vida y futuro.

—No se preocupe por eso. Nadie lo va a saber.

—No es eso. Tú tienes derecho a ser feliz con una mujer de tu edad y no con una vieja.

—Usted no está vieja.

Fue la oportunidad esperada para contarle algo que me quemaba pero, por vergüenza y falta de confianza, no podía decírselo. No obstante, ahora que todo su cuerpo era de mi dominio, tuve el valor para hacerle la confesión.

—Usted no está vieja. Además, la edad no tiene importancia en nuestra relación —dije con oculta hipocresía.

—Eres un mentirosito, pero me encantas ahora que ya hablas más. Me encanta besarte, ven acá.

—Qué rico besa, doña Bruni; qué rico. ¿Se acuerda de la vez que, cuando tenía 15 años, me quedé en su casa mientras sus hijos la acompañaron a su tierra?

—Sí mi amor, me acuerdo. ¿Cómo no me voy a recordar?

—Pues esa vez, antes que yo la secara en el baño, ya estaba loco por usted.

—¿De veras, Marco Polo?

—Sí, doña Bruni. De veras. Al estar solo, me puse a observar todo lo que había en su cuarto. Yo estaba medio loco por usted, pero me daba vergüenza confesárselo. Además, pena porque usted conocía bien a mi mamá y cualquier insinuación que le hubiera hecho, en primer lugar, podría haberme mandado al carajo y, en segundo, contárselo. Pero como la curiosidad mató al gato..., estando allí, abrí las gavetas de su ropa. Olí sus prendas y me encantaron los aromas que tenían. Y donde más me detuve fue en sus calzoncitos.

—Ah, picarín. Ya decía yo...

—Pues en uno de sus *blumers* de seda, descubrí uno de sus vellos púbicos. Al verlo colochito y grueso lo tomé y después de besarlo lo guardé.

En Cobán, me levanté, saqué la libretita que llevaba en mi bolsa y, en ella apareció una bolsita de celofán y le mostré mi tesoro.

—Aquí está; véalo.

Ella me atrajo hacia sí, y me besó con un poco de brusquedad. Luego se tiró sobre la cama y me tomó con una de sus manos.

—Qué lindo detalle. Deberías sacarlo de esa bolsita y refrescarlo. Yo le hice caso con una obediencia de cordero. Saqué la hebra. Puse a pelear mis labios contra los suyos y, mientras estábamos en esa faena, tomado entre mi dedo pulgar y el medio, bañé mi tesorito en las aguas del Mar Negro. Y cuando iba a sacarlo escuché que me dijo:

—Báñalo bien, báñalo bien, báñalo bien.

Ella subió a la cima del éxtasis no sé cuántas veces. Hasta quedar exhausta y transformar el gozo en llanto. Sus ojos húmedos y enrojecidos con levedad los hicieron mostrarse bellísimos y con una ternura generosa. Yo, prácticamente, hipaba de pasión y placer.

Se irguió y, sentados en la cama, lloró de manera desconsolada. Me pidió perdón muchas veces. Entonces pasé de la excitación al sosiego. De la aventura al reposo. Le quité sus zapatos e hice que se acostara. La cubrí con las sábanas y me quedé pensando en la razón que tenía en todo lo dicho. Sin embargo, reflexioné: «No hay goce sin riesgos y sin dolor.» Además, según la enseñanza de Martín Fierro: «... nada enseña tanto / Como el sufrir y el llorar.» A su lado, estuve acariciándole el pelo y el rostro hasta quedar dormida. Profundamente dormida.

Me levanté y guardé celosamente el vello que había dejado en la mesita de noche. Ya metido en la bolsita, dejé caer dentro una gotita de 4711 que tomé de su bolsa de mano. Me quedé largo rato viéndolo y percibiendo su olor que se hizo pista para que el vehículo de mi juventud volviera a rodar toda la aventura desde mi niñez hasta este momento. Al meter el frasco de la colonia, veo en su bolsa una libreta gruesa que me despertó gran curiosidad. La tomé con sigilo y me fui al baño. Allí, con un nerviosismo ingrato, abrí sus páginas y vi que casi todo lo escrito se refería a mí. Me pareció de una audacia increíble llevar ese diario y arriesgarse a que todo el mundo se enterara de lo nuestro. Opté por leer las últimas páginas en las que escribió sus impresiones previas a mi regreso del encuentro con Gilda.

«Por fin voy a concretar lo que tanto esperé con Marco Polo. Siento que ya está preparado para no defraudarme. Al fin voy a ver los frutos de mi paciencia porque buen tiempo me ha costado su formación. Ha sido un lindo muchacho y ardo en deseos de que me posea. Desde que me secó el cuerpo en el baño por primera vez, cuando tenía quince años, tuve la ilusión y la certeza de que ese joven era para mí; le puse el ojo y supe que no me iba a

equivocar con él. Sólo verlo me provocaba una voluptuosidad que no sé cómo fui capaz de sofocarla y no convertirme en la pervertidora de un menor. Cuando regrese de hacer el amor con Gilda lo voy a exprimir bien. Con razón lo bauticé Marco Polo para que pueda viajar a través mío. Yo voy a ser su mundo; seré su ruta de la seda, la cual debe conquistar y llegar a conocer a la perfección para que sea feliz; para que las experiencias que lo haré sentir no las olvide sino corran como agua vitaminada.»

Caigo en la cuenta de ser, yo, el objeto de su creación. Todo lo que ella hace, dice e imagina son materiales o instrumentos para esa construcción. Si mi olfato se percata de algo, ese hilo aromático me lleva hasta doña Bruni. Cualquier superficie que toco, siempre tiene una dermis emparentada con alguna parte suya. Hasta las poluciones nocturnas llegando como ladronas de mi sueño encuentran su cauce en alguna de sus humedades. Por fortuna permaneció profundamente dormida y, creo, no advirtió mi audacia. Eso creo. Después de mi intrepidez, cerré mis ojos y gocé de manera mental y desmesurada saberme escogido por ella, mi maestra, como el objeto de sus deseos. Leer su diario fue como enterarme del texto de un diploma concedido por mi sola existencia. «¡Qué feliz me siento!» Además, haberla satisfecho y dejarla exhausta fue conseguir más que un trofeo. Fue como coronar con éxito el ejercicio profesional supervisado de mi carrera de amante. Yo, un imberbe, fui capaz salir airoso de una prueba en la que mi juez, experimentada y exigente, no me concedió ventajas sino sólo rigor.

Pienso en el viaje de mañana, de regreso a casa y me parece que lo haremos en total silencio. Por las ventanas del bus pasarán los árboles y los marcadores de los kilómetros diciéndonos adiós, pero no responderemos. Nuestros pensamientos irán muy ocupados y lúbricos. Nada será capaz de distraerlos; de sacarlos de su tarea placentera. Sólo la ternura de sus ojos me hará sonreír y recostarme en sus pechos aromáticos y libres de ataduras. Aspiraré sus olores hasta adormecer mi olfato, embriagarlo... Estoy seguro de doña Bruni; proveerá todas las formas para que, de manera disimulada no desperdiciemos ese trayecto; iremos satisfaciéndonos de manera silenciosa. Ella, llenando mis oídos con su vaho tibio, me dirá: «Más, de tu amor quiero sentir en mí, / más, para así poder vivir feliz. / Más de tu aliento que se impregne en mí, / más de esas cosas que me haces sentir.»

Eso creo que hará. Eso hará. Ojalá.

—o—

—Ay, doña Bruni, tanta vida que pasó por nosotros, tantos cielos hermosos que vimos juntos y ahora usted, metida en esa caja: muerta. Caída desde las alturas de ese edificio fatal; me parece increíble que haya sido por voluntad propia. Alguien debió empujarla. ¿Una persona?, ¿un viento traicionero?, ¿o sus propios sueños o un mareo amoroso.

Al verla tras el vidrio de la caja mortuoria se transfigura y yo saco el libro de apuntes de lo nuestro y lo vuelvo a leer. Vuelvo a repetir gozoso la escena cuando me enseñó a bailar al compás de Johny Mathis cantando *Moon River*. Qué hermoso evocar cómo me hacía desplazar sobre la superficie de los pulidos pisos. De esa manera aunque esté en otro mundo, yo la resucito y todo vuelve a ser real. «Moon River / Wider than a mile / I'm crossing you in style / Someday / Oh, dream maker / You heartbreaker / Wherever you're going / I'm going your way.»

Su muerte es imaginaria... todo es imaginario. El goce, el sufrimiento sólo existen cuando uno los deja existir. Y a tal grado llegamos que, hoy, sufro y gozo. Gozo y sufro. Sólo me inquieta saber qué destino tuvo el diario de doña Bruni; ¿en manos de quién estará?

—11—

«POLVO de oro en tus manos fue mi melancolía

Sobre tus manos largas desparramé mi vida;

Mis dulzuras quedaron a tus manos prendidas;

Ahora soy un ánfora de perfumes vacía.»

Alfonsina Storni

Ocho días después de morir doña Bruni, encaminé mis pasos hacia el fatídico edificio desde el cual cayó. Parado frente a la baranda pasaban en las pistas de mi memoria, de manera veloz, las páginas de los periódicos que daban cuenta de incontables suicidios practicados de manera cotidiana.

Vengo con una revolución ingrata en mi cabeza. Unos pensamientos guillotinan a otros y los demás se amotinan para provocar un caos general. Las imágenes que acabo de ver en la estación de bomberos me punzan de manera persistente; son fotografías tomadas por un bombero cuando ya el cuerpo de doña Bruni había terminado su bronca con esta tierra. En esas imágenes estaba su cuerpo que explotó dentro de sus ropas como si fuesen fuegos pirotécnicos intentando iluminar su brumoso espíritu. La expresión de su cara parecía decirme: «¿por qué no llegaste a tiempo, Marco Polo?, ¿por qué?» Ese «por qué» me sonó como martillo de herrero peleando contra el yunque ingrato que no cedía en sus metálicas razones. Quise ponerme en actitud científica y comparar la figura inerte con su cuerpo gracioso; fue como causar un corto circuito eléctrico que me dejó en oscuridad total. Ni siquiera la evocación de sus olores pudo cambiarle color a ese luto lacerante. El bombero fotógrafo, como que encontró a su modelo ideal porque tomó muchas fotos reproduciendo los frentes y perfiles de la desgracia bruníldica. Todo su cuerpo se rebeló contra la piel. Sólo su rostro quedó intacto. Tenía una extraña blancura de mujer medieval; parecía como si hubiese hecho una última preparación de tiza y polvo de plomo blanco para lucir su belleza. Sobre esa nívea superficie aplicó, a la altura de sus mejillas, unos toques de rubor. Su frente como que hubiese recibido una poda de pelo porque la tenía a la altura exacta de las mujeres venecianas del siglo XIII. Sus ojos los rodeó, como las mujeres egipcias, con una línea negra hecha con pigmento de galena. Al fin tuve una foto suya en mis manos; sin embargo eran retratos que yo intentaba repeler porque me contaban el otro lado de la historia suya. La que se negó a confiármela, quizá para que no se volviera espejo y yo terminase reflejado en ella.

Intento reconstruir la manera como doña Brunilda se hizo burbuja y lanzó al vacío; pienso que para ella fue una manera elegante de morir: hacer de ese vértigo de segundos que dura el lanzamiento, un placer compensador de su felicidad siempre truncada en la vida. Tenía que apostarlo todo. Ser burbuja y gozar de las caricias del viento hasta reventar y disolverse en el aire; íntimamente diluida. Subvertir su tristeza y, en ese espasmo, copular con la libertad. Intentar por última vez la felicidad, de manera desesperada; romper con todo el entorno de este mundo. Incapacitada para ser feliz aquí, buscar la felicidad en otras atmósferas. Un riesgo inmenso pero la felicidad lo vale, y también cualquier esfuerzo y todo la vida.

«¡Juega la ruleta!, / ¡hagan sus apuestas!...»

Entonces, me retiro un poco de la baranda del edificio; con las lágrimas cristalizadas por el viento que sopla frío vuelvo a verlo y entiendo que es un espejismo necesario para estos momentos. Repito mi acercamiento y me veo como en foto antigua; las barandas del puente son el cerco de maderas enmohecidas de la casa de mi infancia, desde el cual la vi llegar al vecindario. Con mis brazos colgando del cerco, mis mejillas hechas manzanas maduras le sirven de sostenes a mi sonrisa; mis fosas nasales son santuarios abriéndose para recibir los aromas del cantarito de doña Brunilda derramados sobre sus hermosos pechos. Allí está la aventura y todo el itinerario de mi viaje. Yo soy el Marco Polo regresando a Venecia. Pero ella cambió de domicilio. Yo vuelvo y ella se va. Y como música lejana, Charles Aznavour, con su voz llevando a tuto toda mi raspante nostalgia, me canta: «Que profunda emoción, recordar el ayer / cuando todo en Venecia me hablaba de amor.»

Mi cuerpo se siente metido en una góndola recorriendo los vénetos canales y percibe esa fragancia con la que doña Bruni entró en mi vida y, a la vez, embalsama con tristeza mis recuerdos sobre ella. Con doña Brunilda, como pajes de su donosura viajan mis pensamientos, mis ideas, mi cuerpo desnudo... Sus palabras suenan lastimeras en mis acongojados oídos; se vuelven imágenes vivas. Y como ya dije, todo parecía planeado con una exactitud asombrosa que contradecía las reglas amatorias de Ovidio. Ella se quedó totalmente sola porque sus hijos habían partido; se fueron a vivir con su papá. Fue un arreglo hecho porque él se lo pidió y ella aceptó. De esa cuenta, los dos últimos años de nuestra pasión, tuvimos mucha libertad para vernos y gozarnos sin que el sigilo nos abandonara.

Era frecuente que el reloj marcara las cuatro de la tarde cuando yo llegaba a su casa. Muchas veces la encontré sentada en su apreciada silla de nogal, frente a la mesita que sostenía la calavera. Y otras veces, cubierta sólo de seda ligera, al nomás besarme oía los gemidos que, desde su corazón, clamaban huracanados de deseos por mí. La última vez que la vi en vida entré y al verla, a pesar de toda la sensualidad que emanaba de sus ojos, labios, cuerpo y paredes de su casa, sentí un mal aire penetrando en mi corazón. Hasta me pareció ver todos los rincones vestidos con telarañas. Las paredes se oscurecieron y las cortinas de sus párpados la ocultaron del mundo de manera momentánea. Me sentí el Marco Polo legendario regresando a su Venecia cubierto de harapos sin que nadie, ni su familia, lo reconociera. Ese

lugar, donde doña Bruni estaba, me pareció el centro del mundo, obligándome a orbitar en torno de él a una velocidad inusitada. Temor, desconcierto y desolación se amotinaron y descendieron a mis pies para obligarme a llegar frente a ella. Doblé mis piernas y recliné mi cabeza en las suyas. Ella acarició mi pelo con sus manos y, luego, comenzó a llorar con un desconsuelo oceánico. Quiso hablarme pero el llanto anegó sus palabras. Entonces quedamos varados en un silencio que sirvió de anuncio grosero a lo que estaba por venir. No sé cuánto tiempo pasó; sin embargo, cuando levanté mi cabeza, sus ojos abiertos me esperaban. Me percaté en ese momento del *Concierto para arpa y flauta*, de Mozart, asperjando el ambiente. Sonrió y, en seguida, con sutileza exquisita, abrió su blusa y me dijo, como tempestad que resucita de la calma:

—Marco Polo, ¿quieres hacer el amor?

Al nomás terminar de escuchar el bruníldico signo de interrogación, se me vino de manera intempestiva el sonido de The Ventures, con su melodía *Wipe Out*, que cortó de manera insolente mi percepción mozartiana, sobre todo por el desenfreno, y taladramiento en mis oídos provocado por el baterista Mel Taylor. Y, ante esa franqueza urgente, sólo rocé sus dátiles y, sin pensarlo, le dije:

—No, doña Bruni. No quiero. Sólo deseo estar aquí con usted. Pretendo que me cuente qué le pasa, por qué está llorando, en qué está pensando.

—No me pasa nada. Sólo estoy triste.

—Pero, ¿por qué está triste; acaso no estoy aquí?

—No sé. Estoy llena de presentimientos feos.

Dicho esto, a mí se me erizaron levemente los vellos de los brazos porque doña Bruni, al presentir algo, siempre se cumplía. En ese momento recordé un acontecimiento que me llenó de dolor. Resulta que Arnaldo, el primer compañero en tener moto, con frecuencia me daba jalón de la escuela a mi casa. Y cuando había fiesta, él pasaba por mí, y nos desplazábamos motorizados. Un sábado por la mañana, de promisorio jolgorio, yo llegué a preguntar por Manolo y doña Bruni me abrió la puerta. Luego de contarme que no estaba, le dije que Arnaldo pasaría por mí para ir a una fiesta. Al nomás decírselo ella estuvo unos momentos en completa mudez, como ida de este mundo. Luego de esos instantes, me dijo:

—Marco Polo, por el amor de Dios, no vayas con Arnaldo. Tengo feos presentimientos.

—Ay doña Bruni; es sólo una fiesta de muchachos.

—Lo sé. No estoy en contra de que vayas. Lo que no quiero es que subas a esa moto.

—Ay, doña Bruni, usted sólo miedos es.

—Bueno, allá tú...

Yo estaba decidido a ir en moto pero doña Bruni fue a hablar con mi mamá y la convenció de prohibirme salir con Arnaldo.

Después, en bus y acompañado de Manolo, que apareció cuando me disponía a salir, llegamos a la fiesta. Todos extrañamos, ya casi al final, la incomparecencia de Arnaldo. Sin embargo, como era muy típico de él, pensamos que se había marchado a otro lado.

El lunes siguiente, al llegar a la escuela, tuve una impresión rara al ver a varios grupos numerosos que, privados de alegría, conversaban. Las primeras palabras escuchadas en ese ambiente, fueron: «se mató Arnaldo, vos.» Por ir demasiado rápido y, según me contaron, bien enmariguanado, no tuvo la capacidad de frenar ante el semáforo en rojo. Una camioneta del servicio urbano lo arrolló y murió en el instante. Mi madre, al regresar yo de la fiesta, me contó que Arnaldo llegó a buscarme para que lo acompañara; iba todo raro y con una sonrisa inusual. Por dentro sentí una morbosa satisfacción de la protección brindada por doña Bruni. Y hoy, cuando ella me manifiesta, otra vez sus presentimientos, me provoca nerviosismo. Sin embargo recupero la confianza porque estoy junto a ella y sigo con mi cabeza en sus piernas.

Después de un tiempo que no pudo prolongarse por la ansiedad de doña Bruni, se levantó de la silla y tomándome de las dos manos; me miró a los ojos y, llorando, suplicó:

—¿Quieres que me humille y te ruegue para que hagamos el amor, Marco Polo? Además, si me dices que lo hagamos, te daré dos sorpresas.

Molesto ante ese chantaje, le reiteré mi negativa.

—No, doña Bruni. No quiero. Entienda.

Sólo sentí que ella se paró y levantó su cabeza de mis rodillas; luego descendió y se arrodilló ante mí. En esa posición me abrazó y, mientras con su llave maestra abría mis puertas ventrales y con sus labios me desafiaba, expresó:

—¿No me deseas?

—No es eso...

—Mira, Marco Polo, ¿quieres que me humille más...?, ¿quieres que te implore, que te suplique? Dime que haga lo que quieras pero no me niegues el placer de sentirte en mi cuerpo; quiero que me inundes de tus líquidos... Te estoy deseando como nunca lo he sentido y tú te pones arrogante. Te sientes bello y a mí me ves fea.

Entonces no soporté el peso de la indiscreción y le dije:

—No doña Bruni todos la vemos hermosa. Hasta Gerardo me ha comentado que usted le gusta; que está bella.

—Pero a mí ese corriente del Gerardo no me simpatiza. Con razón siempre veo que disimuladamente trata de observar mis pechos y mis piernas.

—Dígame una cosa, ¿por qué quiere que, justamente ahora, lo hagamos, pues?

—Tú sabes: soy una viciosa de ti y, sobre todo, porque presiento, a saber por qué, será una de las últimas veces. No sé de dónde me viene ese vaticinio... de repente sea falso. No me hagas caso. Y mientras lo estemos haciendo quiero pedirte perdón por estarte robando tu felicidad. Perdóname, Marco Polo. Perdóname.

—No tengo nada que perdonarle pero, ¿por qué dice que va a ser de las última veces, doña Bruni?

—No sé. Intuyo que la gente ya nota lo que está pasando entre nosotros.

—Doña Bruni, yo a nadie se lo he contado.

—Te creo. Yo tampoco, pero escuché insinuaciones. No sobre ti, pero me han dicho que alguien me está haciendo feliz. Ya vez, hasta lo dicho por Gerardo.

—Él no me relacionó con usted. Ni le di oportunidad de sacarme algo de mis palabras.

—Pero la gente percibe que yo ardo de deseos. Muchas veces, hablando con tu mamá y ella te menciona, siento que mi ropa interior se humedece y creo que ella ha notado mi rubor por más que yo intento, en esos momentos, despojarte de mis pensamientos. Dicen que el cutis me ha cambiado, los pechos me han crecido, las caderas se me han pronunciado; mi Delta de Venus se volvió montículo y mis piernas, que repiten el arco triunfal bajo el cual siempre te añoro, cada vez que pienso en tí las sacuden terremotos que aun no son registrados de manera oficial. Hasta tu papá me ha hecho insinuaciones.

—Eso no tiene nada que ver con lo que estamos hablando. Sencillamente la gente se alborota con usted porque es linda.

—¿Te gusto?

—Usted no me gusta. Me encanta. Desde niño es mi tema fundamental.

Me quedé con déficit de palabras y lo único que se me ocurrió pensar para terminar de responderle medio azonzado, pero no se lo dije, fueron las palabras de Tarzán: «Yo Tarzán, tú Jane.»

La obligué a levantarse. Antes, ella concluyó con su faena de dejar al descubierto mi zona en conflicto. Esa área la besó con tal ternura y eficacia que, al final, no pude negarme a su petición. Ya incorporada, ella tenía a la mano el disco de Charles Aznavour y bailamos de la manera más exquisita y erótica, la canción en ese romántico español afrancesado *El Amor es como un Día*: «Amor, eres como un día que se va, / que se va… amor, / eres como un día, / con el sol en la frente, / con la luna en los ojos / y la lluvia en el alma. / Amor, eres como un día que se va, / que se va … amor, / eres como un día / tú siembras la añoranza / y en tu dulce labranza / tu sueño es esperanza. / Amor eres como un día y te vas … mi amor.»

Ella estaba vaporizada y la atmósfera era una esponja que nos hacía ir y venir en ese desbordamiento de sensualidad; mientras ese río musical me entraba por un oído, por el otro ella me decía gimiendo:

—Te amo Marco Polo. Hoy, si tú quieres, puedo ser tu esclava, tu perra. ¿Quieres que sea tu perra?, ¿quieres que sea una perra lasciva? Sólo pídelo y yo te haré caso. Todo lo que tú digas. Bésame. Hoy soy la madre de la lujuria. Soy tu perra. Tu maldita perra. Úsame, mi corazón. Sé mi cielo... y mi infierno. ¿Qué quieres que sea: tu esclava o tu perra?

—Ay, doña Bruni, por favor...

Mi torpeza para el baile, su lasciva franqueza y mi fascinación por todo lo que veía y pensaba me turbaron; la tempestad nerviosa afloró en mis mejillas y doña Bruni, al advertir mi rubor, me tomó con la mayor delicadeza posible e hizo un silencio espléndido. Llenó mis orejas con su vaho tibio y, de esa manera, mi ineptitud la suplió con su maestría; de tal modo que la naturaleza de mis pies convirtió los zapatos en alfombra mágica y sentí deslizarme sobre un piso de seda. ¡Qué carne más seductora sentida sobre la seda! Cuando estuve a punto de trastrabar, ella disimulaba mi inexperiencia besándome. En el momento de sentirme a su merced, más que la música agazapada en el fondo, lo que le dio ritmo a mis pies y a mi cuerpo fue su jadeo incesante esparcido en mis oídos, cuello, boca, pecho... ¡Qué roce lingual más espléndido el que recorrió mis orejas! Realmente jadeaba como una perra y me lamía con lujuria en el cuello y los oídos. Ese resoplar me atrapó porque me pareció un sonido modulado con sordina entrando a mi cuerpo envuelto en pentagramas cuyas notas eran de plumas de ganso. A la vez, me hizo buscarle oficio a mis manos en todas sus estaciones dérmicas. Fue una maestra total. Mi renuencia a complacerla la convirtió en mi urgencia.

Ya con nuestras pieles en el fragor de la guerra, me dijo:

—Marco, quiero que me beses por última vez todo el cuerpo. ¡Ah!, mira, esta es la primera de las sorpresas que te tengo.

Me extendió una bolsita blanca de seda y sin abrirla le pregunté:

—¿Qué es, doña Bruni?

—¿Te acuerdas de la primera vez que hicimos el amor en Cobán?

—Claro que me acuerdo...

—Pues esa vez tú me enseñaste el contenido de la bolsita de celofán guardada en tu libretita... y como sólo tenías uno, hoy te traje muchos para que puedas ponerlos en tus libros, en las bolsas de tu ropa, en las gavetas de tu ropero, en todas partes... Y aún hoy, después de hacer el amor, si tú quieres, puedo coser algunos en tu ropa.

Una leve contrariedad al verme desenmascarado como un pinche fetichista se alojó en mis pensamientos; sin embargo supe domarla para no echar a perder toda esa fascinante coreografía amorosa. Entonces, corroído por la curiosidad, llevé mis manos al lugar que antes había sido habitado por sus vellos. «¡Oh tersura formidable!»

—¿Te gusta como quedó mi piel en esa parte?

—¡Ahhhh, sí, doña Bruni!

—Recórrela, es tuya. Sólo tuya.

Ya no quise preguntarle por qué, según ella, esa iba a ser la ocasión postrera de nuestra guerra sexual. Tampoco abrí la bolsita. Ya era tarde para retroceder mi cuerpo. No estaba en situación de pensar sino de actuar. Enseguida, ella hizo lo mismo y, al mandar al exilio su ropa, de manera brusca se tendió en las arenas de su deseo y me exigió violencia. «¡Viste cuál es la segunda sorpresa?» Yo miré atónito cómo el mar negro se había vaporizado; en su lugar, sólo quedó a mi vista panorámica el estrecho del Bósforo rodeado repentinamente de dos pequeños montículos tersos y casi níveos. Oí mentalmente a mi primo el malcriadote diciendo: «¡puta madre, qué rasurada!» Fue como si las hordas mongoles, henchidas de su genética barbaridad tártara, hubiesen arrasado y quemado esa comarca y, de ella, sólo las cenizas blancas hubiesen quedado después de haber consumido la frondosidad púbica. Las puertas de su vulvita preciosa me parecieron dos nalguitas de niño recién nacido. «¡Qué preciosas!» Yo, como quien llega a territorio sagrado me agaché para besarlas y allí me quedé, en prolongada reverencia, dándole oficio a mi lengua. Que Mozart me perdone, pero en ese momento sentí toda la solemnidad del *Laudate Dominum*. Bendije a Alá por haberme permitido llegar a esa tierra en donde mi cuerpo y mi alma tendrían primorosa acogida. Sentí, pues, que el baño musical, intenso, severo y profundo de ese *Laudate*, llegaba proveyendo a

mi sensibilidad de los resortes más eficaces para responder a la convulsión bruníldica. A partir de ese momento sólo logré pensar: «hágase su voluntad, doña Bruni...»

Esta vez abandonó todo el recato característico durante nuestra relación. Era una manera demente, aunque fuera una sola vez, de ser como ella quería ser. Un sentido de libertad total alentó sus movimientos. Fue un quitarse las máscaras, maquillaje y vestuario que escondían sus verdaderas catapultas existenciales. Apelar a la locura para representarse ella misma. Ser dueña del escenario para dejar testimonio dramático del verdadero libreto digno de representar. Al fin y al cabo, como dice Foucault, «el teatro desarrolla su verdad, que es la de ser ilusión. Eso es, en estricto sentido, la locura.» No importaba que yo fuese su co-protagonista y único espectador. Importaba no ser olvidada. Gemía con la fuerza expansiva de una bestia herida. Y llegó a tan alta cima de la voluptuosidad que me agredió físicamente y casi me arranca un labio. Parecía como si el espíritu del *Libro de Buen Amor* estuviera en ese cuarto y recitara «Desque una vez pierde vergüença la muger, / Más diabluras faze de quantas ome quier'.» Si yo declinaba en la faena, me golpeaba o acudía a los más inesperados recursos para obligarme a no incurrir en ninguna mengua. En esa vaporosidad entendí que los dientes no se hicieron sólo para morder sino que también podían ser convertidos en piezas para acariciar la porción más erótica del hombre. Fue una enajenación nunca vista por mis ojos. Su garganta no reprimió ningún sonido y yo, varias veces tuve que sofocarla con el cayado de mi deseo porque sentía que todo el vecindario la escuchaba maravillado de la sinfonía corporal. Me hizo probar varias veces el agua del Bósforo para nunca olvidar su sabor ni el paisaje que, desde allí, se observaba de sus montículos arrasados por la furia mongol. Fue la primera vez en verla desinhibida de manera total, feroz y salvaje. Allí hubo una eclosión absoluta. Su cuerpo se convertía con reiterada frecuencia en un erógeno manantial del cual me exigía alimentarme. Y ella también se saciaba de mi ímpetu bebiendo los mares de mis leches. Su golosidad fue inclaudicable. Al advertir que el cataclismo se veía venir, ella, con su garganta reverberando me decía:

—Ay, Marco Polo qué bello estás; aprovéchame. ¡Úsame para tu placer! ¡Dime que soy tu perra! ¡Llámame perra! Es la vez última. Hiéreme. Déjame alimentarme con la lactosa de la lujuria. Perdóname, perdóname... es la vez en la cual me desinhibo de manera total. ¡Qué bello mástil! ¡Hazlo Jonás y húndelo en mi boca para que se aloje en mi vientre; mientras, por fuera, nos sacude el mar tormentoso! ¡Sosiega con su furia mis tempestades! ¡No temas que esa fuerza se huracanice! ¡Vamos, vamos, vamos, sosiégame con ese líquido espeso… más, más, mas …! ¡Ahoggggame!

—No doña Bruni, no...

Los anuncios de la tormenta, la propia tormenta y la tempestad concluyeron; la debacle cesó. Toda la insolencia de su cuerpo fue vencida en esa lucha tan encarnizada cuya consigna fue superar y borrar cualquier rastro de faenas anteriores. Quedamos con nuestras lenguas y labios exangües; agonizantes. Ella no dejó que ninguna gota de mi mar blanco se

desperdiciara y lo disfrutó como el manjar más apetecido … Su lengua qué buena barrendera fue. No hubo palabras ni reproches, ni más movimiento; sólo placidez; sólo ternura. Yo sentí que paseábamos por una extensa llanura verde, plena de viento fresco y bajo el cielo inyectado de un suero azul, intenso... Allí emergió Vivaldi que me saludó nuestra complacencia con su *Concierto para mandolina*. Las montañas de los valles saludaban nuestra felicidad que se me planteaba como un asunto de eternidad. No entendía cómo, tanta felicidad y placer fueron precedidos de las premoniciones tan fatales de doña Bruni; por tanto, no podía aceptar que, como ella dijo, sería la última vez. ¿Por qué tenía que privarme de su bizantina belleza, de su audacia de walkiria, de su tántrica sapiencia y de su corporal y kamasútrica eficacia? Así estuve vagando por las mesetas de mis pensamientos hasta escucharla decirme: «duérmete sobre mí, mi amor.» Yo le obedecí y permanecí sobre ella. Y en esa posición, ella acercó sus labios y me cantó con su voz de algodón una estrofa de la canción *Lo mejor de tu vida*, de Julio Iglesias, que me volvió a estremecer: «Lo mejor de tu vida /me lo he llevado yo, / lo mejor de tu vida / lo he disfrutado yo, / tu experiencia primera / despertar de tu carne, / tu inocencia salvaje / me la he bebido yo, / me la he bebido yo.»

Luego, con nuestras lenguas por momentos unidas y ella evocando mi derrame lácteo en su boca, a punto de dormirnos estábamos. No lo logramos y dejamos el sopor de manera abrupta cuando, a mis espaldas, desde la puerta del cuarto donde yacíamos desnudos, oímos la voz de alguien:

—¿Qué tal la están pasando?

Nuestras miradas se incorporaron y quedamos como personajes de película cómica. Nuestra desnudez la sentí grotesca. Entonces tuvimos conciencia que era mi madre. ¡Qué contraste ver a mi vieja con delantal y el pelo amarrado; a doña Bruni totalmente exhausta, desnuda, con el pelo suelto y la cara tersa a base de tanta simiente jadeante y derramada en su superficie! A mí, como ya dije que decía mi primo el malcriadote, «se me fue el alma al culo.»

—¡Que buena maestra tiene mi hijo! —dijo mi mamá, y dio la vuelta con su falda vueluda.

A los pocos segundos regresó con el pantalón y calzoncillo que quedaron en el corredor y me los aventó. Dirigiéndose a mí, expresó:

—Por lo menos que te lave la ropa.

¡Qué furia! Luego mi madre, tan poco hecha para esos arrojos, le aventó la llave en la cara a doña Bruni y salió somatando la puerta. Iba hecha una fiera. Nosotros, aterrorizados,

nos levantamos sin decir palabra. Sólo un soplo del *Laudate Dóminum*, otra vez con el perdón de Mozart, tuvo el valor de llegar a mis oídos. Ella se vistió y todavía tuvo la valentía de, con una toallita mojada y su lengua magistral, limpiar con extremado primor toda mi zona de batalla. A continuación, echándome talcos, como para borrar el territorio de conflicto, me comentó:

—Se me olvidó que le había dado la llave a tu mami. Se me olvidó. ¡Qué estúpida soy!, ¡qué estúpida!

Si tuviese que comparar este momento con otro de la historia, sin duda lo haría con la caída del imperio romano de occidente a manos de los godos. Tanta riqueza, tanto poder y, de repente, la hecatombe. La totalidad de los territorios conquistados quedaron desgobernados. Pero bueno, como dijo Balzac, en boca de su personaje Felix de Vandenesse: «El amante que no lo es todo, no es nada.»

Me quedé en un limbo lingüístico de sosegada intranquilidad que no permitió decir ninguna palabra. Todo me pareció desorden y caos. Antes de salir de su cuarto quise besarla pero me evadió. Sólo cuando ya iba llegando a la puerta de la calle, me alcanzó y dejó besarse y abrió su bata para cubrirme con ella. Luego dijo:

—Cuídate mucho y perdóname.

En seguida, cuando yo besaba su cuello, me cantó de manera lastimera la canción *Morir de amor* que tantas veces oímos cantar a Charles Aznavour. Fue canto y premonición que, en ese momento, solo sentí como resabio de la intensidad que recién disfrutamos. Jamás pensé que sus palabras pudieran estar inoculadas de tanta profecía:

«Un mundo cruel me ha condenado, / sin compasión me ha sentenciado, / en cambio no siento temor… morir de amor. / Y mientras se ofusca mi vida / no veo más que una salida / en contra de mi corazón: morir de amor. / Morir de amor, / es morir solo en la oscuridad / cara a cara con la soledad / sin poder implorar clemencia y piedad. / Tu eres la luz y en mí anochece, / como es flor mi amor se ofrece / mi vida no tiene valor… / morir de amor / Si nuestro amor es invencible / y ante los hombres imposible / no tengo otra solución: morir de amor…»

Luego cesó de cantar y lloró desconsolada y susurrándome palabras hermosísimas pero lastimeras; al final, como recapacitando me coló sus labios bajo el lóbulo de mi oreja y susurró: «¡qué bello todo lo que viví contigo! No me guardes rencor y tú, que eres joven, trata

de olvidarme. A mí me será imposible, pero será el costo que tendré que pagar por tanta felicidad que me diste. Que el amor y la suerte te acompañen.» Fue como escuchar la voz de Scherezade: «Nada es duradero, toda alegría se desvanece y todo pesar se olvida.»

Salí de su casa con las piernas convertidas en zancos temblorosos de manera irremediable. Toda la adrenalina que me acompañó en la cama de doña Bruni, y la que produje al ver a mi madre, salió de mi cuerpo como torrente emigrando violentamente al abrirse las compuertas de una represa. Quedé con una debilidad extrema; así llegué al cadalso de mi casa y, con la cara metida en la peor parte de mi cuerpo, intenté dialogar con mi vieja.

—Mama... mama, quiero hablarle.

—No tengo nada que hablar con vos. Me voy a quedar con la boca callada y a nadie lo voy a contar lo que vi en la casa de esa perra pero no quiero oírte. No quiero oírte. ¡Oís!

—Mama, no le diga perra.

—¡Es una perra!, a saber qué te dio para embaucarte. ¡Ya decía yo que no era mosquita muerta!

—Mami, por favor…

—¡Qué mami, ni qué ocho cuartos!

No sólo experimenté su furia sino, también, la tristeza que padecía.

Varias veces, después de ese día fatídico, sentada a la par del poyo de la cocina, la encontré llorando con desconsuelo. Todo contribuyó a agudizar la desolación: las paredes pintadas de negro por el humo de la leña y los colgajos de telas de araña tatuadas de tizne; los adobes con su costra de deslucimiento y el piso de tierra, aunque limpio, semejaba un inmenso territorio de melancolía. Hasta las ollas, hartas del sarro del fuego, desde la platera, fueron testigos de esa procesión enlutecida de mis pensamientos.

A pesar de mis intentos, ese día y los siguientes ella se negó a escucharme. Estaba hecha una furia... pero me guardó el secreto aunque dejó de hablarme durante una barbaridad de tiempo. Sólo cuando estaba frente a mi padre y mi hermana simulaba que no había pasado nada. ¡Qué buena actora fue!

Yo no pude ser tan buen actor como ella. Me sumí en una tristeza que, durante un estirado lapso de tiempo me apartó de casi todos. Estaba entre ellos pero no advertía su

presencia. Ese mismo día, después de bañarme con toda la furia que mi madre hizo llover sobre mí, me fui a la cama sintiéndome incorpóreo. Me acosté sobre las sábanas y, luego de apagar la luz, me sentí acorralado por la voz de Charles Aznavour que doña Bruni tanto gustaba. Me decía: «De quererte así, hasta enloquecer, / de rogar por tí, de llorar por tí, / sin poder dormir, sin poder comer, / ¿qué me quedará de quererte así? / De quererte así, con mi alma y mi voz, / hasta olvidar el nombre de Dios / para no nombrar mas que el de mi amor, / ¿qué me quedará de quererte así?, / tan sólo mi voz que se apagará, / tan sólo mi amor triste y sin calor, / tan sólo mi piel sin sabor a miel. / Y mi gran temor, / de quererte aún más, y más al morir. / De quererte así con un gran dolor / hasta destrozar este corazón, / sin poder gritar, sin tener razón, / ¿qué me quedará de quererte así?, / tan solo un amor que sufre por ti, / que muere por ti.»

Años después, ya retirado del hogar, a raíz de los reiterados conflictos con mi padre, y reconciliado con mi madre, ella me contó muchos pasajes de la vida de doña Bruni ignorados por mí. «De repente hubieran hecho buena pareja», me dijo. Sin el rencor ni la furia sentidos cuando nos encontró desnudos, me habló con sosiego de los conflictos infantiles, juveniles y la mala suerte de doña Bruni. Mucho de lo que ella me contó en esa oportunidad no lo recuerdo porque no le puse mucha atención. Ella hablaba y yo volaba en otras rutas.

En los días siguientes a lo ocurrido en la casa de doña Bruni, para más fregar, mi papá le comentó varias veces a mi mamá que no había visto a Doña Bruni. Ella me veía a mí y lanzándome una ración de veneno ocular, que también envenenaba a mi papá, le decía:

—Parece que consiguió novio y anda ocupada en ese asunto...

Doña Bruni, a la semana siguiente, según me contó Gerardo, se marchó hacia su tierra aduciendo sentirse enferma. Me dejó una maleta de preguntas: «¿Por qué antes no se desinhibió?, ¿cuáles fueron las experiencias que le enseñaron a planear e intuir las cosas de manera maravillosa y fatídica?» Como dijo el poeta en *El Libro de las Mil y Una Noches*: «¿No sabes que las zozobras destruyen el corazón más firme y más fuerte?»

Y no la volví a ver durante muchos años. Hasta hoy, en su caja mortuoria, cuando con sus ojos cerrados le susurra a mi memoria la canción de Julio Iglesias: «Lo mejor de tu vida / me lo he llevado yo, / lo mejor de tu vida / lo he disfrutado yo, / tu experiencia primera, / despertar de tu carne, / tu inocencia salvaje / me la he bebido yo, / me la he bebido yo.»

Mi vida quedó entre dos fuegos. Por un lado la embestida furiosa de mi madre que, con sus miradas, no cesaba de reprocharme y, por el otro, la tristeza y el vacío enormes encomendados por doña Bruni. Ninguna corriente pudo soplar y alejar esas nubes nostálgicas. Ni siquiera Gilda con sus cartas, su cuerpo joven y los encarnizados pero efímeros encuentros

físicos que tuvimos. Gilda, pienso, percibió la desolación que estaba padeciendo y terminó por convencerse de no ser, yo, su hombre. De mi corazón salió como esos vientos refrescantes que, una vez pasados, nunca más vuelven a aparecer. Lo que me dijo en la última vez que nos encontramos fue:

—Qué raro te siento. Me parece que estás conmigo pero piensas en otra persona.

—¿De veras, Gilda?

—De veras... casi no has hablado y todo el tiempo has permanecido con la vista perdida. ¿En quién piensas?

—En nadie, Gilda, en nadie...

La cama fue uno de mis lugares favoritos porque permitía torturarme con todos los recuerdos de doña Bruni. Cualquier luz, cualquier sombra o cualquier movimiento me sugerían su presencia o eran pistas para evocarla. Todos los objetos al pasar por mi vista, o las circunstancias que me acontecían, estaban llenos de contenidos bruníldicos. Hasta cuando miraba en cualquier parte los pisos del suelo, las mil formas del granito eran fotografías o dibujos de su pelo, de su nariz, de su cuerpo... Los olores, cualesquiera fuesen, siempre implicaban reminiscencias o asociaciones con los suyos. Nada de ella quedó al margen mío. Mi vida se volvió durante mucho tiempo una sala de torturas impidiéndome pensar con claridad en nada. Me sentí el Marco Polo histórico encerrado en la cárcel, allá por el 1298; para no enloquecer, tuve que dedicarme a contarle al escribano maese Rusticello de Pisa, todo lo acontecido en mis viajes.

Tuvo razón Michel Foucault al decir que el último tipo de locura es «la pasión desesperada.» Así hoy, en esta cárcel imaginaria en la cual me dejó encerrado, debo mantenerla viva y recontarme toda mi experiencia con ella para no quedarme a medio camino de la locura. «En la cárcel de tu piel / estoy preso a voluntad / por favor déjame así / no me des la libertad. / En la cárcel de tu piel / no hay más rejas que esta sed / que no acabo de saciar / porque bebo de tu sed. / En la cárcel de tu piel / me retiene la pasión / y por qué voy a negar / que me encanta mi prisión / no precisas de un guardián / que me obligue a serte fiel / ni precisas de un papel / para atarme a tu verdad…»

Ese viaje realizado a través suyo, y que siempre me rememora como un viajero medieval encantado ante todas las maravillas encontradas, debo contarlo de manera minuciosa; debo repetírmelo hasta que mi pesar se dormite. Ahora, en el siglo XXI soy micer Marco Polo guatemalensis y, a la vez, el maese Rusticello de Guatemala. Por un lado el escribano que, como Luigi Rusticello de Pisa en el siglo XIII, escribió e inmortalizó la aventura del gran veneciano; por otro, el que cuenta; el que goza la proeza de su viaje y el que escucha con asombrada atención las aventuras, dificultades y placeres sucedidos en el trayecto. Heme aquí. Hasta los reproches contra ella y contra mí se volvieron un asunto cotidiano que debo refrendarlo continuamente para seguir existiendo, digamos, de manera cuerda. A ella le

recriminaba haberse ido sin ni siquiera dejar una notita de despedida. Y a mí, haberla dejado ir sin intentar averiguar dónde se encontraba y buscarla. Quizá si nuestro distanciamiento hubiera sido paulatino como el que sucedió con Gilda, no habría herido tanto. Y hasta una compañera permanente hubiese tenido para suplantarla. Pero no. Por eso, a veces y muy en el fondo de mis cavilaciones, pienso que ese fue el motivo por el cual, de manera inconsciente, decidí quedarme soltero. Doña Bruni me llenó de una felicidad clandestina pero me dejó en una soledad demasiado real que, aunque no me mató, sí me hizo, durante mucho tiempo, muy pesada la carga de la vida. Desde la prisión en la cual me encerró, muchas veces vi hacia la casa que habitó y reanudé las tristezas al saberla ocupada por dos viejos inmunes a la alegría y que sólo rumiaban la vida sin digerirla. Y en esa cárcel que a la vez fue mi casa, su voz, de repente, se convertía en una pelota de ping-pong sonando en un lugar e inmediatamente la escuchaba en otro. Se multiplicaba con la parsimonia del eco hasta que mi desasosiego concluía; entonces, llegaba de manera serena a mis oídos para decirme las palabras dulces con las cuales siempre adornaba sus labios, o para hacerme escuchar las olas de sus lejanos gemidos.

—o—

Vuelvo a acercarme a la baranda del edificio fatídico. Saco mi billetera y, de uno de sus apartados, extraigo la bolsita de celofán guardiana de la reliquia de su vello púbico que, desde mis quince años, tengo como tesoro bruníldico. Nunca quise mezclarlo con los de la bolsita de seda que ella me dio. A saber por qué. Beso mi tesoro y no puedo impedir que las lágrimas abran las puertas de mis ojos... le echo agua al vaso que llevo con jabón en polvo. Con un alambre que termina en círculo revuelvo la mezcla y, al sacarlo, soplo el bastidor formado en él para hacerlo engendrar burbujas. En cada una la veo flotar a ella, con la libertad que siempre anheló actuar: pintando nuevos y pequeños arco iris, multiplicando sus colores hasta hacerse viento.

—Adiós, doña Bruni. Que le vaya bonito.

—Adiós Marco Polo, perdóname porque, «Lo mejor de tu vida / me lo he llevado yo, / lo mejor de tu vida / lo he disfrutado yo, / tu experiencia primera, / despertar de tu carne, / tu inocencia salvaje / me la he bebido yo, / me la he bebido yo.»

Me quedo esperando idiotizado, y de manera inútil, hasta que ella, esparcida por todo el valle que rodea la ciudad y yaciendo en la intimidad con él, me diga desde el asfalto en el cual cayó, con tristeza agónica:

—¡Qué bueno que regresaste, Marco Polo!, mi Marco Polo. Qué bueno que regresaste. Yo sabía que vendrías; no me podía ir sin verte. Ya ves, ahora me tocó viajar a mí.